cool & lam

EL CIEGO Y EL MURCIÉLAGO

A. A. FAIR

Lo que quería el hombre ciego era atrapar a una chica ideal. Buscaba una mujer joven, atractiva, bien hablada y esbelta, que no había visto nunca pero que sabía que se había esfumado, y estaba dispuesto a pagar a Berta Cool lo que fuera con tal de encontrarla.

Todo el asunto parecía imposible y sonaba sospechoso, pero el dinero del hombre era bueno, incluso aunque sus motivos no lo fueran, y ante la duda Berta siempre elegía el símbolo del dólar.

Sólo que en esta ocasión, el símbolo del dólar apuntaba a un asesinato y señalaba a Berta Cool como sospechosa evidente.

A. A. Fair

El ciego y el murciélago

Cool & Lam-7

ePub r1.1
fenikz 28.12.14

Título original: *Bats Fly at Dusk*
A. A. Fair, 1942
Traducción: S. Pauli
Ilustraciones: Robert McGinnis
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
Digitalizadora: maperusa
ePub base r1.2

Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BELL: Celadora del cuerpo de policía y auxiliar de Frank Sellers.

BOLLMAN (Jerry): Vulgar «chantajista» y vividor.

BRAND (Elsie): Joven mecanógrafa de la citada Agencia.

CLARGE: Médico de Harlow Milbers.

COOL (Berta): Directora de la Agencia de Detectives «Cool y Lam» y a la vez protagonista de esta obra.

CRANNING (Nettie): Ama de llaves de Harlow Milbers.

CRANNING (Eva): Hija de Netzie y también al servicio de Harlow.

CHARLI: Agente de policía, a las órdenes del citado Sellers.

DAWSON: Dueño de un taller fotográfico.

DELL (Josefina): Agraciada secretaria de Milbers.

DOOLITTLE (Walton): Abogado de Berta Cool.

P. L. FOSDICK: Representante de la Compañía Intermutual de Indemnizaciones.

HANBERRY (Paul): Esposo de Eva Cranning y chófer de Harlow Milbers.

HOWARD P. RINDGER; Médico asesor de Berta Cool.

JACKSON (Myrna): Compañera de habitación de Josefina Dell.

KOSLING (Rodney): Mendigo ciego, y eje de la acción de esta novela.

LAM (Donald): Joven y dinámico detective privado, socio de Berta Cool.

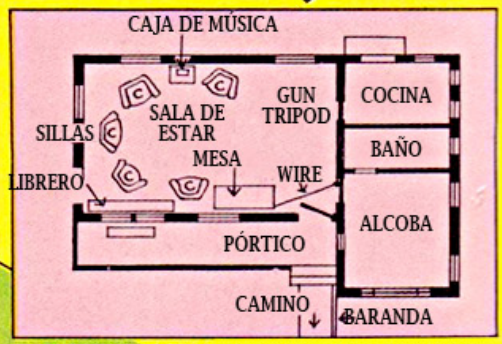
MILBERS (Christopher): Primo de Harlow.

MILBERS (Harlow): Anciano escritor.

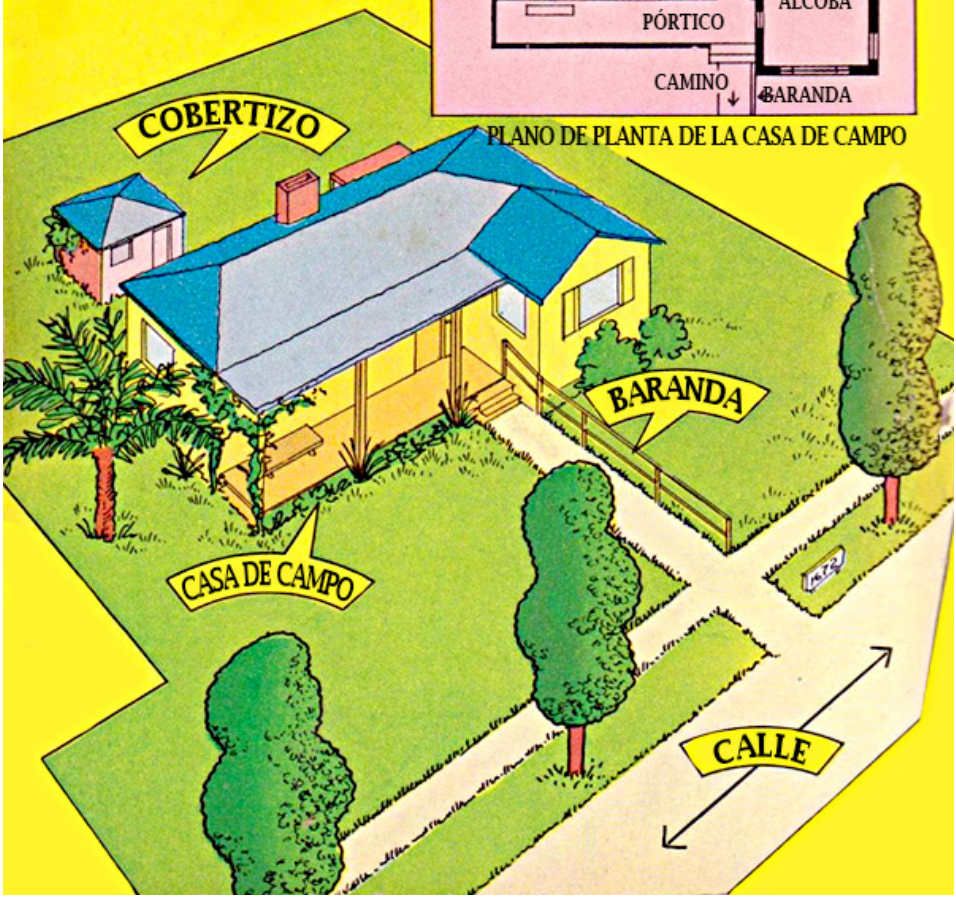
SELLERS (Frank): Sargento de policía de la Brigada de Homicidios.

SIMMS (Harry): Chófer de taxi público.
STELLMAN (Britten): Fabricante de cajas de música.
THINWELL (John): Chófer de una asociación de ciegos.

CASA DE CAMPO DEL CIEGO
DONDE ES ENCNTRADO EL CUERPO EN EL CIEGO Y EL MURCIÉLAGO



PLANO DE PLANTA DE LA CASA DE CAMPO



capítulo primero

EL letrero en la puerta decía:

«
COOL
Y
LAM.
INVESTIGACIONES
CONFIDENCIALES».

Pero el hombre era ciego y, por consiguiente, no podía verlo. El ascensorista habíale indicado dónde quedaba la oficina, y con el bastón que golpeaba de modo rítmico, desde la primera puerta en la esquina del corredor, había contado pacientemente las demás hasta que la frágil y huesuda silueta se recortó en negro sobre el vidrio opaco de la primera oficina.

Elsie Brand levantó la vista de su máquina de escribir, vio al anciano delgado, los gruesos anteojos negros, el bastón a rayas, la gran bandeja con corbatas, lápices y el jarro de hojalata. Sus dedos dejaron de teclear.

El ciego habló, antes de que ella tuviera oportunidad de decir algo.

—¿La señora Cool?

—Está ocupada.

—Aguardaré entonces.

—De nada le servirá.

Por un momento, el hombre pareció asombrado; luego, apareció en sus labios una débil sonrisa que distendió sus mejillas hundidas.

—Vengo por un asunto de negocios —dijo, y después de medio segundo, añadió—: Tengo dinero.

—Eso es distinto —manifestó Elsie Brand. Cogió el teléfono, y luego, pensándolo mejor, separó la silla del escritorio, volvióse, e indicando al ciego que esperara un momento, cruzó la oficina para abrir la puerta en que se leía:

«B.
COOL.
PRIVADO».

Berta Cool, cuya edad oscilaba alrededor de los cincuenta años, y cuyo cuerpo representaba unas setenta y cinco libras de frío realismo, hallábase sentada en el gran sillón giratorio detrás de la mesa, y miró a Elsie con sus ojos grises, llenos de escepticismo.

—¿Bien? ¿Qué hay?

—Un ciego.

—¿Joven o viejo?

—Viejo. Un vendedor ambulante, con una bandeja de corbatas, un jarro de hojalata y…

—Échele a la calle.

—Quiere verla… por un asunto.

—¿Tiene dinero?

—Asegura que sí.

—¿Qué clase de asunto?

—No me lo dijo.

Los ojos de Berta brillaron al mirar fijamente a Elsie Brand.

—Hágale pasar. ¿Qué demonios espera? Si viene por un asunto y tiene dinero, ¿qué más podemos desear?

—Deseaba asegurarme —dijo Elsie, y abriendo la puerta, dijo al ciego—: Tenga la bondad de pasar.

El bastón golpeó al atravesar la oficina, y el visitante entró en el santuario interno de Berta. Una vez en el interior del escritorio, hizo una pausa, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, escuchando en actitud intensa.

Sus agudos oídos percibieron el sonido de algún ligero movimiento hecho por Berta. Volvióse hacia ella como si pudiera verla, hizo una pequeña reverencia y dijo:

—Buenos días, señora Cool.

—Buenos días. Siéntese —respondió Berta—. Elsie, arrima esa

silla. Muy bien. Eso es todo; puedes retirarte. Siéntese, señor… ¿cómo se llama usted?

—Kosling, Rodney Kosling.

—Muy bien. Tome asiento, señor Kosling. Yo soy Berta Cool.

—Sí, lo sé. ¿Dónde está el joven que trabaja con usted, señora Cool? Creo que se llama Donald Lam.

El rostro de Berta cobró una expresión sombríamente feroz.

—¡Maldito sea!

—¿Dónde está?

—En la Marina.

—¡Ah!

—Se alistó —dijo Berta—. Yo había arreglado las cosas para que su ingreso en filas fuese diferido… tomé un contrato de guerra sólo para tener algo que le permitiera escapar al sorteo. Lo preparé todo con el mayor cuidado; lo hice clasificar como obrero indispensable en una industria esencial… y cuando todo estaba hecho, ese condenado pillastre fue a alistarse en la Marina.

—Le echaba de menos —dijo simplemente Kosling.

Berta frunció el ceño.

—¿Que le echaba de menos? No sabía que usted le conociera.

El hombre sonrió ligeramente.

—Creo que conozco a todos los que suelen pasar delante de mí.

—¿Qué quiere decir?

—Mi sitio queda media manzana más abajo, frente al edificio del banco de la esquina.

—En efecto, ahora que lo pienso, le he visto a usted allí.

—Conozco a casi todos los que pasan frente a mí.

—¡Oh! —exclamó Berta—. Ya comprendo.

Echóse a reír.

—No, no —dijo el hombre apresuradamente, a su vez comprendiendo lo que significaba aquella risa—. No es eso. Soy realmente ciego. Pero conozco los pasos.

—¿Quiere decir que puede reconocer los pasos de distintas personas entre una multitud?

—Por supuesto —asintió sencillamente Kosling—. Las personas caminan en forma tan distinta como distinta es la forma en que hacen cualquier otra cosa. La longitud de los pasos, la rapidez, el arrastrar pronunciado o ligero de los pies… ¡Oh!, una docena de

detalles diversos. Y además, claro está, a veces oigo sus voces. Las voces ayudan mucho. Usted y el señor Lam, por ejemplo, hablaban casi siempre cuando pasaban frente a mí. Es decir, usted hablaba. Le hacía preguntas acerca de los casos en que se ocupaba cuando venían a trabajar por la mañana, y por la noche, le apremiaba para que apresurase las cosas y conseguir resultados para los clientes. Él rara vez contestaba.

—No necesitaba hacerlo —gruñó Berta—. Es el tunante de más seso con que me haya tropezado jamás… pero está chiflado. Eso de ir a alistarse en la Marina demuestra la vena de locura en él. Todo estaba arreglado con el llamamiento diferido, ganaba buen dinero, acababa de entrar en la casa como verdadero socio… y se alista…

—Ha entendido que su patria le necesitaba.

Berta exclamó sombríamente:

—Y yo entiendo que le necesito.

—Siempre me agradó —dijo el ciego—. Era reflexivo y considerado. Me parece que andaba bastante mal cuando comenzó a trabajar con usted, ¿verdad?

—Tenía tanta hambre —dijo Berta—, que la hebilla de su cinturón le estaba marcando las iniciales en la espalda. Le tomé, le di ocasión de ganarse decentemente la vida; luego se abrió camino hasta llegar a asociarse conmigo, y entonces… y entonces se marcha y me deja plantada.

La voz de Kosling era reminiscente.

—Aún en la época en que la suerte no le sonreía siempre tuvo una palabra amable para mí. Cuando comenzó a disponer de algún dinero, empezó a dejar caer monedas en mi jarro… pero nunca cuando usted iba con él. Cuando me daba una moneda, no hablaba.

El ciego sonrió, como recordando, y añadió:

—Como si yo no supiera quién era. Conocía sus pasos tan bien como su voz, pero tal vez pensaba que me iba a sentir menos embarazado si no sabía quién me hacía el donativo… ¡Como si un mendigo pudiera conservar algún orgullo! Cuando un hombre comienza a pedir limosna, toma dinero de cualquiera que se lo dé.

Berta Cool enderezóse detrás del escritorio.

—Muy bien —dijo firmemente—. Hablando de dinero… ¿qué desea usted?

—Quiero que usted encuentre a una muchacha.

—¿Quién es?

—No conozco su nombre.

—¿Qué aspecto tiene? ¡Oh, discúlpeme!

—De nada —repuso el ciego—. Esto es todo lo que sé de ella: trabaja dentro de un radio de tres manzanas de aquí. Es un empleo bien remunerado. Tiene alrededor de veinticinco o veintiséis años. Es esbelta, pesa unos cincuenta y dos o cincuenta y tres kilos y mide alrededor de un metro sesenta centímetros.

—¿Cómo sabe todo esto?

—Mis oídos me lo han dicho.

—Sus oídos no pueden haberle dicho dónde trabaja —observó Berta.

—¡Oh, sí!

—Bien, morderé el anzuelo. ¿Cuál es el chiste?

—No lo digo en broma. Siempre sé la hora que es. Hay un reloj que da las horas.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Pasaba frente a mí de nueve menos cinco a nueve menos tres minutos. Cuando lo hacía a las nueve menos tres minutos, caminaba de prisa. A las nueve menos cinco caminaba más despacio. Los empleos cuyo horario empiezan a las nueve son los de mejor clase. La mayor parte de los empleos de taquigrafía comienzan a las ocho y media. Puedo decirle la edad aproximada de esa muchacha por la voz, su altura por la longitud de sus pasos, y lo que pesa, por el sonido de sus zapatos en la acera. Se sorprendería usted de lo que pueden decirle a uno los oídos cuando depende de ellos y aprende a utilizarlos al máximo de su capacidad.

Berta Cool reflexionó por unos instantes y luego dijo:

—Sí, creo que tiene razón.

—Cuando uno se queda ciego —manifestó Kosling—, tiene la impresión de que se ha apartado del mundo, que no puede participar en la vida, y pierde interés por ella; o, por el contrario, conserva algún interés, y resuelve seguir adelante con lo que le queda, sacándole el mayor provecho posible. Probablemente habrá observado que las personas saben mucho de todo aquello que les conviene.

Berta Cool esquivó la oportunidad de discutir sobre filosofía, y llevó de nuevo el tema a los dólares y centavos.

—¿Para qué quiere que busque a esa muchacha? ¿No puede encontrarla usted mismo?

—Resultó herida en un accidente de automóvil al cruzar la calle. Eso fue el viernes pasado, a las diecisiete y cuarenta y cinco aproximadamente. Se había quedado hasta más tarde que de costumbre en la oficina, presumo, y caminaba de prisa al pasar frente a mí. Tal vez tenía alguna cita, y se apresuraba para ir a cambiar de vestido a su casa. No creo que hubiese dado dos pasos por la calzada, cuando oí el chirrido de los neumáticos de un automóvil que frenaba bruscamente, un golpe sordo, y luego, un grito de dolor de la muchacha. Oí que la gente corría. Una voz de hombre le preguntó si estaba lastimada, pero ella, riendo débilmente, le contestó que no. Sin embargo, estaba muy asustada y había sufrido una fuerte conmoción nerviosa. El hombre insistió en llevarla a un hospital para que la reconocieran. La joven se negó. Por último, aceptó que el hombre la llevara en su automóvil. Cuando subía, dijo que le dolía la cabeza, y que tal vez fuera conveniente que la viese un médico. El sábado no volvió, y el lunes tampoco. Hoy es martes, y no ha vuelto a pasar. Deseo que usted la encuentre.

—¿Qué interés tiene usted por ella? —inquirió Berta.

La sonrisa del ciego era benévola.

—Califíquelo si quiere de impulso caritativo —dijo—. Vivo de la caridad, y… bueno, quizás esa muchacha necesite ayuda.

Berta le miró fríamente.

—Yo no vivo de la caridad —manifestó—. Esto le costará diez dólares diarios, y un mínimo de veinticinco dólares. Si no hemos obtenido resultados cuando se hayan terminado los veinticinco dólares, usted puede decir si desea continuar a diez dólares por día o no. Los veinticinco dólares son por adelantado.

El ciego abrió su camisa y deshebilló un cinturón.

—¿Qué es eso? —preguntó Berta—. ¿Una faja ortopédica?

—Un cinturón para guardar dinero —dijo el visitante.

Berta le observó mientras introducía el pulgar y el índice de la mano derecha en una de las carteras bien llenas del ancho y abultado cinto. Sacó un grueso fajo de billetes de banco, separó uno, tendiéndoselo a Berta, le dijo:

—No se moleste en darme recibo. Deme solamente el cambio.

Era un billete de cien dólares.

—¿No lo tiene más chico? —preguntó Berta.

El ciego contestó con un monosílabo.

—No.

Berta Cool abrió su bolso, extrajo una llave, abrió uno de los cajones del escritorio, sacó una caja de acero, cogió otra llave que pendía de un cordoncillo pasado por su cuello, abrió la caja y sacó siete billetes de diez dólares y uno de cinco.

—¿Cómo y cuándo desea usted que se le transmitan las informaciones? —inquirió.

—Verbalmente —respondió el ciego—, porque no puedo leer. Pase frente al edificio del banco, y dígame qué progresos realiza. Inclínese y háble me en voz baja. Puede aparentar que está mirando una corbata.

—Está bien —dijo Berta.

El ciego se puso de pie, cogió su bastón y con la contera exploró el camino hacia la puerta. De improviso se detuvo, volvióse y dijo:

—Me he retirado parcialmente. Si el tiempo no es bueno, no trabajo.

capítulo dos

BERTA Cool contempló con aire solemne a Elsie Brand, y se desahogó con ella.

—¿Puedes imaginarte algo parecido? —dijo—. El individuo se abre la camisa, se desabrocha los pantalones, y muestra un cinturón de dinero que le envuelve el cuerpo y que parece un neumático de repuesto. Abre una de las carteras, saca un fajo de billetes y *pela* uno. Es de a cien. Le pregunto si tiene más chico, y dice que no.

Elsie Brand pareció no ver nada de peculiar en aquello.

—Un individuo —añadió Berta— que se sienta en la acera, que no paga alquiler ni impuestos, no tiene empleados, y no necesita presentar una cantidad de informes de seguridad social, y guarda una fortuna en ese cinturón. Yo tengo que cambiar ese billete, y para ello debo sacar casi hasta el último centavo de mi caja. Y luego… —la voz de Berta Cool elevóse a un tono de quejumbrosa emoción—, y luego, figúrate: se vuelve, y me dice que no trabaja sino cuando hace buen tiempo. Yo nunca he podido quedarme en la cama en esas mañanas frías, lluviosas… o cuando hay humedad y niebla. Tengo que salir y venir chapoteando a la oficina, mojándome los pies en los charcos, hasta los tobillos, y…

—Sí —dijo Elsie Brand—. Yo hago lo mismo. Solamente que yo debo estar aquí una hora antes que usted, señora Cool, y si *tuviera* que cambiar un billete de cien dólares, no…

—Bueno, bueno —interrumpió rápidamente Berta, intuyendo que la conversación pasaba a un terreno peligroso, y que Elsie Brand podía mencionar como por casualidad los altos sueldos que el Gobierno paga a sus taquígrafas—. No tiene ninguna importancia. Dejemos esto. Me detuve un momento para decirle que voy a salir. Tengo que encontrar a una muchacha que resultó herida en un accidente de automóvil.

—¿Lo hará usted misma? —inquirió Elsie.

Berta Cool protestó:

—¿Cómo cree que voy a pagar a otro para que efectúe una averiguación tan simple? La muchacha fue embestida por un automóvil el viernes pasado a las diecisiete y cuarenta y cinco. El individuo que la atropelló la llevó a un hospital. Todo lo que tengo que hacer es dirigirme al Departamento de Tránsito, conseguir un informe del accidente, ir en tranvía al hospital, preguntar a la muchacha cómo se encuentra, e informar al ciego.

—¿Y por qué quiere esa información? —inquirió Elsie.

—Sí —dijo sarcásticamente Berta Cool—. ¿Por qué la quiere? Desea saber dónde está la querida pequeña, para poder enviarle flores, porque ha proporcionado dulzura y luz a su vida. Le agradaba oírla caminar por la acera, y ahora que no pasa la echa de menos, de modo que me paga veinticinco dólares para que la encuentre. ¡Bah!

—¿No le cree? —preguntó Elsie.

—No —respondió Berta—. No le creo. No soy de esa clase. Usted podría creer que lo hace por pura caridad cristiana. Berta Cool no cree en cuentos de hadas. Berta Cool cree en veinticinco dólares. Va a ganarlos en cosa de una hora y media. De manera que si viene alguien y quiere algo, averigüe lo que es y dígale que vuelva después de almorzar… si parece que es algo que puede traer dinero. Si viene alguien a solicitar contribuciones para cualquier cosa, me importa un rábano lo que sea, le dice que he salido de la ciudad.

Berta salió de la oficina, cerrando la puerta con estrépito tras de sí, y notó con satisfacción que el teclado de la máquina de escribir de Elsie Brand alborotaba en un ruido continuado, casi antes de que la puerta se hubiese cerrado.

En el Departamento de Tránsito, sin embargo, Berta experimentó la primera decepción. No había informe alguno de un accidente en el cruce de esas calles, en la fecha y a la hora indicadas.

—¡Vaya con la eficiencia de este servicio! —quejóse Berta al encargado de la oficina—. Un hombre atropella a una muchacha, y ni siquiera tienen conocimiento.

—Muchas veces los conductores de los automóviles no presentan informes —manifestó pacientemente el funcionario—. Nosotros no podemos fabricarlos. La Ley exige que lo hagan ellos. Cuando hay

un funcionario a una distancia razonable del lugar, anota el número de la patente; en ese caso nos encargamos de comprobar si el conductor ha redactado el informe y lo ha presentado.

—¿Y quiere decir usted que en un cruce como ése no había un agente de tránsito siquiera en las inmediaciones?

—En ese cruce —manifestó el hombre—, el agente de tránsito deja el servicio a las diecisiete y cuarenta, y camina dos manzanas hacia la avenida principal para ayudar a dirigir el tránsito allí. Tenemos escasez de personal, y debemos arreglarnos lo mejor que podemos.

—Pues bien. Oiga lo que voy a decirle: soy una contribuyente, y tengo derecho a obtener esa información. La necesito y la quiero.

—Nos agradaría mucho poder ayudarle a obtenerla.

—¡Vaya un consuelo! ¿Y cómo voy a arreglármelas para conseguirla?

—Llame por teléfono a los hospitales, y pregunte si el viernes pasado, entre las dieciocho y las diecinueve, se presentó algún paciente para hacerse reconocer, por haber sido atropellado por un automóvil. Me imagino que podrá describir a esa persona.

—De manera general.

—¿No sabe cómo se llama?

—No.

El funcionario movió la cabeza.

—Bueno, de todos modos, puede intentar lo que le sugiero.

Berta lo intentó, sudando en el encierro de una «cabina» telefónica, y arrojando monedas con evidente contrariedad en la alcancía automática del aparato. Después de haber gastado treinta y cinco centavos, estaba que se la llevaban los demonios. Había explicado y vuelto a explicar el asunto, para recibir como única contestación: «Un momento, por favor», y para que la pusieran en comunicación con otros departamentos, a los cuales tenía que explicarlo todo de nuevo.

Al final de la lista, tenía treinta y cinco centavos menos sin lograr la menor información, lo que no contribuía a mejorar su carácter irascible.

capítulo tres

EL tránsito era denso en la activa bocacalle. Los peatones que volvían de almorzar cruzaban la calzada en intermitentes riadas de multitud en movimiento. Los timbres de las señales automáticas sonaban con monótona regularidad a intervalos fijos. Algunos tranvías que pasaban chirriando con acompañamiento de campanillas unían sus ruidos al de los automóviles que frenaban o cuyos motores, momentáneamente detenidos, volvían a ponerse en marcha.

El día era caluroso, y el sol brillante; el olor de los gases de los combustibles quemados permanecía en el arroyo de cemento de la calle como un vapor pegajoso.

Kosling se hallaba sentado en un pequeño sector de sombra frente al edificio del banco, exhibiendo el surtido de corbatas en la bandeja suspendida del cuello por una correa. A la izquierda en una bandeja más pequeña, estaban los lápices. A intervalos ocasionales, una moneda tintineaba en el jarro de hojalata. Con menos frecuencia, alguien se detenía ante él para mirar las corbatas.

Kosling conocía su mercancía por el tacto, y por su notable memoria el lugar que ocupaba en la bandeja.

—Esta corbata es muy apropiada para un joven, señora —manifestaba, tocando una de vívida seda roja, con lunares blancos y rayas negras—. Aquí tiene algo muy bonito en azul marino, y esta otra, a cuadros, sería un espléndido regalo. Vea esta otra… iría muy bien con un traje de deporte y…

Cuando sus oídos percibieron el rumor de los firmes pasos de Berta Cool en la acera, se interrumpió.

—Sí, señora. Creo que quedará contenta con ésta. Sí, señora. Cincuenta centavos solamente. Sírvase echarlos en el jarro. Muchas gracias.

Como no podía ver, no levantó la cabeza cuando Berta inclinóse sobre la bandeja.

—¿Bien? —inquirió.

—Ninguna novedad —respondió Berta—, todavía…

El ciego esperó pacientemente, sin despegar los labios.

Berta vaciló un momento antes de decidirse a dar mayores explicaciones.

—He ido a la Oficina de Tránsito, y llamé por teléfono a los hospitales. En ninguna parte saben nada. Necesito más informaciones antes de proseguir.

Kosling manifestó con la voz pausada, monótona, de alguien que está convencido de que no ganaría nada poniendo de manifiesto su personalidad ante su interlocutor:

—Hice todo eso antes de recurrir a usted.

—¿Lo hizo? —exclamó Berta—. ¿Por qué demonios no me lo dijo?

—No habrá pensado usted que iba a pagar veinticinco dólares para que alguien hiciera una simple diligencia, ¿verdad?

—¡Usted no me dijo que lo había hecho! —exclamó Berta, indignada.

—Usted no me dijo que se proponía hacer lo mismo que cualquier otra persona. Me figuré que contrataba a un detective.

Berta se enderezó y alejóse sin decir más, el rostro arrebolado, los ojos relucientes y los pies hinchados dentro de sus zapatos por el contacto con la acera caliente.

Elsie Brand levantó la vista cuando Berta entró en la oficina.

—¿Cómo le fue? ¿Bien?

Berta movió la cabeza sin decir palabra y fue directamente a su despacho particular. Después de cerrar dando un portazo, sentóse para meditar.

Sus reflexiones dieron por resultado un aviso para ser insertado en las columnas de los periódicos de mayor circulación.

PERSONAS QUE PRESENCIARON ACCIDENTE ESQUINA
CRESTLAKE
Y
BROADWAY
VIERNES PASADO ALREDEDOR 17,45 SÍRVANSE COMUNICARSE CON B.

COOL,
EDIFICIO
DREXEL.
NO
MOLESTIAS, TRASTORNOS NI CITACIONES JUDICIALES.
SOLAMENTE
REQUIÉRESE INFORMACIÓN.
RECOMPENSA
CINCO DÓLARES POR NÚMERO PATENTE AUTOMÓVIL ATROPELLÓ
JOVEN.

Berta echóse hacia atrás en el sillón giratorio, releyó lo que antecede, consultó las tarifas de los anuncios por palabras, y comenzó a tachar con el lápiz.

Finalmente, el aviso quedó reducido a lo siguiente:

TESTIGOS ACCIDENTE
CRESTLAKE
BROADWAY
VIERNES COMUNIQUE B.
COOL
EDIFICIO
DREXEL
TRES
DÓLARES RECOMPENSA NÚMERO PATENTE.

Lo estudió por un momento, luego, con el lápiz, tachó TRES DÓLARES y escribió DOS DÓLARES.

—Dos dólares es suficiente —murmuró—. Y además, nadie recordaría el número de la patente a menos que lo haya anotado; y si lo ha anotado, es la clase de persona a la que agradaría salir de testigo. Dos dólares es bastante para ella.

capítulo cuatro

EL miércoles por la tarde, Elsie Brand abrió la puerta de la oficina privada de Berta Cool.

—Desea verla un sujeto que se niega a dar su nombre.

—¿Qué quiere?

—Dice que usted puso un anuncio en el diario.

—¿Acerca de qué?

—Un accidente de automóvil.

—¿Y qué hay con eso? —preguntó Berta.

—Quiere cobrar dos dólares.

Los ojos de Berta relucieron.

—Hágale pasar.

El hombre al que Elsie Brand acompañó al despacho privado de Berta Cool, parecía querer pasar por la vida con el menor esfuerzo posible. Su aspecto general daba la impresión de que el cuello, los hombros, las caderas y las piernas temieran soportar más peso del que equitativamente les correspondía, y hasta el cigarrillo que tenía entre los labios pendía displicente, subiendo y bajando cuando hablaba.

—Buenas tardes —dijo—. ¿Es aquí donde necesitan información acerca de un accidente?

Berta Cool le contempló con el semblante iluminado por una amplia sonrisa.

—En efecto —dijo—. Tome asiento… Ahí tiene una silla. No… ésa no es bastante cómoda. Esa otra… la que está junto a la ventana. Muy bien. Ahí hace más fresco. ¿Cómo se llama usted?

El hombre limitóse a sonreír.

Tenía alrededor de 35 años y debía medir algo menos de 1.70 de estatura; era más bien delgado, pálido, y sus ojos brillaban con un reflejo de desfachatez.

—No piense ni por un segundo —manifestó— que alguien pueda *pagarme* una citación judicial, y decirme: «Ahora es un testigo. ¿Qué se le va a hacer?». Hay mucho que conversar antes de que suceda eso.

—¿Qué clase de conversación? —inquirió Berta, colocando cuidadosamente un cigarrillo en su larga boquilla de marfil labrado.

—La clase de conversación que comienza con la discusión de lo que hay en el asunto para mí.

Berta sonrió afablemente.

—Bien… Quizá pueda arreglar las cosas en forma que haya bastante para usted… *si vio* lo que yo espero que haya visto.

—No se confunda, hermana. Lo vi todo. Usted debe saber lo que ocurre; muchas personas no quieren ser testigos, y no se les puede reprochar eso. Alguien les *paga* una citación judicial. Tienen que ir a los tribunales cinco veces y se les informa que los abogados han prolongado el caso. La sexta vez, hay otro juicio que se está ventilando y tienen que esperar dos días antes de que el asunto se trate. Entonces una colección de abogados le hacen una serie de preguntas y lo convierten en el hazmerreír del público. Cuando el caso ha terminado, el abogado le da la mano, le dice que se siente muy agradecido y le hace un cheque por diez o quince dólares como compensación. El testimonio de esos individuos le ha dado las pruebas que resultan en un veredicto por quince mil buenos dólares y el abogado le cobra al cliente el cincuenta por ciento. El idiota es el testigo. *Mi* mamá no tuvo hijos para que se cayeran del nido…

—Ya lo veo —dijo Berta, sonriendo siempre—. Usted es exactamente el tipo de hombre con el que me gusta tratar.

—Magnífico, entonces. Adelante y tratemos.

—Estoy especialmente interesada —manifestó Berta— en averiguar algo acerca de la identidad de…

—Un momento —interrumpió el visitante—. No comience por el medio. Empecemos por el principio.

—¡Pero si *empiezo* por el principio!

—No, no. Tranquilidad, hermana… Lo primero que Guillermito quiere saber es lo que hay en este asunto para él.

—Estoy tratando de explicárselo a Guillermito —dijo Berta, sonriendo socarronamente.

—Entonces abra la libreta de cheques y tendremos el fondo

apropiado.

—Tal vez no haya leído usted bien el aviso —observó Berta.

—Tal vez usted no lo haya redactado en la forma debida.

A impulsos de una inspiración, Berta dijo:

—Oiga, debo advertirle que no represento a ninguna de las partes del accidente.

El visitante pareció confundido.

—¿Lo dice en serio?

—Sí; completamente en serio.

—Entonces… ¿a qué obedeció su interés en este asunto?

—Deseo averiguar dónde está la muchacha que resultó herida.

El hombre sonrió, mirándola de soslayo con cínica comprensión.

—¡Oh, no! No es por lo que usted cree —dijo Berta—. No me interesa lo que ocurra después de que la encuentre. No voy a llevarla a ningún abogado. No me importa si quiere hacer un juicio por daños y perjuicios o si no quiere. Ni siquiera me interesa si se ha restablecido o no. Lo único que deseo es saber dónde puedo encontrarla.

—¿Por qué?

—Por otro asunto.

—¡Ah! ¿Sí?

—Le digo la pura verdad.

—Siendo así, me parece que usted no es la persona con la que yo quería entrar en conversaciones.

—¿Tiene el número de la patente del automóvil que la atropelló?

—Le dije que lo tengo todo. Vea, señora: cuando se cruza por mi camino un poco de buena suerte, estoy siempre preparado con mi lápiz y mi libreta. Lo tengo todo anotado: la forma en que ocurrió, el número de la patente del automóvil… todos los detalles.

Extrajo una libreta del bolsillo, la abrió y enseñó a Berta una página llena de anotaciones.

—Éste no es el primer accidente que he presenciado —dijo enfáticamente—. La primera vez, erguí la cabeza y dije todo lo que había acaecido. La Compañía de Seguros paga diez mil dólares al abogado. Yo no fui al tribunal. El abogado me dio las gracias, me estrechó la mano y me dijo que yo era un buen ciudadano. ¿Comprende? *Yo era* un buen ciudadano, pero el abogado cobró

diez mil dólares que dividió con su cliente. Conseguí un apretón de manos. Bien; pero los apretones de manos no significan gran cosa para mí. Después de eso, resolví cambiar para el futuro. Llevo mi libreta y no actúo de testigo por nadie hasta después de haber mantenido una conversación amistosa. No esté intranquila por mis informaciones. Cuando veo algo, tengo buen cuidado de no perder el menor detalle. La libreta es muy conveniente para esos casos. ¿Me comprende?

—Creo que sí —dijo Berta—, pero, en este caso, se ha equivocado de lugar y no habla con la persona que le interesa. Un hombre me ha encargado que buscase a esa muchacha. Ni siquiera sabe cómo se llama. Se estaba enamorando de ella y, repentinamente, desapareció de su vida.

El hombre sacóse el cigarrillo de la boca, hizo caer la ceniza en la alfombra y, echando la cabeza hacia atrás, comenzó a reír estruendosamente.

Una lenta oleada de indignación empezó a colorear el robusto cuello de Berta.

—Me alegro de que le parezca chistoso —dijo secamente.

—¿Chistoso? ¡Oh, es para desternillarse! ¡Ja, ja, ja! Quiere enviar un regalo a la muchacha y no sabe dónde encontrarla. «¿No me haría el favor de darme el número de la patente del automóvil que la atropelló?».

—¿No se da cuenta? —inquirió Berta, irritada—. El hombre que la atropelló se ofreció para llevarla a un hospital. Mi cliente desea saber a qué hospital la condujo.

El hombre que ocupaba la silla cómoda, bien tapizada y muelle, junto a la ventana por la que entraba un poco de fresco, retorcíase de risa. Se dobló en dos, palmoteándose los muslos, rojo como un tomate.

—¡Ja, ja, ja…! Por favor, señora, no siga, que voy a enfermar. ¡Es usted un as! Se lo digo en serio, es realmente un as.

Sacó un pañuelo del bolsillo para enjugarse la frente sudorosa y limpiarse los ojos.

—¡Vaya una manera de presentar las cosas! No se puede negar que es muy astuta. Dígame, señora: ¿encuentra muchos que se traguen esa clase de anzuelos? Se lo pregunto por curiosidad, porque si realmente hay personas de tragaderas tan anchas, existe la

posibilidad de sacar algún provecho.

Berta separó el sillón giratorio.

—Muy bien —exclamó encolerizada—. Ahora escúcheme, badulaque ensoberbecido. Usted es muy hábil, ¿verdad? Es el nene inteligente de su mamaíta… el prodigio de la familia. Es el más listo y despierto… los demás son todos idiotas… ¡Pues bien! ¿De qué le vale ser tan inteligente? ¡Mírese un poco! Un traje de confección de veinticinco dólares, una corbata de un dólar, una camisa agujereada en los lugares donde rozan las puntas del cuello, y un par de zapatos con los tacones torcidos. Inteligente, ¿verdad? ¡Muy listo! ¡Pues bien, pozo de ciencia y de astucia! ¡Permítame que le *diga* algo!

Berta estaba de pie en ese instante, inclinándose sobre el escritorio.

—Ya que es tan condenadamente sagaz y despierto, le diré que mi cliente es un ciego, un mendigo ciego que se sienta en la esquina y vende lápices y corbatas. Ha llegado a la edad en que uno se vuelve sentimental, y esa pollita se detenía a conversar con él, le daba una palmadita en el hombro y le alegraba la vida. Está preocupado por ella porque no fue a trabajar el lunes ni el martes. Me pidió que tratara de encontrarla, y como se trataba de un pobre viejo ciego, me compadecí de él y acepté el trabajo por la cuarta parte del precio que acostumbro a cobrar a los clientes normales. Iba a tratar de darle una oportunidad a usted. Si me hubiese dado la información que necesitaba, iba a llevar las cosas de manera que si intervenía un abogado, usted pudiese obtener algún dinero. Pero ya que es tan condenadamente listo y perspicaz, siga adelante y encuentre a su propio abogado.

El hombre había cesado de reír. Ni siquiera sonreía. Miró a Berta con aire asombrado, medio confuso, en el que había parte de rabia y parte de sorpresa.

—¡Muy bien! ¿Qué espera? —gritó Berta—. ¡Márchese de aquí antes de que le haga salir de mala gana!

Empezó a caminar alrededor del escritorio.

—Un momento, por favor, señora. Yo…

—¡Fuera! —aulló Berta.

El individuo saltó de la silla como si hubiese estado sentado sobre alfileres.

—Espere un segundo, señora… Tal vez podamos llegar realmente a un acuerdo.

—¡Ni lo piense! —exclamó Berta—. No voy a ensuciarme las manos entrando en tratos con un infeliz, miserable y descamisado informante, que no sabe lo que son sentimientos ni vergüenza. ¡Ya que es tan endemoniadamente listo, encuentre usted mismo al abogado que *quiera* sus informaciones!

—Pero es que tal vez…

Berta Cool precipitóse sobre él como un alud. Su vigorosa mano derecha aferró un puñado de paño de la espalda de su chaqueta y lo retorció, convirtiéndolo en un nudo. Estiró violentamente el brazo y sus piernas robustas empezaron a caminar.

Elsie Brand levantó la vista llena de sorpresa cuando pasaron por la oficina exterior.

La puerta que daba al pasillo se cerró con un golpe que hizo retemblar el vidrio opaco. Berta Cool contempló la puerta un segundo o dos y luego, yendo hacia el escritorio de Elsie Brand, le dijo:

—Muy bien, Elsie. Sígale. ¡Ya le enseñaremos a ese bribón!

—No comprendo…

Berta cogió el respaldo de la silla de la mecanógrafa y la envió dando vueltas y patinando sobre el piso antes de que Elsie pudiera ponerse en pie.

—¡Sígale! Averigüe quién es y adónde va. Si tiene automóvil, anota el número de su patente. ¡Vamos, de prisa!

Elsie Brand se puso en movimiento hacia la puerta.

—Aguarde hasta que entre en el ascensor —le previno Berta—. No baje en el mismo ascensor que él. Alcáncele en la calle.

Elsie Brand apresuróse a salir.

Berta Cool empujó la silla de la mecanógrafa, volviendo a colocarla ante su escritorio, entró nuevamente en su despacho, cogió la boquilla con el cigarrillo medio consumido, se la puso entre los labios y dejóse caer en el gran sillón giratorio. Jadeaba un poco a causa del ejercicio.

—¡Ese cochino! —murmuró—. ¡Ingresar en la Marina! ¡Dios sabe la falta que me está haciendo! Él hubiera llevado todo esto sin necesidad de complicaciones.

capítulo cinco

ELSIE Brand volvió a los veinte minutos.

—¿Cómo le fue? —inquirió Berta Cool.

La joven movió la cabeza.

Berta Cool arrugó la frente.

—¿Qué le ocurrió?

—Yo no soy Donald Lam —dijo Elsie—. Soy una mecanógrafa, no un detective. Además, creo que desde el primer momento se dio cuenta de que le seguía.

—¿Qué hizo?

—Fue hasta la esquina, se detuvo frente al ciego, nuestro cliente, y arrojó unos dólares de plata en el jarro. Cinco dólares.

—¿Qué hizo el mendigo?

—Inclinar la cabeza cada vez que un dólar caía en el jarro de hojalata y decir «Gracias, hermano». Lo repitió cinco veces, muy serio y con dignidad.

—¿Y luego?

—Luego, el individuo cruzó la calle, muy de prisa. Fui tras él, tratando de que no se alejara mucho. Siguió caminando hasta llegar a una bocacalle donde estaba a punto de cambiar la señal de tránsito. Cruzó la calzada a la carrera. Traté de imitarle, pero el policía me obligó a volver a la acera, dándome un empellón y gritándome. Pasó un tranvía y le perdí de vista. Tuve la impresión de que subió a él.

—Hubiera debido seguir al tranvía y…

—Un momento —la interrumpió Elsie Brand—. A media manzana de mí había un taxi estacionado. Le hice señales frenéticas y el chófer me vio y fue a buscarme. Subí al automóvil e indiqué al chófer que pasara junto al tranvía. Repetimos la operación tres veces. En cada una de ellas miré a todos los pasajeros, sin poder ver

al hombre. Hice que el taxi me llevara dos manzanas más adelante y cuando llegó el tranvía, subí… Nuestro individuo no estaba en el vehículo.

—¡Mil demonios! ¡Que me aspen! —exclamó Berta con ira reconcentrada.

capítulo seis

ERAN exactamente las
16:51
cuando Elsie Brand abrió la puerta del despacho privado de Berta Cool. Evidentemente, trataba de disimular su excitación hasta después de haber cerrado la puerta. Entonces exclamó sin aliento:

—¡Está de nuevo aquí!

—¿Quién?

—El testigo que vio el accidente.

Berta Cool reflexionó algunos segundos antes de decir:

—Quiere tirar la esponja. Es un maldito chantajista. Ni siquiera debería darle la satisfacción de recibirle.

Elsie Brand aguardó, sin decir palabra.

—Muy bien —dijo Berta—. Hágale entrar.

El individuo sonreía y su expresión era afable cuando entró en el despacho.

—El asunto del seguimiento intentado por usted resultó un poco burdo, ¿verdad? —dijo—. No me guarda rencor, ¿eh, señora Cool?

Berta no respondió.

—He estado pensando en todas las cosas —añadió él—. Tal vez usted me *haya* dicho la verdad. Estoy dispuesto a hacer un trato. La muchacha no sabe quién la atropelló. Creo que soy el único que lo sabe. Ahora bien; esa información no me reportará beneficio alguno anotada en la libreta, de modo que voy a darle el nombre y la dirección de la muchacha. Eso no le costará un centavo. Vaya a verla. Háblele. Tiene un motivo espléndido para iniciar un juicio por daños y perjuicios. Lo que deseo es una participación del veinticinco por ciento.

—¿Veinticinco por ciento de qué? —inquirió Berta.

—De lo que obtenga del hombre que guiaba el automóvil.

Posiblemente esté asegurado. En ese caso, habrá un arreglo.

—Nada tengo que ver con eso —dijo Berta—. Ya se lo previne antes.

—Lo sé. Usted me lo dijo. No vamos a discutir por eso. Avisado de antemano es lo mismo que estar prevenido. Pero le *digo* que si ella quiere averiguar quién la atropelló, habrá de darme una buena tajada de lo que le den. Haré que un abogado me redacte un acuerdo previo completamente en regla. ¿Qué opina?

Berta Cool apretó los labios y movió la cabeza obstinadamente.

—No me engaño. Estoy seguro de que aceptará. Tal vez ahora no le interese el juicio, pero después lo pensará mejor. Bien, de todas maneras, siempre podrá encontrarme insertando un anuncio en los periódicos.

—¿Cómo se llama usted?

—Oportunidad. Juan D. Oportunidad.

—Ya le dije que…

—Sí, sí; ya lo sé —interrumpió suavemente—. La muchacha a la que busca responde al nombre de Josefina Dell. Vive en los apartamentos Bluebonnet, en la calle Figueroa Sur. No fue a un hospital.

—¿Por qué no? —preguntó Berta—. El hombre deseaba acompañarla a un hospital.

—Es cierto —dijo el visitante—. Iba a llevarla; quería que la examinara un médico para estar seguro de que no había resultado herida, pero por alguna razón, ella no accedió. El accidente ocurrió el viernes por la tarde. El sábado por la mañana la muchacha se levantó sintiéndose mal. Telefoneó a la oficina donde trabajaba para avisar que no iría. El domingo se quedó en cama. Podría conseguir unos cuantos centenares de dólares mediante un arreglo, pero no sabe quién la atropelló.

El individuo se puso en pie y aspiró una bocanada de humo. Sus ojos de párpados caídos miraron con expresión inquisitiva.

—Bien —manifestó—. Ahora sabe cuáles son mis condiciones.

Berta Cool miró la puerta y pareció que iba a decir algo, pero se contuvo.

—¿Iba a volver a decir que no me necesitaba, y lo pensó mejor? —dijo—. Después de todo, señora Cool, comprenderá usted que no puede ir muy lejos sin mi ayuda. Bien. Esperaré. Ya ve que no le

cobro la información que le di. Es lo que podría llamarse una muestra gratis de mi mercancía. Cuando quiera obtener la información que reportará dinero, hágamelo saber. Buenas tardes.

Salió del despacho.

A los diez segundos de haberse cerrado la puerta detrás del visitante, Berta Cool estaba preparada para salir a la calle.

Elsie Brand cerraba su escritorio, cuando Berta salió de la otra oficina. Miró con curiosidad a su jefe y pareció a punto de preguntarle si había adquirido la información deseada, pero cambió de modo de pensar.

Berta Cool no le dio explicación alguna.

Los apartamentos Bluebonnet eran un edificio típico del sur de California, que contenía casi exclusivamente apartamentos que rentaban veintisiete con cincuenta o cuarenta dólares semanales. Los lados eran de ladrillo y el frente de estuco blanco, con techados ornamentales que sobresalían sobre la puerta y las ventanas. Esos techados estaban recubiertos con tejas rojas. El edificio tenía unos dieciséis o dieciocho metros de ancho y era de tres pisos. No había vestíbulo, y una lista de nombres en el exterior de la puerta principal flanqueaba los buzones de la correspondencia.

Berta Cool recorrió con la vista la lista de los nombres y encontró el de Josefina Dell en la mitad de la columna. El índice regordete de Berta oprimió el botón. Retiró el auricular colgado de un gancho y escuchó.

La voz de una joven dijo:

—¿Quién es?

—Una señora que desea hablar con usted acerca de su accidente.

La voz contestó: «Muy bien», y pocos segundos después el aparato eléctrico que abría automáticamente la cerradura emitió un zumbido para indicar que se podía entrar.

Había que subir escaleras, y Berta lo hizo con la lenta deliberación de una persona que quiere conservar aliento y energías, inclinándose ligeramente hacia delante, mientras pisaba los escalones. Sin embargo, llegó al apartamento sin haber perdido el aliento, y sus nudillos golpearon autoritariamente la puerta.

La joven que acudió a abrir tendría unos veinticinco años. Sus cabellos eran rojizos y su nariz algo respingada; sus ojos eran risueños y la boca parecía naturalmente inclinada a sonreír.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —contestó Berta—. ¿Es usted Josefina Dell?

—Sí.

—¿Puedo pasar?

—Adelante.

Josefina Dell estaba cubierta con una bata, sobre un pijama, y calzaba chinelas. El interior del modesto apartamento indicaba que había estado recluida allí durante algún tiempo. Había un montón de periódicos y revistas. El cenicero estaba lleno de colillas y el olor a humo de cigarrillos impregnaba el ambiente.

—Tome asiento —dijo la joven—. Mañana estaré en libertad.

—¿Ha estado encerrada? —inquirió Berta.

—En observación —dijo Josefina Dell, riendo—. Las desgracias nunca vienen solas.

Berta acomodóse en la silla.

—¿Ha habido algo más, aparte del accidente?

—Por supuesto. ¿No lo sabía?

—No.

—He quedado sin empleo.

—¿La despidieron porque no pudo ir a trabajar?

—¡Oh, no! Mis dificultades comenzaron cuando falleció el señor Milbers. Creí que usted lo sabía. Pero me parece que lo mejor será que me diga usted quién es y qué desea, antes de seguir adelante.

—No trabajo para ninguna Compañía de Seguros y no puedo ofrecerle un solo centavo.

El rostro de Josefina Dell mostró a las claras su desilusión.

—Tenía la esperanza de que viniera usted en representación de alguna Compañía de Seguros.

—Me lo imaginé.

—Ya ve… Cuando me atropelló el automóvil, no creí haber sufrido daño alguno. Recibí un buen susto y una fuerte conmoción, por supuesto, pero gracias a Dios, estoy acostumbrada a tomar las cosas como vienen. Tan pronto como recuperé el aliento, empecé a decirme: «Vamos, no seas floja. No llores. Después de todo, no te han roto ningún hueso. No hiciste más que caer al pavimento».

Berta asintió con un movimiento de cabeza de comprensión y simpatía.

—Además, ese joven era *muy* amable. Saltó del automóvil en un

santiamén, me ayudó a levantarme y me hizo subir al coche antes de que me diera cuenta, insistiendo en que debía ir a un hospital, por lo menos para que me examinaran bien. Me eché a reír, creyéndolo exagerado, pero entonces se me ocurrió que tal vez lo hiciera por su propia conveniencia, de manera que le dije que iría. Pero luego, al alejarnos de allí, comenzamos a charlar y creo que le convencí de no haber sufrido el menor daño y que no iba a reclamar indemnización alguna. Le aseguré que no iba a pedir un solo centavo. Finalmente consintió en traerme a casa.

El movimiento de cabeza de Berta era de aquellos que hacen brotar las confidencias.

—Más tarde, aunque pensaba que todo marchaba bien, comencé a sentir síntomas alarmantes. Llamé a un médico y entonces supe que no es raro que en casos como el mío una persona esté aparentemente bien un día o dos y luego se presenten complicaciones serias. El doctor parece considerar que he tenido mucha suerte, en medio de todo, al poder contarlo.

Berta Cool movió nuevamente la cabeza.

—Y ni siquiera anoté el número de la patente del coche —añadió Josefina Dell con una risita—. No sé cómo se llama el hombre y no tengo ni la más pequeña idea de quién es. No es que me proponga entablar juicio, pero si estuviese asegurado, unos cuantos dólares me vendrían bien ahora.

—Sí —dijo Berta—. Ya comprendo. Bien; si usted quiere averiguar quién es, existe una posibilidad de que…

—¿Sí? —preguntó Josefina Dell cuando Berta se interrumpió.

—Nada —dijo Berta.

—Bien. ¿Y usted qué relación tiene con este asunto?

Berta Cool le entregó una tarjeta.

—Soy directora de una agencia de detectives.

—¡Detectives! —exclamó sorprendida la joven.

—En efecto.

Josefina Dell echóse a reír.

—Siempre pensé que los detectives eran personas siniestras. Usted parece muy humana.

—Lo soy.

—¿Y por qué se interesa por mí, si no es mucha curiosidad?

—Porque alguien contrató mis servicios para que la buscara.

—¿Quién?

Berta sonrió y dijo:

—No lo adivinaría ni en un siglo. Es un hombre que se interesa por usted.

Supo que había resultado herida y quiso averiguar cómo sigue.

—¿Pero por qué no habló por teléfono y…?

—No sabía dónde encontrarla.

—Es decir, ¿no sabía dónde trabajaba yo?

—En efecto.

—¿De quién se trata?

—De un anciano —dijo Berta—. Un hombre que parece…

—¡Oh, apostaría a que es el ciego!

Berta pareció un tanto contrariada de que Josefina Dell hubiese adivinado la identidad de su cliente con tanta facilidad.

—¿Cómo se dio cuenta?

—Cuando usted se mostró tan segura de que nunca pensaría de quién se trataba, me imaginé que debía ser algo más bien raro. He pensado mucho en él. Hoy mismo me preguntaba cómo podría arreglármelas para hacerle saber que sigo bien. —Echóse a reír y agregó—: No se puede escribir una carta y dirigirla al ciego que vende corbatas frente al edificio de un banco, ¿verdad?

—Tiene razón —asintió Berta.

—¿Quiere hacerme el favor, entonces, de decirle que le agradezco muchísimo su interés?

Berta hizo un movimiento de afirmación con la cabeza.

—Dígale que su atención significa mucho para mí. Probablemente iré a verle mañana o pasado mañana si no se presentan complicaciones. Pienso que es un *encanto*.

—Parece sentir mucho cariño por usted —dijo Berta—. Es un hombre de tipo poco corriente… Muy observador.

—Bueno, dígale de mi parte que estoy muy bien y que le envío mis afectos. ¿Lo hará?

—Puede estar segura.

Berta se puso de pie, y vaciló un instante.

—Yo podría hacer algo por usted acerca de… Bien, acerca de buscar la forma de conseguirle alguna indemnización, pero tendría que gastar algún dinero para averiguar quién la atropelló. No quisiera hacerlo a menos que usted considere que no hay otro

medio.

—¿Quiere decir que *podría* encontrar al hombre que me atropelló?

—Creo que sí, pero costaría algún dinero.

—¿Cuánto?

—No lo sé. Probablemente un porcentaje de lo que usted obtuviera; para no hacer muchos cálculos, la mitad de lo que usted consiguiera. No quisiera hacerlo así, si hubiera alguna otra forma.

—¿Y usted se haría cargo de todas las gestiones?

—Si hubiese un arreglo directo, sí. Si el asunto fuera a los tribunales, claro está que sería distinto.

—¡Oh, sé muy bien que no llegaría ese caso! El joven *era* tan simpático y considerado… Estoy segura de que si está asegurado y se entera de que he tenido que faltar al trabajo… Pero, en realidad, no es tan importante. Sólo perdí tres o cuatro días, y de todos modos hubiese quedado sin empleo.

—¿Trabajaba para un hombre que falleció?

—Sí. Harlow Milbers.

—Su oficina debía quedar cerca del lugar donde se sitúa el ciego.

—A unas dos manzanas del banco. Ese edificio antiguo de aspecto extraño que queda al doblar la esquina, El señor Milbers tenía un pequeño estudio allí.

—¿A qué se dedicaba?

—A trabajos de investigación, relacionados con los asuntos a que era aficionado. Sustentaba la teoría de que todas las campañas militares siguen ciertas líneas, que la defensa carece de valor contra la agresión hasta que la agresión se ha desgastado a sí misma al pasar cierto punto. Que ningún país puede lograr algo permanente mediante la agresión, porque una vez que ésta se inicia, no hay modo de detenerla. Por mucha fuerza que se posea, por muy grande que sea el ímpetu inicial, se llega eventualmente a un punto en que es vulnerable. Cuanto más poderoso se es al comienzo, más lejos llevan las conquistas, y cuanto más se extienden los frentes… Pero a usted no le interesa todo esto.

—Es una teoría interesante —dijo Berta.

—Iba a escribir un libro acerca de ella y me dictaba numerosas notas referentes a esa teoría. Era un trabajo agradable.

—Bueno, si resuelve algo respecto al accidente que sufrió, hágamelo saber. Opino que puede conseguir quinientos o mil dólares. Hubo conmoción nerviosa, y…

—¡Oh, no pretendo nada por eso! Solamente quisiera que me compensaran el tiempo que he perdido y me pagaran la cuenta del médico.

—Sí, por supuesto —manifestó Berta—. Pero cuando se trata de cobrar a una Compañía de Seguros, se presentan ciertos gastos y, por lo general, las personas tratan de conseguir lo más que pueden para que les quede algo después de sufragar esos gastos. Piénselo bien, querida. Ahí tiene mi tarjeta y en cualquier momento podrá ponerse en relación conmigo.

—Es usted muy amable, señora Cool. El sábado y el domingo no cuentan, de modo que solamente perdí tres días hasta ahora. Gano treinta dólares semanales, y el doctor cobró diez dólares. Quisiera que la Compañía de Seguros me pagara veinticinco dólares.

Berta se detuvo, con la mano en el tirador de la puerta.

—No sea tonta —dijo. En ese momento se oyó llamar a la puerta con los nudillos; unos golpecitos más bien tímidos, poco resueltos.

—Abra, por favor —dijo Josefina Dell.

Berta Cool abrió la puerta.

Un hombrecillo de cincuenta y siete o cincuenta y ocho años, de maneras suaves, con un bigote amarillento, hombros ligeramente cargados y ojos azules, le sonrió.

—Usted es la señorita Dell, ¿verdad? Soy Christopher Milbers. Llamé por equivocación en otro apartamento. Lo siento mucho. Debí haber vuelto a salir cuando me di cuenta de mi error. Quería hablar con usted acerca de mi primo. Fue tan repentino…

—Yo no soy —dijo Berta, haciéndose a un lado para que el hombre pudiera mirar hacia el interior de la habitación—. *Ésta* es la señorita Dell. Yo estaba de visita.

—¡Oh! —exclamó el hombre, como pidiendo disculpas.

—Pase —dijo Josefina Dell—. Si no lo toma a mal, no me levantaré, señor Milbers. Sufrí un accidente. Nada serio, pero el médico me dijo que no me levantara más de lo necesario. Tengo casi la impresión de conocerle a usted. Le he escrito unas cuantas cartas, dictadas por su primo.

Milbers entró en la habitación, sonrió amablemente a Josefina

Dell y dijo solícitamente:

—¿Ha tenido un accidente?

La joven le dio la mano.

—Sí, nada serio, por suerte. Tome asiento.

Berta dijo:

—Bueno, me marcho —y cruzó el umbral.

—Un momento, señora Cool —dijo Josefina Dell—. Me agradaría hablar algo más con usted sobre la posibilidad de llegar a un arreglo. ¿No tendría la amabilidad de esperar unos minutos?

—Ya le dije todo lo que tenía que decirle —contestó Berta—. Lo único que le recomiendo es que no sea tonta en cuanto a la indemnización. Si quiere obtener algo que realmente valga la pena, póngase en contacto conmigo. En la tarjeta está el número de mi teléfono.

—Muy bien; muchas gracias. Entonces la llamaré.

capítulo siete

SENTADO al sol en las primeras horas de la mañana, con la espalda contra los bloques de granito del edificio del banco, el ciego parecía aún más enclenque que cuando Berta Cool le viera para darle su informe anterior.

Berta Cool trató de engañarle cuando se acercaba a él, cambiando el ritmo de sus pasos.

El ciego, sin levantar la cabeza, dijo:

—¡Hola, señora Cool!

Berta echóse a reír.

—Creí que podía engañarle variando los pasos.

—No es posible alterar las características principales —dijo Kosling—. Me di cuenta de que caminaba en forma distinta, pero supe quién era. ¿Ha averiguado algo?

—Sí; la encontré.

—¿Está bien?

—Sí.

—¿Lo dice de veras? ¿No resultó malherida?

—No; ahora se encuentra perfectamente.

—¿Tiene la dirección?

—Apartamentos Bluebonnet, en la calle Figueroa. Trabajaba para un hombre que falleció.

—¿Quién era?

—Un tal Milbers. Era escritor. Tenía una determinada teoría histórica que trataba de desarrollar y dar a la publicidad un libro cuando le sorprendió la muerte.

—¿La oficina estaba cerca de aquí?

—Sí. A la vuelta de la esquina de la otra manzana, en ese edificio antiguo de aspecto raro.

—Lo recuerdo… Quiero decir, recuerdo lo que parece. Estaba

allí antes de que yo perdiera la vista.

Hubo un momento de silencio. Kosling daba la impresión de buscar en su memoria, como si tratara de desenterrar algún hecho medio olvidado. De improviso, manifestó:

—Apostaría a que sé quién era.

—¿Quién?

—El jefe de la muchacha. Debe haber sido el anciano con bastón que caminaba arrastrando el pie derecho en una forma peculiar. Me he preguntado con frecuencia qué sería de él. Hace cosa de una semana que le oí pasar por última vez. Era un hombre muy reservado. Pasó por aquí durante más de un año, pero nunca me habló ni se detuvo para echar algo en el jarro. Sí, ése debe haber sido Milbers. ¿Dice que ha fallecido?

—Sí.

—¿Cómo murió?

—No lo sé. La muchacha me dijo que había muerto. Me parece que fue algo repentino.

El ciego movió la cabeza.

—No gozaba de buena salud. Durante las últimas cinco o seis semanas, arrastraba el pie derecho en forma cada vez más acentuada. ¿Le dijo por qué la buscaba?

—Sí —repuso Berta—. Usted no me dijo que no lo hiciera, y pensé que no había mal alguno en decírselo. Se imaginó que yo iba en representación de una Compañía de Seguros, a ofrecerle algún arreglo por lo del accidente, de manera que tuve que aclarar mi situación. Hice bien, ¿verdad?

—Sí, hizo bien. ¿Cómo estamos ahora de cuentas?

—Nivelados —dijo Berta—. Usted me entregó veinticinco dólares, y ése es el importe de mi cuenta.

—Muy bien, gracias. Ahora que me conoce, espero que se detendrá alguna vez para hablar conmigo cuando pase por aquí. Echo mucho de menos a su socio. ¿No ha tenido noticias de él?

—No.

—Le agradeceré mucho si me lo hace saber cuando las reciba.

—Muy bien; así lo haré. Bien, buena suerte.

Berta llegó a la puerta del edificio donde tenía sus oficinas, subió en el ascensor y oyó a Elsie Brand que tecleaba en la máquina de escribir. Abrió la puerta, y dijo:

—¡Hola, Elsie! Acabo de…

Se interrumpió en medio de la frase.

El individuo alto, de ojos cansados y cigarrillo colgante estaba repantigado en un sillón, con los pies cruzados uno sobre otro y las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Miró a Berta con desfachatada apreciación, y dijo:

—¿Cómo le ha ido?

—¿Qué quiere decir?

—Sabe muy bien lo que quiero decir. ¿Consiguió el trabajo de dar un empujón a la Compañía de Seguros?

—No fui con ese propósito —expresó Berta.

—Lo sé, lo sé. Bueno… ¿qué novedades tiene? ¿Hacemos el trato o no?

—Ya le he dicho que no me interesa ese asunto.

—Comprendo. Veinticinco por ciento. ¿Acepta?

—¿No entiende cuando le hablo el inglés? —exclamó Berta irritada—. Sospecho que tendré que aprender chino, para ver si en ese idioma me entiende mejor.

—Sería lo mismo en cualquier idioma —respondió el hombre.

—Bien… Correré un riesgo. Le daré veinticinco dólares contantes y sonantes por su información.

El individuo rompió a reír.

—Eso es todo, puede estar seguro —dijo Berta—. Le pagaré eso de mi propio bolsillo, porque la joven no me ha contratado para que realice gestión alguna ante la Compañía de Seguros. De todas maneras, no pretende otro arreglo que el pago de su médico y de los días de trabajo que ha perdido. Lo calcula todo en veinticinco dólares.

—¿Eso es lo que quiere?

—Sí, ésa es su pretensión.

—Usted la aleccionará, por supuesto.

—Probablemente no tendré nada que hacer en ese asunto —manifestó Berta.

—Quizás a la Compañía de Seguros le interesará adquirir mi libreta de apuntes.

—Tal vez. ¿Por qué no lo intenta?

—Es probable que lo haga.

—¿No lo ha hecho ya?

—No. Soy en extremo correcto. No alteraría mi testimonio por nadie. Por eso no fui a ver directamente a la muchacha para conseguir una participación de lo que obtuviera. Algún abogado podría husmear lo que yo hubiese hecho, y hacerme bailar de lo lindo. Pero un arreglo privado, confidencial con usted, sería distinto. Cuando algún curioso me preguntara si la demandante me había ofrecido pagarme algo, le miraría muy serio y le contestaría: «La compensación habitual para los testigos. Eso es todo».

Berta rió cínicamente.

—Veinticinco dólares —anunció— es el límite de lo que ella piensa pedir por ahora, y ése es mi límite para usted. Correré nada más que ese riesgo.

—Veinticinco por ciento —insistió el otro.

—Ya le dije que no hay de dónde sacar una participación… por lo menos todavía.

—Muy bien. Tal vez las cosas mejoren más adelante.

—¿Dónde puedo ponerme en contacto con usted? —inquirió Berta.

—No podrá hacerlo —respondió el individuo con una sonrisa, y salió de la oficina.

—¡Maldito sea! —exclamó Berta, contemplando la puerta que habíase cerrado detrás del hombre con ojos relampagueantes—. De buena gana le daría un bofetón en la boca.

—¿Por qué no lo hace? —preguntó Elsie Brand.

—Probablemente tendré que habérmelas con él.

—¿Quiere decir, aceptar su proposición?

—Eventualmente… si no puedo obtener otra mejor.

—¿Por qué se mezcla con gente de esta clase —preguntó Elsie con curiosidad—, especialmente cuando no le agrada la forma en que proceden?

—Porque hay dinero en ello —dijo Berta, y cruzó la habitación para encerrarse con el periódico matutino en su despacho privado.

Había leído la mitad de la página deportiva cuando el teléfono zumbó en el escritorio. Berta levantó el receptor, y Elsie Brand dijo:

—¿Tiene tiempo para conceder unos minutos al señor Christopher Milbers? Dice que usted le conoce.

—¿Milbers… Milbers? —repitió Berta. Luego, de pronto, exclamó—: ¡Ah, sí! Ahora me acuerdo. ¿Qué desea?

—No me lo ha dicho.

—Hágale pasar.

Christopher Milbers parecía aún más tímido e irresoluto en la oficina de Berta Cool que en el apartamento de Josefina Dell.

—Confío en no causarle molestia —dijo en tono de disculpa.

—De ninguna manera, señor Milbers. ¿A qué debo el placer de su visita?

—La señorita Dell me dijo que usted era detective. Quedé pasmado.

—Nos dedicamos a investigaciones confidenciales —aclaró Berta.

—Detective suena mucho más romántico que investigador… ¿no le parece?

Berta le miró fríamente.

—No hay romanticismo alguno en este negocio. Es un trabajo como cualquier otro. ¿Qué desea?

—Me agradaría utilizar sus servicios profesionales. ¿Resultaría muy caro?

—Eso depende de la naturaleza de la misión, y de la cantidad de dinero que vaya involucrada en la misma —manifestó Berta, los ojos brillantes de repentino interés.

—¿No le molestará —inquirió Milbers—, si me tomo el tiempo necesario para referirle el asunto desde el principio?

—De ningún modo. Adelante.

—Bien. Mi primo Harlow era más bien excéntrico.

—Lo presumía.

—Tenía una forma de ser muy peculiar. Deseaba vivir su vida a su manera. No aceptaba indicaciones o consejos. Su actitud hacia sus parientes fue siempre… determinada, digamos, por ese modo de pensar.

Christopher Milbers alzó las manos, abrió los dedos todo lo posible y, uniendo las yemas, dirigió las puntas hacia su mentón. Miró a Berta por encima de las mismas, como patéticamente ansioso de asegurarse que ella entendía perfectamente bien lo que quería decirle.

—¿Era casado? —inquirió Berta.

—Viudo. Su esposa falleció hace diez años.

—¿Sin hijos?

—Así es.

—¿Usted es el único pariente?

—Sí.

—¿Qué hay del sepelio? ¿Quién se encargará de eso?

—Las exequias se efectuarán mañana. He adoptado las disposiciones necesarias. El lunes por la noche recibí el telegrama en el que me anunciaban su fallecimiento. Me hallaba fuera de la ciudad, y hubo alguna demora en la entrega de ese telegrama. Confío en que apreciará usted lo delicado de la decisión cuya responsabilidad ha recaído en mí en lo referente al sepelio…

—No entiendo un comino de esas cosas —dijo Berta—. ¿Para qué quería usted hablar conmigo?

—Sí, sí, ya voy a eso. Le he dicho que mi primo era excéntrico.

—En efecto.

—Entre otras cosas, no abrigaba confianza alguna en la seguridad económica de las instituciones establecidas…

Por el rostro de Berta pasó una expresión curiosa.

—¡Vaya! —exclamó—. Eso no es excentricidad, sino buen sentido.

Christopher Milbers apretó las manos hasta que los dedos se arquearon en los nudillos.

—Excentricidad o buen sentido, como guste llamarlo, señora Cool, mi primo tenía siempre a su disposición una fuerte suma de dinero… en una billetera que llevaba en el bolsillo, para ser más exacto. Me consta. Tengo una carta de él en la que se refiere a esa costumbre. Tenía la idea de que en cualquier momento podía presentarse una contingencia mayor. Además, el jueves pasado sacó cinco mil dólares más de su cuenta bancaria. Se proponía asistir a un remate de libros raros el viernes por la tarde.

—¡Bien!

—Cuando llegué para hacerme cargo de las cosas, me entregaron lo que había llevado encima en el momento de su muerte: las ropas y efectos personales, el reloj, las llaves, la cartera y la billetera.

—¿Qué había en la billetera? —preguntó Berta con los ojos brillantes de curiosidad.

—En la billetera —dijo Christopher Milbers— había un billete de cien dólares, uno de veinte dólares y tres de un dólar… nada más.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó Berta.

—Puede figurarse mi perturbación.

—¿Dijo usted algo respecto a ello?

—Verá… a una persona como yo, le desagrada profundamente decir cosas que pudieran considerarse una acusación, hasta estar seguro del terreno que pisa.

—De modo que lo que usted quiere es que yo le asegure ese terreno, ¿verdad?

—Bien… No precisamente eso. Ahora estoy seguro.

—¿Sí?

—Sí… La señorita Dell lo ha confirmado.

—¿Qué le dijo?

—Sabía que mi primo estaba en posesión de ese dinero.

—¿En qué forma?

—La señorita Dell fue la secretaria de mi primo durante más de un año, y recuerda la ocasión en que le dictó la carta en la cual anunciaba que iba a tener cinco mil dólares a mano. Es decir, lo recordó después que yo le refresqué la memoria.

—¿Dónde está esa carta?

—La tengo en Vermont… es decir, confío en tenerla allí. Rara vez destruyo la correspondencia importante.

—¿Consideraba usted importante la correspondencia de su primo?

—En verdad, señora Cool, lo era.

—¿Por qué?

—Era mi único pariente vivo. Sentía mucho aprecio, mucha estimación por él. Usted sabe lo que sucede cuando el círculo familiar queda reducido a tan sólo dos personas.

Milbers sonrió con aire beatífico por encima de la punta de sus dedos.

—Y cuando uno de ellos es rico —sugirió acremente Berta.

Milbers continuó en silencio.

—¿Cuánto tiempo llevaba sin verle? —inquirió Berta.

—La última vez… bueno… hará cosa de cuatro o cinco años.

—No se interesaba usted mucho por él, a juzgar por lo que me dice.

—Él lo prefería así… Le agradaba escribir, pero en lo que se refiere a la vinculación personal… bien, por mi parte, pensé

siempre que en el interés de una armoniosa relación de familia, era mejor que nuestro contacto se basara principalmente en la correspondencia.

—Lo que acaba de decir es muy bonito… suave como la seda, hasta que se analizan las palabras una por una para ver lo que significan en realidad. A mi juicio, no se llevaban ustedes muy bien.

—En la conversación oral —admitió Milbers, eligiendo las palabras con cuidada precisión—, teníamos ciertas diferencias. Se relacionaban con ciertas opiniones políticas y económicas, más o menos radicales en uno y en otro. En la correspondencia es posible evitar ciertos temas de controversia con un poco de tacto. En la conversación no es tan fácil.

—Se ahorraría usted un tiempo precioso, y me lo ahorraría a mí —observó Berta—, si fuera directamente al grano, y llamara al pan, pan, y al vino, vino.

Los ojos de Milbers se iluminaron con un destello de entusiasmo.

—¡Ah, señora Cool! Comete usted el mismo error que muchas otras personas. No se puede generalizar, denominando *pan* a todas las clases de pan que se fabrican. Conviene determinar en cada caso el tipo especial al que uno se refiere. En cuanto al vino, ocurre lo propio, con el agravante de que en muchos casos, el producto que se vende bajo esa denominación no tiene de tal más que el nombre, por cuanto…

—Bueno, es suficiente —dijo Berta—. Me parece que ahora comprendo mejor por qué su primo pensaba como pensaba. Prosiga usted.

—¿Con lo referente al vino?

—No, con lo referente a su primo. ¿Dónde vivía? ¿En un hotel, una casa de pensión, club, o…?

—No, señora Cool. No vivía en ninguno de esos lugares. Desgraciadamente, se empeñaba en mantener su propia casa.

—¿Quién la atendía?

—Un ama de llaves.

Los ojos brillantes de Berta solicitaron información adicional al visitante.

—Una señora llamada Nettie Cranning. Una mujer que a mi juicio cuenta entre cuarenta y cinco y cincuenta años. Tiene una hija, Eva, casada con un tal Paul Hanberry.

—¿Paul y Eva viven en la casa con ellos? —inquirió Berta.

—En efecto, señora Cool. Paul servía de chófer a mi primo en las contadas ocasiones en que iba a alguna parte en automóvil. La señora Cranning, Paul y Eva Hanberry, vivían en la casa. Según creo, Eva actuaba en calidad de ayudante de la madre. Cobraban elevados salarios, y a mi manera de ver, si quiere usted saberlo, era un arreglo sumamente ineficaz y costoso.

—¿Qué edad tiene Eva?

—Alrededor de veinticinco años.

—¿Y el marido?

—Unos diez años más.

—¿Qué dicen ellos del dinero que debería estar en la billetera?

—Ahí está la cuestión —dijo Milbers—. No les he mencionado ese punto.

—¿Por qué no?

—Me preocupa mucho que cualquier cosa que yo diga no se parezca a una acusación; sin embargo, tengo la idea de que hay algo en este asunto que debe ser discutido.

—¿Y espera usted, por casualidad, que sea yo quien se encargue de la discusión? —inquirió Berta a impulsos de una repentina inspiración.

—Eso es, señora Cool.

—Soy bastante buena para eso.

—En cambio, en ese terreno, mi debilidad es deplorable —admitió Milbers.

Después de contemplarle un momento como para apreciar sus cualidades, Berta manifestó:

—Sí, puedo imaginármelo… sobre todo si el ama de llaves es de cierto tipo.

—Exactamente —asintió Milbers, separando las puntas de los dedos y uniéndolas de nuevo a intervalos—. Es precisamente de ese tipo.

—Bien. Había una carta acerca de cinco mil dólares en efectivo. ¿Qué hay de esos cinco mil?

—Ya le he dicho que mi primo deseaba asistir a un remate de libros raros. La enfermedad le impidió hacerlo. En su banco, además, he podido confirmar la extracción de cinco mil dólares. De acuerdo con mis cálculos, por consiguiente, mi primo tenía, debía

haber tenido, diez mil dólares en la billetera en el momento de su fallecimiento.

Berta estiró los labios, silbó suavemente y preguntó de improviso:

—Y usted, ¿está en buena posición económica?

—¿Qué tiene que ver eso con este asunto?

—Me daría el cuadro completo.

Christopher Milbers, después de reflexionar un instante, dijo, con cierta cautela:

—Poseo una granja en Vermont. Fabrico azúcar de arce y jarabe, y lo vendo por correo. Me gano bien la vida, pero no puedo decir que haga más que eso.

—¿Su primo era parroquiano suyo?

—Sí, me compraba jarabe. Le agradaba también el azúcar de arce, pero se lo hacía enviar a su oficina más bien que a su casa. De cuando en cuando yo le enviaba algunas muestras de productos nuevos… La semana pasada le envié una. Es tan duro pensar que ya no está en este mundo y…

—¿Muestras abundantes?

—No. Definitivamente, no. Cuando se venden dulces, es preciso no enviar jamás una cantidad que pueda empalagar; solamente lo necesario para dar a conocer el sabor.

—¿Le cobraba a su primo, o le enviaba las cosas gratis?

—Le cobraba los precios de tarifa, menos un treinta por ciento… y él cuidaba de no omitir en ningún caso un descuento adicional del dos por ciento por pago a vuelta de correo.

Berta levantó la mano derecha, con los dedos índice y medio abiertos en forma de V.

—En otras palabras —observó—, usted y su primo eran tan unidos como esto.

Milbers esbozó una sonrisa.

—Tendría que haber conocido a mi primo. Dudo que alguna vez haya habido algo más o menos cerca de su corazón… si se exceptúa la camiseta.

—¿De veras? ¿Y el ama de llaves?

Por el rostro de Milbers pasó una sombra.

—Ésa es una de las cosas que me da qué pensar. Indudablemente, esa mujer aspiraba a dominarle en cierto modo. Le

tengo un poco de miedo.

—Yo no —aseguró Berta—. Vamos allá.

capítulo ocho

NETTIE Cranning, con los ojos enrojecidos por haber llorado, dio la mano a Berta Cool y dijo:

—Tenga la bondad de pasar, señora Cool. Le ruego me perdone, pero ha sido un golpe terrible para mí… para todos nosotros. Mi hija, Eva Hanberry, y mi yerno, Paul Hanberry.

Berta invadió el vestíbulo con energía y decisión, dio la mano a los otros, e inmediatamente procedió a dominar la situación del momento.

Nettie Cranning era una mujer de alrededor de los cuarenta y cinco años, que dedicaba sumo cuidado a su apariencia personal y cultivaba una afectación que rayaba casi en ridiculez, al tratar de mostrarse en todo momento como una dama perfecta.

Su hija Eva era una morenita muy guapa, de facciones regulares y agraciadas, nariz recta, cejas arqueadas y ojazos negros, de largas pestañas, que parecían muy aptos para reflejar toda clase de emociones si se presentase la ocasión.

Paul Hanberry tenía el aspecto cabal de un cero a la izquierda masculino, anulado por las personalidades relativamente más poderosas de ambas mujeres. Era de estatura mediana y peso mediano; un hombre que no causaba ninguna impresión particular. Como Berta Cool le dijo después en una carta a Donald Lam: «era posible mirar dos veces a ese individuo sin verle».

Christopher Milbers apresuróse a colocarse en segundo plano, ocultándose detrás de la dominante personalidad de Berta Cool como si hubiera sido un niño que sigue a la madre cuando ésta va a la escuela para investigar las razones de la aplicación de un castigo que no aprueba.

Berta no perdió tiempo en rodeos, sino que fue directamente al grano.

—Muy bien. Ésta no es una visita de carácter social —anunció —. Mi cliente, Christopher Milbers, desea aclarar algunas cosillas.

—¿Su cliente? —exclamó la señora Cranning, con fría e inquieta reserva—. ¿Puedo preguntar si es usted abogado?

—No soy abogado —dijo Berta rápidamente—. Soy detective.

—¡Detective!

—Eso es.

—¡Oh, cielo santo! —exclamó Eva Hanberry.

El esposo se adelantó.

—¿A qué obedece su presencia aquí? ¿Qué se propone el señor Milbers al traer un detective a esta casa? —preguntó en un ridículo intento de fanfarronear, que parecía más bien destinado a reunir con satisfacción su propio coraje.

—Han desaparecido diez mil dólares —manifestó éste.

—¿Qué?

—Ya me han oído.

—¿Nos acusa de habernos apoderado de diez mil dólares? —preguntó la señora Cranning.

—No acuso a nadie —dijo Berta, y al cabo de un momento, añadió significativamente—: …todavía.

—¿Quiere tener la atención de explicar exactamente qué quiere decir? —inquirió Eva Hanberry.

—En el momento de su muerte, Harlow Milbers tenía diez mil dólares en efectivo en su billetera —dijo Berta.

—¿Quién lo dice? —preguntó Paul Hanberry.

—Yo —manifestó Christopher Milbers, avanzando hasta colocarse al lado de Berta Cool—. Y además estoy en condiciones de probar lo que afirmo. Mi primo se proponía adquirir algunos libros de historia muy raros en la actualidad. A causa de ciertas consideraciones que no es preciso mencionar, el pago debía efectuarse en dinero contante. Tenía diez mil dólares en efectivo en su poder el día de su fallecimiento.

—Pues, en ese caso, los habrá ocultado en alguna parte —dijo la señora Cranning—, porque ese dinero no estaba en su billetera cuando murió.

—No, no lo ocultó —insistió Milbers—. Siempre tenía cinco mil…

Berta Cool le hizo retroceder y guardar silencio con un

movimiento del brazo.

—¿Cómo sabe que no estaba en su billetera cuando murió? —preguntó a la señora Cranning.

La interrogada cambió sus miradas con los otros y no respondió.

Eva Hanberry exclamó llena de indignación:

—¡No veo que haya nada de particular en eso! Nosotros éramos los responsables, y por lo tanto, creo que nos correspondía examinar las cosas que dejaba el difunto, ¿verdad?

—Teníamos que averiguar quiénes eran sus parientes —añadió Paul Hanberry.

—¡Como si no lo supieran! —exclamó Christopher Milbers.

Berta Cool les dirigió una mirada y dijo en tono agresivo:

—No vine aquí a perder inútilmente el tiempo en vanas discusiones. Queremos esos diez mil dólares.

—Podría haberlos ocultado en su cuarto —dijo Nettie Cranning —. Estoy completamente segura de que no estaban en su billetera.

—Con seguridad no estaban en su billetera cuando me la entregaron —dijo Milbers, haciéndose más audaz al observar que las tácticas directas de Berta Cool colocaban a los otros a la defensiva.

—Muy bien —observó Berta—. Por lo menos, ése es un punto de partida. Efectuaremos un registro en la habitación donde murió. ¿Y qué hay de los otros cuartos? ¿Solía trabajar en algún otro sitio de la casa?

—Sí, por supuesto. Pasaba mucho tiempo en la biblioteca —dijo la señora Cranning—. A veces se quedaba allí hasta muy tarde.

—Bien. Veremos también en la biblioteca. ¿Cuál de las dos habitaciones queda más cerca de aquí?

—La biblioteca.

—Vayamos primero allí.

—El dormitorio ha sido registrado ya —dijo Paul—. El…

La señora Cranning le impuso silencio con una salvaje mirada de desaprobación.

Eva dijo en voz baja:

—Deja que mamá sea la que hable, querido.

La señora Cranning con mucha dignidad, dijo:

—Por aquí… —y precedió a los otros, conduciéndoles a una espaciosa biblioteca.

Después de abrir la puerta, hizo un ligero ademán, como si entregara la habitación a los visitantes, e incidentalmente, declinara toda la responsabilidad por lo que siguiera.

Paul Hanberry miró su reloj, levantó la cabeza con aire de sorpresa, y dijo:

—¡Caramba! Había olvidado que tengo que hablar por teléfono con una persona.

Encaminóse a buen paso hacia la parte trasera de la casa.

Casi en el mismo momento, la actitud de las dos mujeres cambió. La señora Cranning dijo en tono más conciliatorio:

—¿Están absolutamente seguros de que tenía ese dinero consigo?

—Sí, y en su billetera —manifestó Milbers—. El banquero afirma que le vio cuando guardaba los billetes en ella, el jueves, al retirarlos.

Nettie Cranning y su hija se miraron. Eva declaró como si se defendiera:

—Paul nunca estuvo solo en la habitación del señor Milbers. Lo sabes tan bien como yo, mamá.

—No *antes* de que muriera —repuso la madre—, pero…

—¡Mamá!

—¡Oh, está bien! Pero tú has traído el asunto a colación.

—¡Pero es que casi le acusas…!

La señora Cranning volvióse hacia Berta con una sonrisa.

—Claro está, señora Cool, que esto es un recio golpe y una gran sorpresa para nosotros. Deseamos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para ayudarla… si quiere usted nuestra ayuda.

—¡Oh, por supuesto! —asintió Berta secamente—. Y con gran seguridad que se sorprenderían si supieran todo lo que yo puedo hacer.

La biblioteca era una biblioteca muy amplia, con grandes estanterías llenas de libros, la mayor parte de ellos encuadernados en cuero que había adquirido una tonalidad castaño oscuro con los años. En el centro había una gran mesa, cubierta de libros abiertos y apilados unos encima de otros. En un espacio libre veíase un bloc de papel y un lápiz. La primera hoja del bloc estaba casi llena de notas escritas con una letra inclinada y angulosa.

—No creo que nadie haya mirado aquí —dijo la señora Cranning

—, con excepción del señor Christopher Milbers, que pidió le dejáramos ver toda la casa. Todo está como lo dejó el pobre señor Milbers. Había dado orden de que nadie, bajo ningún pretexto, tocara cualquiera de los libros o las cosas que están en esta habitación. Todo tenía que estar como él lo dejaba. A veces, yo no podía quitar el polvo de la mesa a causa de las cosas que no debía tocar.

—No parece un lugar muy apropiado para que una persona deje diez billetes de mil dólares —observó Berta.

El silencio de la señora Cranning demostró que era de la misma opinión.

Christopher Milbers dijo:

—Ya he examinado las notas que están en ese bloc de papel. Se refieren a las campañas de César. No guardan relación alguna con el asunto que nos ocupa. En realidad, las encuentro singularmente desprovistas de interés…

Berta Cool apartóse de él y recorrió la habitación en una rápida búsqueda.

—Opino —expresó Milbers— que deberíamos concentrar nuestras investigaciones en el dormitorio. Sin embargo, me parece que todos convenimos en que esta búsqueda está destinada a ser infructuosa. En lo que a mí se refiere, la considero un mero preliminar, antes de hacer una acusación formal.

—¿Contra quién, y por qué? —preguntó Eva Hanberry con rápida acritud.

Christopher Milbers evadió la respuesta con mucha destreza.

—Eso —dijo— queda por completo a la discreción del detective.

—¡Un detective privado! —exclamó la señora Cranning—. No tiene facultades para hacer nada.

—La señora Cool es mi representante —dijo Milbers, procurando poner mucha dignidad en estas palabras.

Berta Cool no hizo el menor caso a esta discusión. Cuando buscaba dinero, ponía en ello todos sus sentidos, como un sabueso que olfatea un rastro. Acercóse a la mesa, miró los libros abiertos, hojeó rápidamente el bloc de papel, y después de leer algunas líneas de las notas, exclamó:

—¿Quién puede interesarse por estas antiguallas?

Después de un momento de silencio, Christopher Milbers dijo:

—Mi primo se interesaba por ellas.

—¡Bah! —repuso Berta.

Una vez más, hubo un intervalo de silencio.

—¿Hay algún cajón en esta mesa? —inquirió Berta.

Evidentemente, no había cajón alguno.

—Creo que sería mejor que fuésemos al dormitorio —insinuó Milbers.

Berta miró una vez más el bloc de papel, con tantas hojas llenas de notas garrapateadas.

—¿Qué hacía con esto? —preguntó.

—¿Con las notas?

—Sí.

—Las entregaba a su secretaria —respondió la señora Cranning — para que las pasara en limpio. Luego, el señor Milbers volvía a leerlas y las corregía, antes de guardarlas. Tenía docenas de libros de apuntes llenos de datos, y cuando…

—¿Y esos blocs? —preguntó Berta—. Por la forma en que escribía, deduzco que no debían durarle mucho tiempo.

—Con seguridad que no. A veces he visto que…

—¿Dónde guardaba los blocs de repuesto?

La señora Cranning señaló un estante cerrado con una puertecita.

—Ahí… Tenía siempre varios lápices con la punta bien aguda, una cantidad de blocs, y…

Berta pasó junto a ella y fue directamente hacia el estante, abrió la puerta, miró las pilas ordenadas de blocs, lápices y otros artículos de escritorio, y luego, volviéndose repentinamente hacia la señora Cranning, le preguntó:

—¿Qué le hace sospechar que puede haber sido Paul?

—¿Sido… qué?

—El que se apoderó de los diez mil dólares.

—¡Oh, nunca he pensado semejante cosa, señora Cool! Usted se muestra decididamente insultante. Me parece que no tiene en cuenta que Paul es mi yerno, y una persona…

—¿Juega a las carreras?

La rápida mirada de consternación que cambiaron madre e hija fue la mejor respuesta para Berta.

—¡Bah! Lo presumía. Probablemente en este momento está

telefoneando a su agente de apuestas. Les daré un consejo: si ese hombre significa algo para ustedes, lo mejor será que traten de que les diga la verdad. Si se ha apoderado del dinero, lo más probable es que aún le quede la mayor parte de él.

Paul Hanberry entró en la habitación a tiempo para oír las últimas palabras.

—¿A quién le queda la mayor parte de qué?

—Nada, querido, nada —dijo Eva Hanberry con tanta agitación y apresuramiento que era evidente que sentía un culpable deseo de cambiar el giro de la conversación.

El rostro de Hanberry enrojeció.

—Quiero poner en claro una cosa —dijo dirigiéndose a su mujer y a su suegra—. No vayan a figurarse que pueden hacer de mí la víctima propiciatoria. Hace tiempo que me consta que en esta casa no soy más que un supernumerario. Ustedes dos son demasiado suaves cuando hablan, pero de todos modos no me engañan. ¡Mal rayo me parta! ¿Por qué no se casaron una con otra? ¿No se te ha ocurrido pensar, Eva, que cuando una muchacha crece y se casa, tiene que…?

—¡Paul! —exclamó Eva con acritud.

La señora Cranning manifestó en tono excesivamente meloso:

—Éste no es lugar ni momento apropiados, Paul, para que Eva y tú ventiléis vuestras diferencias domésticas.

Eva Hanberry procuró que la atención de los demás se dirigiera a otra cosa, realizando una repentina y frenética búsqueda en el estante.

—Es posible que lo haya dejado aquí —dijo, con rapidez de palabras y movimientos que recordaba a la de los prestidigitadores cuando tratan de ocultar alguna triquiñuela—. Después de todo, pasaba mucho tiempo en esta habitación, y no veo por qué…

—Si no tiene inconveniente —manifestó Milbers adelantándose — yo me encargaré de buscar.

Berta no le prestó la menor atención. Sus anchos hombros bloquearon el espacio abierto de la estantería, mientras empezaba a remover las pilas de la provisión de papeles y otros artículos para escribir.

—Aquí detrás hay un cajón —observó.

—¿Un cajón? —dijo Milbers—. ¡Vaya! Con todas estas cosas

delante, no me explico para qué podría servirle. Sin embargo…

Berta abrió el cajón.

Los otros avanzaron.

—¿Hay algo dentro? —preguntó Milbers.

—Algunas plumas, estampillas, y un sobre lacrado —respondió Berta—. Veamos qué contiene… Parece prometedor.

Rompió el sobre y extrajo un par de hojas de papel plegadas.

—¿Qué es? —inquirió la señora Cranning cuando el silencioso interés de Berta Cool al leer las páginas dio una prueba de la importancia de aquellos papeles.

Berta Cool respondió:

—Este documento, firmado el veinticinco de enero de mil novecientos cuarenta y dos, contiene al parecer las últimas voluntades y el testamento de Harlow Milbers. ¿Alguno de ustedes sabía algo de esto?

—¡Un testamento! —exclamó Christopher Milbers, adelantándose un paso.

—Un momento —dijo Paul Hanberry—. ¿Qué fecha dijo? ¿Veinticinco de enero? Apostaría que se trata de…

—¿De qué, Paul? —inquirió su esposa al ver que se interrumpía de pronto como pensando si debía continuar o no.

—El documento que me hizo firmar como testigo —dijo Paul—. ¿No recuerdas? Te lo conté… aquel domingo que Josefina Dell estuvo aquí. Nos llamó a los dos, y dijo que quería firmar algo en nuestra presencia, para que sirviésemos de testigos. Firmó con tinta, y luego plegó la hoja y nos hizo firmar como testigos.

Berta Cool puso debajo la primera hoja del documento y examinó las firmas que aparecían en la segunda.

—Eso es —dijo—. Aquí han firmado dos personas como testigos, Josefina Dell y Paul Hanberry.

—Entonces, es el mismo documento. Era su testamento.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó ásperamente la señora Cranning.

—Le dije a Eva que nos había hecho firmar algo aquí. Creo que le dije también que me parecía que era un testamento.

—Nunca pensé que fuera en realidad un testamento —dijo Eva apresuradamente, dirigiéndose a su madre—. A decir verdad, no le di mayor importancia al asunto. Recuerdo que Paul estaba fuera,

lavando el automóvil, y el señor Milbers golpeó el vidrio de la ventana, haciéndole una seña para que entrara…

—¿Qué dice este testamento? —inquirió apresuradamente Christopher Milbers.

Berta, que ya lo había leído, le miró y dijo:

—Lo que dice aquí no le va a agradar mucho que digamos…

—Bueno… ¿qué dice? —preguntó Paul Hanberry con cierta impaciencia—. ¿Qué disposiciones contiene?

Berta Cool empezó a leer clara y lentamente.

«Por el presente declaro que yo, Harlow Milbers, de sesenta y ocho años de edad, en plena posesión de mis facultades mentales y completamente hastiado, no de la vida (porque la vida me gusta), sino de las personas que insisten en modificar mi existencia a su antojo, redacto éstas mis últimas voluntades y testamento, en palabras y cifras, del siguiente modo:

»Tengo un solo pariente vivo, Christopher Milbers, un primo, condenado e irritante hipócrita. Nada tengo en especial contra Christopher Milbers, excepto que me resulta antipático, que su personalidad me crispa los nervios, que con frecuencia habla demasiado de cosas que no merecen la pena, y que suprime sus propias opiniones sobre temas que se prestan a la controversia porque de esta manera confía en obtener una buena parte de mis bienes cuando yo muera.

»Mucho del disgusto y la aversión que me inspira la idea de la muerte, se debe a que imagino de antemano el satánico regocijo con que mi polisilábico pariente hablará acerca de la santidad de la familia, los vínculos del parentesco y los medios inescrutables de la providencia, contemplando al mismo tiempo con odiosa avidez las ventajas materiales que habría de reportarle mi desaparición. Tomando todas estas cosas en cuenta, y comprendiendo la necesidad de dejar algo a mi muy querido primo, con el fin de conformarme a las convenciones y no desilusionar demasiado profundamente a mi dicho querido primo, porque, después de todo, ha perdido tiempo en escribirme cartas muy largas y muy poco interesantes, lego y dejo a mi expresado primo, Christopher Milbers, la suma de diez mil dólares».

Berta volvió la página. Antes de comenzar a leer la segunda, observó los rostros sorprendidos de las personas que la rodeaban.

—Usted lo ha querido —dijo con acritud a Christopher Milbers.

Éste, con los labios apretados y el rostro blanco de ira, dijo:

—¡Esto es un insulto! ¡La última palabra de un hombre que se halla más allá de cualquier respuesta! Es una arbitrariedad, una cobardía, aunque…

—Aunque, claro está, diez mil dólares son diez mil dólares —dijo Berta Cool, terminando la frase por él al ver que quedaba en silencio.

Christopher Milbers enrojeció.

—Una mera bagatela para un hombre de su posición —manifestó—. Es definitivamente insultante.

Berta Cool prosiguió la lectura:

«A mi secretaria, Josefina Dell, diez mil dólares.

»A Nettie Cranning, mi ama de llaves, Eva Hanberry, su hija, Paul Hanberry, su yerno, el resto de todo lo que poseo. No quiero que Christopher Milbers tenga algo que ver con este asunto ante la justicia. Por consiguiente, Nettie Cranning será mi albacea testamentaria con plenos poderes y facultades. De conformidad con lo que antecede, y en un estado de ánimo ligeramente regocijado y satisfecho, como si esta preparación para la distribución post mortem *de mis bienes me hubiese liberado ya en cierto modo del peso de las hipocresías terrenas, firmo y rubrico este documento el veinticinco de enero de mil novecientos cuarenta y dos, en presencia de dos personas, a las que he llamado para que sirvan de testigos de mi firma y la hagan legal, declarándoles que es mi testamento, aun cuando he tenido la precaución de asegurarme que no conozcan el contenido del mismo. (Firmado)*

»
HARROW
MILBERS».

—A continuación —dijo Berta Cool— hay una cláusula de atestación que dice así:

«El presente documento, consistente en una página además de ésta, ha sido redactado en nuestra presencia y en presencia de cada uno de nosotros el veinticinco de enero de mil novecientos cuarenta y dos por Harlow Milbers, quien nos manifestó que se trata de la expresión de sus últimas voluntades y testamento, y nos solicitó que firmáramos como testigos, lo que hicimos en su presencia y en presencia de cada uno de nosotros, hoy veinticinco de enero de mil novecientos cuarenta y dos. (Firmado)
JOSEFINA
DELL
(firmado)
PAUL
HANBERRY».

Paul Hanberry fue el primero en romper el silencio.

—¡Caracoles! ¡El viejo nos lo ha dejado casi todo a nosotros! Cuando me pidió que firmara como testigo, no tenía la menor idea de lo que decía este testamento… Me imaginaba, por supuesto, que lo dejaba todo a su primo.

—¿Recuerda la ocasión en que firmó el testamento como testigo? —le preguntó Berta.

El joven la miró como si pensara que estaba completamente loca.

—¡Vaya! ¡Claro que sí! —afirmó—. Fue en esta biblioteca, un domingo por la tarde. Josefina Dell había estado aquí, tomando algunos dictados, y yo lavaba el coche fuera, en el sendero del jardín, frente a la ventana, Josefina Dell se asomó a ésta y me dijo que entrara. Cuando lo hice, el patrón estaba sentado ante la mesa, con una estilográfica en la mano. «Paul —me dijo—, voy a firmar mi testamento. Quiero que tú y Josefina firméis como testigos, y quiero que recuerdes, para el caso de que alguien te interrogue, que no parezco más loco que de costumbre…», o algo por el estilo. De todas maneras, fue así, en términos generales.

Christopher Milbers manifestó:

—Naturalmente que esto representa en cierto modo un recio golpe para mí. Apenas puedo comprender que Harlow, mi querido primo, adoptara semejante actitud. Sin embargo, queda el hecho de que actualmente estamos empeñados en la busca de diez mil dólares

que parecen haber desaparecido misteriosamente en circunstancias que, por lo menos, apuntan el dedo de la sospecha hacia…

—¡Un momento! —exclamó de pronto Nettie Cranning—. No tenemos necesidad alguna de continuar soportando sus molestas insinuaciones.

Christopher Milbers sonrió, con la sonrisa de burlona superioridad de quien se siente orgulloso de que su agilidad mental haya atrapado en un renuncio a otro mortal.

—No he formulado acusación alguna específica, señora Cranning. El hecho de que usted parezca sentirse mortificada por mis comentarios, indica que, por lo menos en su propia mente…

Fue interrumpido por el sonido del timbre de la puerta principal.

—Ve a ver quién es —dijo la señora Cranning a su hija.

Eva fue rápidamente a la puerta.

Christopher Milbers dijo:

—Sencillamente, me resisto a creerlo. Es desleal. Es absolutamente injusto.

—¡Bah! No piense más en el asunto —observó la señora Cranning—. Le corresponden diez mil dólares, y si cree que eso es heno o cebada, pensará lo mismo que un caballo.

—De todos modos, faltan todavía diez mil dólares —dijo Berta Cool.

Se oyeron voces en la entrada de la casa. Eva Hanberry entró en la habitación con Josefina Dell.

—¡Hola! —saludó esta última—. ¿Qué tal? Tengo que anunciarles una noticia magnífica. He conseguido un empleo *espléndido*. Voy a trabajar con un hombre que es funcionario del Gobierno. Viaja en avión por todo el país, y yo también voy a viajar mucho. Se trata de realizar ciertas misiones especiales de investigación. Va a un sitio, se queda un mes o seis semanas, y luego se traslada a otro lugar. ¿No es verdaderamente excitante?

—Espere a *enterarse* de todas las cosas —dijo Nettie Cranning—. Le tenemos reservada una sorpresa muy agradable.

—Sí —asintió Eva—. Pronto entrará en posesión de unos cuantos miles de dólares, que me imagino está lejos de esperar.

—¿Cómo dice?

—Lo que oye —reiteró Paul—. ¿Recuerda aquel día que el patrón nos suplicó que firmáramos su testamento como testigos?

—¿Aquella vez que usted estaba lavando el automóvil y yo le llamé desde la ventana para que entrara?

—Sí.

—En efecto, me acuerdo… Era el testamento, ¿verdad? Creo que eso fue lo que dijo el señor Milbers.

—Por mi parte, puedo jurarlo. Por ese testamento, usted recibirá la suma de diez mil dólares.

—¿Recibiré qué? —exclamó Josefina en tono incrédulo.

—Diez mil dólares —repitió Paul.

Berta Cool colocó la cláusula de atestación del documento debajo de la nariz de Josefina.

—¿Es ésta su firma? —preguntó.

—Sí… naturalmente.

—¿Y éste es el testamento firmado por el señor Milbers ante usted y Paul Hanberry?

—Sí.

Christopher Milbers manifestó:

—Hablaremos de eso con mayor amplitud en otra oportunidad, pero mientras tanto, sería preciso aclarar adónde fueron a parar los diez mil dólares que mi primo tenía en su poder en el momento de su muerte.

Quisiera saber qué se ha hecho de ese dinero.

—¡Oiga! —exclamó Paul Hanberry con un destello de astucia en los ojos—. Dice usted que *quisiera* saber… En definitiva, ¿qué puede importarle eso? Habla como si tuviera algún interés en esos diez mil dólares.

—¡Claro que lo tengo! —afirmó enfáticamente Christopher Milbers—. Soy el único pariente del extinto.

—¡Pariente! ¡Un demonio! En el testamento, su primo le deja diez mil dólares, y eso es todo. *Nosotros* somos los que tenemos pleno derecho a esos diez mil dólares que dice que faltan. Usted nada tiene que ver en ese asunto, y no olvide que la señora Cranning es la albacea testamentaria de todos los bienes. Me parece que ahora mismo vamos a dejar de revolver toda la casa para buscar esos diez mil dólares que usted quiere insinuar que hemos robado. Haremos un inventario de las cosas en la forma que corresponda. Si encontramos los diez billetes de mil, mejor para nosotros. En caso contrario, los habremos perdido *nosotros*, no

usted.

Christopher Milbers quedóse mirando a todos, pasando la mirada de uno a otro con una expresión de creciente consternación en el rostro.

—Sospecho que tanto usted como la detective, la señora Cool, están de más aquí —dijo Paul Hanberry con un dejo de altanería.

—Paul —observó la señora Cranning—, no es necesario que te muestres brusco. Sin embargo, en lo referente a la situación en que cada cual se halla, el señor Milbers ha oído la lectura del testamento, que es muy explícito. Yo soy la que debo hacerme cargo de todo.

—Ese testamento es ilegal —exclamó Christopher Milbers—. Ha sido hecho bajo una influencia ilícita.

Paul Hanberry soltó una carcajada burlona, mortificante.

—Trate de probarlo ante la justicia —insinuó irónicamente.

—Y hasta podría ser que fuese fraudulento.

—Tenga cuidado con lo que dice, señor Milbers —manifestó muy seria la señora Cranning.

—Lo siento, señor Milbers —dijo Josefina Dell—. No sé lo que se estipula en ese testamento, pero puedo asegurarle que es absolutamente genuino. Recuerdo que el señor Milbers, su primo, lo firmó en nuestra presencia ese día de enero. Paul estaba fuera lavando el automóvil. ¿Recuerda, Paul? Debajo de la ventana de la biblioteca… oíamos el ruido del agua de la manga de riego. El señor Milbers fue a buscar el documento a su caja fuerte, y me dijo que deseaba firmar un testamento, y que yo fuera uno de los testigos, con alguno de los otros. Le pregunté cuál de ellos, y me dijo que no tenía importancia. Entonces expresó: «¿Paul está lavando el automóvil ahí fuera?». Le contesté afirmativamente, y entonces me indicó: «Llámelo desde la ventana y hágale entrar».

—Eso es —dijo Paul—. Cuando entré, el patrón dijo que quería firmar un testamento, y que yo fuera testigo. No presté mucha atención al asunto, porque pensé… Bueno, pueden imaginarse. Creía que en este testamento no habría un solo centavo para mí.

—Recuerdo que usted estaba trabajando en el automóvil —dijo Josefina—, porque tenía la mano derecha un poco sucia de grasa. Manchó el papel, y el señor Milbers…

Christopher Milbers cogió el testamento.

—¡Bien! —exclamó—. Pues aquí no hay mancha alguna de grasa.

La señora Cranning le miró sobresaltada. Por un momento quedó en silencio, presa de indudable zozobra.

—Sea como fuere, una mancha de grasa no tiene importancia alguna; además, es posible que le falle la memoria, Josefina —adujo Eva.

—No —repuso Josefina Dell en tono firme—. No me importa cuál pueda ser la diferencia, o quién resulte perjudicado, cuando se trata de decir la verdad. Había una mancha de grasa. Si no está en el papel, es porque el documento no es genuino. Permítame ver mi firma.

—Un momento —dijo Nettie Craning—. La mancha puede haber sido borrada.

—En efecto —asintió Josefina Dell—. Yo misma la limpié con un borratintas especial que saqué de mi bolso, pero quedó una huella, y…

—Examine la hoja al trasluz —indicó Nettie Cranning—. Ésa es la forma de averiguarlo. La grasa debe haber quedado embebida en el papel.

Berta Cool, sumamente interesada, alzó la segunda hoja y la miró contra la luz, y pudo comprobar que el papel presentaba una mancha aceitosa del tamaño de una moneda de diez centavos, cerca de uno de los ángulos.

Josefina Dell, con un suspiro de alivio, manifestó:

—Bueno… Ahora me siento más tranquila, porque recordaba muy bien esa mancha de grasa.

—*Ahora* me toca a mí decir algo —expresó Berta Cool—. Voy a buscar a un fotógrafo para que venga aquí y saque una fotocopia de este documento en presencia de todos. Creo que tenemos derecho a hacerlo.

—Personalmente —dijo la señora Cranning con la dignidad asumida de pronto por una mujer que ha heredado mucho dinero y realiza un penoso esfuerzo para demostrar que es toda una dama y se halla a la altura de las circunstancias— creo que es una sugestión admirable y muy compatible.

—Querrás decir muy aconsejable, mamá —dijo Eva.

La señora Cranning trató de adoptar la actitud que presumía

estaba más en consonancia con su nueva situación de mujer acaudalada.

—Dije compatible, Eva, querida.

Berta Cool dirigióse al teléfono y marcó un número en el disco.

capítulo nueve

BERTA Cool, al entrar en su oficina con el aire de una actriz de talento que toma parte en una representación local insignificante y que interpreta el papel ineluctable y fatal de la tragedia, se detuvo ante Elsie Brand.

—¡Por todos los santos del calendario! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —inquirió asombrada Elsie Brand.

—¿Qué ocurre? —repitió Berta como si masticara rabiosamente las palabras—. ¡Ocurre todo, menos lo que debería ocurrir!

—¿Desea contarme algo? —preguntó la mecanógrafa, separando la silla del escritorio—. No parece muy satisfecha…

—No —dijo Berta—. No deseo contarle nada. No quiero hablar de ese endemoniado asunto con nadie. Soy una imbécil, eso es todo. Estoy mezclada en un caso en el que llueve oro de todas partes, y en lugar de tener una pala a mano para recogerlo, dispongo sólo de una cucharita de té, agujereada por más señas. ¡Dios mío, Elsie! Todos reciben dinero, menos Berta Cool. ¡Cómo echo de menos a ese pillastre! Si estuviera aquí, encontraría alguna forma para que también entráramos en la cueva del tesoro y sacásemos algo.

—En la correspondencia ha llegado una tarjeta postal de él —dijo Elsie—. Está en San Francisco, y permanecerá allí tres o cuatro días.

—¿Quieres decir que Donald Lam está en San Francisco?

—Efectivamente.

—En ese caso, saldré inmediatamente en avión para conversar con él.

—De nada le serviría —anunció Elsie Brand—. En la tarjeta dice que no puede recibir a nadie, aunque le permiten recibir correspondencia.

El ángulo de la mandíbula de Berta Cool indicó de pronto una

decisión irrevocable.

—Muy bien —expresó—. Voy a escribir a ese pigmeo, a ese corso avispado… Él sabrá qué hacer. Que piense lo que quiera; habrá de decirme qué hay que hacer. Traiga papel, Elsie. Voy a escribir a Donald Lam punto por punto todo lo que ha sucedido.

Berta Cool entró en su despacho privado, seguida por la joven. Sentóse en el sillón giratorio y dijo a la mecanógrafa:

—Esta carta va por vía aérea, con entrega especial. En el sobre pondrá:

Muy urgente, personal y estrictamente privada.

El lápiz de Elsie se movió con rapidez sobre el papel.

—Comenzaremos así —dijo Berta—: «*Querido Donald: Ha sido una inmensa alegría tener noticias tuyas. Te añoro mucho. Trato de llevar adelante las cosas lo mejor que puedo, para que tengas algo a lo cual volver cuando la guerra haya terminado*…». No, espere un momento, Elsie. Me parece que no diré esto.

Elsie levantó la cabeza.

—Esto podría darle algún asidero legal contra mí —dijo Berta.

—¿No quiere que vuelva a trabajar con usted? —inquirió Elsie.

—¿Cómo diablo puedo saberlo? —exclamó Berta con acento irritado—. ¿Quién sabe cuánto falta todavía para que termine la guerra? Borre eso, y escriba: «Querido Donald: Como has dejado a Berta en el pantano, es preciso que la ayudes a resolver ciertos asuntos…». No, eso suena como si le necesitara mucho. Borre eso también, Elsie.

Por un momento Berta Cool reflexionó en silencio.

—Presentaremos las cosas de otra manera:

«Querido Donald: Estoy muy atareada esta tarde, pero de cualquier manera me tomo el tiempo necesario para escribirte una carta larga, porque sé lo que sienten los que están alistados en las fuerzas armadas. Anhelan recibir cartas de las personas que los quieren».

Puede poner punto aparte, Elsie, y seguir así:

«No tengo muchas cosas que contarte, con excepción de los asuntos a que nos dedicamos en esta oficina, pero como considero que debes echar de menos los problemas que tanto llamaban tu atención y que tanto te agradaba resolver, voy a contarte algo acerca de un caso muy interesante que nos ocupa actualmente».

Berta hizo una pausa para meditar sobre lo que antecede, y luego, con una sonrisa de satisfacción, añadió:

—Ése es el ángulo conveniente. Me da la oportunidad de referirle todo sin ponerme en obligación alguna para con él, y seguramente hará algunas indicaciones o sugestiones. Puedes estar segura.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Elsie Brand.

—Bien… pondré en la carta —dijo Berta— que puede telegrafiarme las ideas que se le ocurran. Por supuesto, no emplearé exactamente estas palabras. Le diré que si quiere que continúe informándole de lo que sucede en el asunto para que tenga algo en que distraerse, me envíe un cablegrama, dándome sus opiniones, en cuyo caso volveré a escribirle para tenerle al tanto de su desarrollo.

Elsie Brand consultó su reloj pulsera.

—Si la carta va a ser extensa —dijo—, creo que será mejor que me la dicte directamente en la máquina de escribir, para que pueda salir esta misma tarde.

—¡Esta misma tarde! —exclamó Berta Cool—. Lo enviaría todo por cable si no costara tanto dinero. Muy bien, Elsie, vamos a la máquina. Voy a incluir, además, una fotocopia del testamento en la carta. Conseguí tres para nuestra oficina.

capítulo diez

EL hombre alto y muy bien trajeado que hablaba en el tono suave y la voz bien modulada de un universitario, aproximóse al escritorio de Elsie Brand.

La cartera que llevaba en la mano derecha era una obra de arte, de cuero negro y reluciente bronce. La mano que apoyó ligeramente en el extremo del escritorio de Elsie Brand era suave, bien cuidada, con las uñas muy bien cortadas y brillantes.

—¿La señora Cool? —inquirió con la inflexión de voz más correcta.

—No ha llegado aún.

El hombre miró su reloj de pulsera no como si le interesara comprobar la hora para sí mismo, sino como si quisiera hacer un sutil reproche a Berta Cool por su tardanza.

—Son las nueve y quince —expresó.

—A veces la señora Cool no llega antes de las diez o las diez y treinta —dijo Elsie Brand.

—¿De veras?

Como la joven no respondiera en forma alguna a este comentario, el visitante añadió:

—Represento a la Compañía Intermutual de Indemnizaciones. La señora Cool, según tengo entendido, ha insertado un anuncio en los periódicos solicitando informaciones acerca de cierto accidente automovilístico.

Elsie Brand le miró con fijeza y repuso:

—No podría decírselo.

—¿Quiere decir que no está enterada? —inquirió el visitante con acento de cortés sorpresa.

—Quiero decir que no podría decírselo. Estoy en esta oficina para atender la correspondencia. La señora Cool se halla a cargo de

la sección de informaciones. Yo…

En ese instante se abrió la puerta.

Berta Cool al entrar en la habitación con paso rápido preguntó:

—¿Hay alguna noticia de Donald, Elsie? —Antes de que su vista se fijara en el visitante.

—Todavía no —respondió Elsie Brand.

El hombre alto avanzó hacia Berta Cool.

—¿La señora Cool, presumo?

Berta, enérgica y resuelta, miró los ojos lánguidos del visitante, y dijo:

—Soy yo. Puede presumir todo lo que quiera.

El hombre enrojeció ligeramente.

—No quería decir eso, señora. Empleaba meramente una expresión que me es familiar. Represento a la Compañía Intermutual de Indemnizaciones.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Berta.

—P. L. Fosdick —respondió el visitante, haciendo rodar el nombre sobre la lengua como si recitara algo muy agradable. Su mano muy bien cuidada se introdujo en el bolsillo de su chaleco y extrajo un tarjetero que se abrió automáticamente, presentando una tarjeta. Con una pequeña reverencia, Fosdick entregó la tarjeta a Berta Cool.

Ésta la cogió, examinándola con curiosidad, frotó la uña del pulgar por las letras en relieve con un gesto de rápido cálculo financiero, y dijo:

—Muy bien. ¿Qué desea?

Fosdick contestó:

—Usted investiga un caso de accidente automovilístico, señora Cool. Ha insertado un anuncio por el cual pide testigos del mismo. Como es natural, mi compañía observa esa actividad con cierta preocupación.

—¿Por qué?

—Porque esas actividades dan la impresión de que usted se apresta a entablar un juicio.

—¿Y qué? —preguntó agresivamente Berta, con toda su personalidad cuadrangular irritada por las suaves maneras de aquel individuo afectado y lleno de remilgos—. ¿Tiene algo que objetar? Tengo pleno derecho para iniciar un juicio si se me antoja, ¿verdad?

—Sí, sí, señora Cool. Le ruego que no interprete mal mis palabras. No se ofusque… no es necesario.

Berta no quiso invitarle a pasar a su despacho. Quedóse allí, contemplándole con ojos agresivos.

La puerta del corredor se abrió y volvió a cerrarse.

Elsie Brand tosió significativamente.

Berta no se volvió para ver quién había entrado.

Con el tono de una persona que trata de ser deliberadamente impresionante, Fosdick manifestó:

—Tal vez no sea necesario iniciar un juicio, señora Cool. Es muy posible que la Compañía Intermutual de Indemnizaciones, que asegura al conductor del automóvil involucrado, aceptara la responsabilidad, admitiera la culpabilidad, e hiciera un arreglo adecuado.

Elsie Brand tosió de nuevo. Al ver que Berta no se volvía, dijo:

—La señora Cool está ocupada en este momento. ¿No le sería posible volver un poco más tarde?

El tono de la voz de Elsie Brand hizo girar sobre sus talones a Berta.

El individuo indolente y apático que había acudido por el anuncio, ofreciéndose como testigo y que se había negado rotundamente a dar su nombre, contemplaba sonriente la escena.

—Pase a mi despacho —dijo Berta a Fosdick, y dirigiéndose al testigo, añadió: Mucho me temo que hoy no me sea posible hacer nada por usted.

—Aguardaré de todos modos —contestó el otro sonriendo, y sentándose cómodamente en una de las sillas.

—Le digo que nada tendré para usted.

—Muy bien. Esperaré.

—No tengo el menor interés.

—Muy, bien, señora Cool. Muy bien, muy bien.

Cogió una revista de la mesa, la abrió al azar, y al parecer, se interesó instantáneamente en lo que decía aquella página.

Fosdick adelantóse galantemente para abrir la puerta del despacho privado de Berta Cool, y luego, inclinándose con refinada cortesía, se hizo a un lado para dejar libre paso.

Después de entrar en el despacho, Berta observó cómo el visitante cerraba la puerta y se quedaba de pie junto al sillón

situado junto a la ventana, esperando ostensiblemente que Berta Cool tomara asiento.

La cólera que la embargaba hizo que permaneciera de pie varios segundos innecesarios antes de sentarse en las profundidades del sillón giratorio.

—Comprenderá usted, por supuesto —manifestó suavemente Fosdick—, que la Compañía Intermutual de Indemnizaciones no admite culpabilidad alguna. Iniciamos solamente una discusión preliminar con miras al arreglo satisfactorio de un asunto que, eventualmente, puede motivar un juicio. Sabrá asimismo que hay jurisprudencia sentada por la Corte Suprema al efecto de que ninguna declaración efectuada en estas circunstancias es admisible como prueba de cargo, ya que la ley tiende a propugnar y estimular los acuerdos privados de los casos litigiosos cuando quiera que esto sea posible.

Berta Cool nada dijo.

—Ahora bien —prosiguió Fosdick, tan melosamente como jarabe que corre por una suave pendiente—, en todo momento tratamos de ser justos, señora Cool. Muchas personas consideran que una Compañía de Seguros es una institución despiadada, sin alma, que tiene por única finalidad cobrar la mayor cantidad posible de primas y pagar lo menos que pueda a los damnificados. La Compañía Intermutual de Indemnizaciones procura siempre ser generosa y equitativa. Cuando nuestro cliente es responsable, hacemos todos los esfuerzos posibles e imaginables para lograr un arreglo a satisfacción del interesado, sin tener en cuenta el importe de las extorsiones que ello signifique para la Intermutual.

Fosdick alzó la cartera que tenía sobre las rodillas, la abrió y extrajo un fajo de papeles, haciendo ver a Berta Cool las variadas expresiones de su semblante mientras sus dedos bien «manicurados» volvían las hojas: un levantamiento de cejas con interés, un pequeño mohín de escéptica sorpresa, la contracción de semblante de quien se conduele de la penas y sufrimientos ajenos.

—Bien. Adelante, y diga lo que tenga que decir —dijo Berta impaciente.

Fosdick levantó la vista.

—Señora Cool —manifestó—, si consigue usted un descargo en debida forma, firmado por la persona damnificada, la Compañía de

Seguros aceptará abonar la suma de mil dólares *contantes y sonantes, en efectivo*.

—¡Qué buenos son ustedes para mí! —murmuró sarcásticamente Berta.

—Por supuesto —añadió cautelosamente Fosdick—, parece ser que los daños sufridos por la persona accidentada no fueron graves. Es evidente que la persona a la que usted representa debió cruzar la calzada sin tener debidamente en cuenta las condiciones del tránsito. Hasta es posible que lo haya hecho cuando había una luz roja. En el tribunal se plantearía una defensa basada en negligencia cooperante, y es probable que la misma fuese aceptada. Sin embargo, la Compañía Intermutual de Indemnizaciones tiene siempre por norma invariable de conducta conceder el beneficio de la duda a cualquier persona que haya sido embestida por un automóvil guiado por uno de sus asegurados, hasta el momento en que esa persona inicia un juicio por daños y perjuicios. Una vez que el juicio se ha iniciado, nos mostramos inflexibles e inexorables. Raras veces perdemos un juicio. Una vez en los tribunales, no pedimos ni damos cuartel. En estas circunstancias, señora Cool, prescindiendo del hecho que los daños parecen haber sido puramente nominales, la Compañía de Seguros, por mi intermedio, le hace llegar este ofrecimiento: *mil dólares cantantes y sonantes, en efectivo*.

Fosdick puso en orden los papeles, volvió a colocarlos cuidadosamente en la cartera, hizo funcionar el cierre automático, insertó las correas en las hebillas de bronce, ajustándolas minuciosamente, y se puso de pie. Su expresión era la de quien ha hecho algo muy noble y hermoso, y espera ser felicitado y aplaudido.

—Mil dólares no son nada para lo que esa mujer ha sufrido —dijo Berta Cool.

—Mil dólares —proclamó Fosdick— constituyen un ofrecimiento muy generoso para llegar a un arreglo.

Saludó con una inclinación de cabeza, abrió la puerta, y deteniéndose en la oficina exterior, declaró:

—Tenga en cuenta que no sólo es nuestro primer ofrecimiento, sino también el último. La Compañía Intermutual de Indemnizaciones no lo mejorará en un solo centavo.

La irritación de Berta no le permitió contenerse por más tiempo.

—¡Muy bien! ¡Haga todos los condenados ofrecimientos que se le ocurran… pero no necesita ser tan estúpidamente erudito y pedante!

Cerró con violencia la puerta de su despacho y volvió a sentarse en el sillón giratorio, temblando de rabia. De pronto, recordó al otro visitante que aguardaba. Se puso de pie, fue hacia la puerta y la abrió, justo a tiempo para ver que la puerta que daba al pasillo se cerraba de un golpe.

—¿Dónde está «Párpados Caídos»? —preguntó a Elsie Brand, adelantándose hacia la silla en la que había estado sentado el individuo.

—Salió detrás del representante de la Compañía de Seguros —contestó la mecanógrafa.

El rostro de Berta se ensombreció, como si comprendiera el significado de aquel movimiento.

—¡Maldita sea su alma deshidratada! —exclamó rencorosamente —. ¡El canalla! ¡Chantajista del infierno! ¡Ya le ajustaré las cuentas! Voy a ir a ver a Josefina Dell para arreglar el asunto, antes de que ese condenado bribón pueda meter las narices.

Cogió su sombrero, se lo plantó firmemente sobre sus cabellos grises, y marchaba hacia la puerta cuando ésta se abrió. Un mensajero uniformado se detuvo en el umbral, con un grueso sobre en la mano.

—Telegrama para Berta Cool —anunció—, pagadero en destino.

—¿De quién es? —inquirió Berta.

El mensajero consultó su memorándum.

—De Donald Lam, y ha sido enviado desde San Francisco.

Berta le arrebató el sobre de la mano y señalando con un movimiento de cabeza a Elsie Brand, dijo al mensajero:

—Cóbrale a la señorita. Dele el dinero de la caja chica, Elsie.

Berta Cool fue rápidamente a su despacho y rompió el sobre. El telegrama que el mismo contenía decía lo siguiente:

Recibí carta, también fotocopia testamento. Llámole atención sobre marcado cambio en estilo literario entre ciertas partes testamento. Primera página indica expresión inconfundible de individualidad positiva. Segunda página contiene algunos

conceptos indudablemente copiados de algún otro documento, pero lenguaje utilizado en relación con legados a Dell, Cranning y Hanberry es forma de expresión persona cierto modo poco ilustrada emplearía para tratar disponer sus bienes. Lo mismo refiérese toda cláusula instituye albacea testamentaria. Estas partes no concuerdan con articulada y fácil redacción que caracteriza expresiones en conjunto documento. Averigüe posibilidad háyase recurrido borratintas especial para alterar parte testamento insertando términos modificados. Recuerdos y afectuosos saludos.

DONALD
LAM.

Berta Cool quedóse mirando el telegrama, mientras decía entre dientes:

—¡Que me aspen! ¡Qué cuervo avispado!

La puerta se abrió, y Elsie Brand, asomando la cabeza, preguntó:

—¿Hay respuesta?

—Sí —exclamó indignada Berta Cool—. Envíe una carta a Donald Lam a esa dirección en San Francisco. Pregúntale qué diablos se propone al agregar todas esas palabras innecesarias de recuerdos afectuosos saludos cuando envía un telegrama pagadero a su destino.

capítulo once

BERTA Cool oprimió con el pulgar el botón del timbre junto al cual estaba el nombre de Josefina Dell, levantó el auricular y colocó los labios cerca de la bocina para estar en condiciones de responder tan pronto como oyese una voz. Después de algunos segundos Berta volvió a apretar el botón, mientras que en su rostro aparecía una expresión preocupada.

Cuando la tercera presión del pulgar sobre el botón no dio por resultado respuesta alguna, Berta apretó el botón del timbre unto al cual se leía: «Encargado».

Al cabo de unos segundos, una mujer muy gruesa cuyo cuerpo parecía no tener más consistencia que gelatina puesta en una fuente, abrió la puerta y sonrió.

—Tenemos algunos apartamentos desocupados muy bonitos y convenientes —dijo en una voz aguda, como si recitara algo aprendido de memoria—. Hay uno muy hermoso que da al Sur, otro en el lado Este. Ambos son muy soleados, y…

—No busco apartamento —dijo Berta Cool—. Venía a ver a la señorita Josefina Dell.

La cordialidad desapareció del rostro de la encargada como si hubiese levantado una mano para sacarse una máscara.

—En ese caso —replicó en tono irritado—, ahí tiene el botón. Apriételo.

—Ya lo hice. Pero parece que no está en casa.

—Muy bien. ¿Qué quiere que haga yo entonces?

Volvióse como para retirarse.

—Aguarde un instante —dijo Berta Cool—. Necesito obtener algunas informaciones acerca de ella.

—¿Qué quiere saber?

—Es muy importante que me ponga en contacto con esa

muchacha. Se trata de algo muy urgente.

—Yo nada puedo hacer.

—¿No podría decirme dónde está, dónde puedo encontrarla o indicarme la forma de hacerle llegar un mensaje? ¿No le ha dejado algo dicho?

—Absolutamente nada. En su apartamento vive otra joven, Myrna Jackson. Si alguien sabe dónde está, es ella.

—¿Cómo puedo encontrar a la señorita Jackson, en ese caso?

—¿No está?

—No. Nadie contesta al timbre.

—Entonces no está. Qué quiere que le haga. Buenos días.

Cerró dando un portazo.

Berta escribió una nota en el reverso de una de sus tarjetas:

«Señorita Dell, hábleme inmediatamente por teléfono. Es muy importante. Hay dinero para usted».

Echó la tarjeta en el buzón, y se alejaba ya, cuando un taxi dio la vuelta en la esquina y se detuvo ante el edificio.

El individuo que había acudido a la oficina de Berta por el aviso en que se pedían testigos del accidente, bajó del automóvil, miró el taxímetro, y de espaldas a la casa, buscó dinero para pagar al chófer.

Berta fue resueltamente hacia él.

El chófer pensó al verla acercarse que se le presentaba otro viaje, y dejando el asiento, dio la vuelta por la parte posterior del automóvil para abrir la portezuela.

Berta estaba a un metro del pasajero cuando éste se volvió y la reconoció.

—Bien… esto es lo que pensaba que haría usted —dijo Berta con aire y tono de satisfacción—. Pero de nada le servirá. Yo llegué primero.

En el rostro del otro se pintó la consternación.

—¿Adónde, señora? —preguntó el chófer.

Berta le dio la dirección de su oficina, y volvióse para sonreír al otro con expresión de triunfo.

—¿De modo que me deja fuera del asunto?

—En efecto.

—¿Cuánto le ofrecieron?

—No le importa —replicó Berta.

—Yo le di la dirección de la muchacha en la inteligencia explícita de que usted no iba a representarla.

—Lo siento, pero no puedo evitar que una Compañía de Seguros se presente ante mí e introduzca nuevos elementos en mis actividades.

—Eso es desleal hacia mí.

—Tonterías —dijo Berta—. Usted trató de utilizar a los dos extremos contra el centro.

—Tengo pleno derecho a intervenir en esto.

El chófer dijo a Berta:

—¿Está dispuesta a partir, o debo esperar y bajar la bandera?

—En marcha —repuso Berta.

—¡Un momento! —exclamó el otro—. Este taxi es *mío*.

—No, no lo es —replicó Berta—. Ya encargué el viaje.

—¿Conversó con ella, y logró que le firmara algo? —inquirió el hombre.

Berta sonrió con aire satisfecho. En el acto el otro metióse de un salto en el coche, al lado de Berta, y espetó:

—Muy bien, iré con usted. Es necesario que hablemos.

El chófer cerró la portezuela y fue a sentarse detrás del volante.

—Nada tengo que conversar con usted —dijo Berta.

—Creo que sí.

—Le digo que no.

—De no haber sido por mí, no habría entrado en este asunto.

—¡Sandeces! Puse un anuncio en los diarios. Usted pensó que podía sacar algo de eso. En todo momento ha tratado de mezclarse para conseguir dinero.

—Le ofrecieron mil dólares, ¿verdad?

—¿Qué le hace pensar eso?

—Me lo dijo el representante.

—¡Ah! Entonces, le siguió desde mi oficina y le sonsacó…

—Bajé con él en el ascensor.

—Me imaginé que lo haría.

—Bueno… Hablando en serio, usted no puede hacerme eso.

—¿Por qué no?

—Puede conseguir mucho más de mil dólares si lleva bien el

asunto. Apuesto a que antes de diez días le ofrecen por lo menos dos mil quinientos dólares.

—Me conformo con los mil dólares —respondió Berta— y mi cliente también. Después de todo, mil dólares por un dolor de cabeza no son de despreciar.

—Pero ella puede obtener mucho más. Yo presencié todo el asunto.

—¿De quién fue la culpa?

—No me sonsacará eso. Pero le afirmo que ella tiene derecho a mucho más. Sufrió una conmoción.

—¿Quién se lo dijo?

—Su compañera de apartamento.

—Bueno, no interesa. Ahora todo está arreglado —le dijo Berta —, de manera que no tiene por qué preocuparse.

—Sea como sea, tengo que sacar algún beneficio. A usted no le causaría perjuicio alguno darme participación… siquiera de unos cien dólares.

—Pues bien, le haré exactamente la misma proposición que le hice al principio. Veinticinco dólares, y usted se olvida de todo el asunto y hace mutis por el foro.

El otro se reclinó en el asiento, lanzando un suspiro.

—Bueno —dijo—. Es un atraco a mano armada, pero usted me ha ganado la delantera.

Berta Cool entró en la oficina y dijo a Elsie Brand:

—Elsie, prepare un recibo para que lo firme este hombre. Veinticinco dólares en efectivo, por toda compensación de cuantas reclamaciones de cualquier suerte, naturaleza o descripción pueda presentarme, y que cubre las contingencias que puedan surgir en el desarrollo futuro del caso de Josefina Dell. Guíese por el recibo que Donald Lam hizo para que lo firmara aquel individuo del caso de hace un par de meses.

Elsie Brand sacó de la máquina la carta que estaba escribiendo, extrajo una hoja de papel del cajón del escritorio, la puso en el rodillo y preguntó:

—¿Cómo se llama el señor?

—Maldito si lo sé —respondió, volviéndose hacia el individuo.

—¿Cuál es su gracia?

—Jerry Bollman.

—Siéntese. Voy a traerle los veinticinco dólares.

Berta entró en su despacho privado, abrió el escritorio, sacó la caja, extrajo de ella veinticinco dólares, y esperó hasta que la máquina de Elsie Brand hubo dejado de repiquetear. Entonces fue a la oficina exterior, cogió el recibo que le tendía la mecanógrafa, lo leyó atentamente, lo puso ante Jerry Bollman y dijo:

—Muy bien, firme esto.

El individuo leyó el recibo y exclamó:

—¡Por Dios! Esto es lo mismo que vender mi alma.

—Más que eso —observó irónicamente Berta—. Su alma sola no valdría los veinticinco dólares.

Jerry Bollman sonrió de mala gana y dijo:

—Usted es muy hábil, ¿no es cierto?

Cogió la estilográfica que Berta Cool le tendía, suscribió el recibo, añadiendo su rúbrica, y lo ofreció con la mano izquierda, mientras extendía la derecha para recibir los dos billetes de diez y el billete de cinco que Berta tenía en la mano.

Berta entregó el recibo a Elsie Brand.

—Archívelo —indicó.

—Si trabajase para *usted* me arruinaría —observó Bollman.

—La mayor parte de los testigos declaran lo que saben nada más que por honestidad y decencia —replicó Berta.

—Ya lo sé —dijo Jerry con aire desolado—. Pero yo me curé de eso hace tiempo. Bien… Me compraré una caja de cigarrillos. Eso, y los gastos que he tenido consumen por completo los veinticinco dólares. Bueno, que les vaya bien. Tal vez algún día podamos hacer algún negocio mejor que éste.

—Tal vez —dijo Berta, mirándole mientras se marchaba—. Gracias a Dios que no quiso darnos la mano —dijo a Elsie Brand—. Ahora, llama a la casa de Harlow Milbers. Pregunta por la señora Nettie Cranning, y dile que Berta Cool desea hablar con ella. Pásame la comunicación al despacho cuando la consigas.

Entró en su despacho privado y colocó un cigarrillo en su larga boquilla de marfil labrado. Cuando oyó el zumbido, levantó el receptor y dijo:

—¿Hola?

—¿Cómo está, señora Cool? —respondió la voz de la señora Cranning.

Instantáneamente, Berta irradió cordialidad:

—Muy bien, señora Cranning. ¿Cómo se encuentra usted? Lamento muchísimo verme en la necesidad de molestarla, pero deseaba ponerme en contacto inmediatamente con Josefina Dell. Pensé que tal vez estuviese aún allí. Confío en que no la habré incomodado.

—De ningún modo —repuso la señora Cranning con igual cordialidad—. La señorita Dell estuvo aquí hasta hace media hora. Un hombre la llamó por teléfono, y le dijo que necesitaba hablar con ella acerca de un asunto muy importante y de suma urgencia. No sé muy bien de qué se trata, pero creo que se refiere a un accidente de automóvil.

—¿Un hombre? —preguntó Berta.

—Sí.

Berta Cool frunció el ceño.

—¿No dijo cómo se llamaba?

—Sí, pero me he olvidado. Recuerdo que ella lo anotó. Espere un segundo… Eva, ¿cómo se llamaba el señor que llamó por teléfono a Josefina Dell? ¿Cómo? Bien, gracias. La señora Cool deseaba saberlo… Señora Cool… El nombre es Jerry Bollman. Josefina Dell salió para encontrarse con él en alguna parte.

—Muchísimas gracias, y disculpe la molestia —dijo Berta, y colgó el auricular. Estaba ya a mitad de camino en la oficina exterior cuando advirtió lo inútil de su salida.

—¿Qué sucede? —inquirió Elsie Brand.

—Ese asqueroso, maldito estafador del demonio… ¡Mal rayo le parta!

—¿Qué ha hecho?

—¿Qué ha hecho? —repitió Berta Cool, con los ojos llameantes de ira—. ¡Gastó cincuenta centavos en taxímetro para despojarme de veinticinco dólares! Sabía dónde encontrarme. Probablemente me siguió. Cuando le vi bajar del taxi y buscar el dinero en el bolsillo, pensé que estaba un paso *detrás* de mí, pero en cambio, estaba dos pasos *delante*.

—No comprendo… —dijo Elsie.

—En este momento, ese bribón consigue seguramente que Josefina Dell estampe su firma en una línea de puntos, lo que le representa una tajada de por lo menos quinientos dólares. Me

imaginé que le había engañado al aparentar que *salía* del departamento de Josefina Dell. Quise hacerle creer que me había firmado un acuerdo. Pero él sabía positivamente que la muchacha no estaba en casa. ¡Me ha estafado, el muy sinvergüenza!

capítulo doce

LOS sensibles oídos del ciego percibieron el sonido de los pasos de Berta Cool en medio de la barahúnda callejera. No volvió la cabeza hacia ella, pero una sonrisa suavizó sus facciones.

—¡Hola! —dijo—. Esperaba que usted viniese por aquí. Vea lo que tengo para mostrarle.

Abrió un saquito y extrajo una caja de música de madera a la que dio cuerda con un ligero chirrido. Abrió la tapa, y con notable afinación y dulzura, la caja dejó oír los melodiosos compases de «*Campanillas de Escocia*».

En el rostro del ciego apareció una expresión beatífica.

—Una vez le dije a esa muchacha que me agradaban estas antiguas cajas de música, y que en otro tiempo había tenido una que tocaba «*Campanillas de Escocia*». Apostaría que ésta le ha costado bastante cara. En la actualidad no son fáciles de encontrar, y las que se encuentran, no están en buenas condiciones. En ésta no falta una sola nota, y el tacto me dice cuán bien terminada y qué fina es esta caja. ¿No es maravilloso?

Berta Cool convino en que lo era.

—¿Se la envió Josefina Dell?

—Por supuesto. Me la trajo un mensajero, y dijo que ella le había dado instrucciones para que me dijera que me la enviaba un amigo. Pero yo sé muy bien quién es el amigo. Esto no es todo —añadió—. También me envió un ramo de flores.

—¡Flores!

—Sí.

Berta estuvo a punto de decir algo, pero se detuvo a tiempo.

—Sí, comprendo —dijo Kosling—. Es un poco raro remitir flores a un ciego, pero de todos modos, puedo aspirar su fragancia. Opino que lo que ella deseaba principalmente era hacerme llegar la carta

que mandó con ellas, y pensó que lo mejor era enviármela con unas flores. La caja de música es cara, y no habrá querido que yo supiera lo que había hecho por mí.

—¿Qué dice la carta? —inquirió Berta.

—La tengo aquí —repuso el ciego, sacándola del bolsillo.

La misiva decía:

Estimado amigo: Le agradezco muchísimo que se haya acordado de mí, y más todavía que haya gastado dinero para encargar a la señora Cool que me buscara. Le envío estas flores como un pequeño testimonio de aprecio y amistad.

JOSEFINA
DELL.

Berta Cool adoptó bruscamente una decisión. Dijo al ciego:

—Usted podría prestarme un señalado servicio.

—¿De qué se trata?

—Permítame que me lleve esta carta.

—¡Oh! Es un recuerdo… No puedo leerla claro está, pero…

—Se la pido sólo por algún tiempo. Se la devolveré dentro de un día o dos, pero quisiera tenerla —aclaró Berta.

—Siendo así, no tengo inconveniente alguno… lo que sí le ruego es que me la devuelva lo antes posible. Puede llevármela a mi domicilio… avenida Fairmead mil seiscientos setenta y dos, siempre que eso no le presente una molestia.

—Así lo haré —prometió amablemente Berta.

Metió la nota en su bolso, y fue a ver a un perito en caligrafía, conocido suyo.

—Vea —le dijo—. No quiero que me tome por una boba, ni que saque una cantidad de fotografías, envolviendo su opinión en una alharaca de palabras confusas. Tengo aquí la fotocopia de un testamento. Uno de los testigos que presenciaron la firma del mismo es la señorita Josefina Dell. Aquí hay una nota firmada realmente por Josefina Dell. Sé perfectamente que ésta es su firma. Ahora bien, la firma que aparece en el testamento puede ser apócrifa. Quiero que usted me lo diga con exactitud. Examine además la primera parte de la segunda página. El lenguaje empleado parece

distinto en cierto modo al del resto del documento.

El perito en caligrafía cogió la fotocopia y la estudió detenidamente, pensando en voz alta mientras lo hacía.

—¡Hummm! Todo a máquina… parece haber sido escrito en la misma máquina… Muy bien. La firma en la carta, con un espaciamiento entre las letras peculiar… Una forma desusada de hacer la D… Lo mismo en la firma del testamento. Si es una falsificación, es perfecta. Parece exactamente la misma… Preferiría tener el original en lugar de esta fotocopia.

—No me será posible conseguir el original. Tendrá que conformarse con esto.

—Muy bien. La llamaré a su oficina y le haré conocer los resultados. Le advierto que será solamente una opinión. Si tuviera que jurarlo…

—Lo sé —dijo Berta Cool—. Lo único que pretendo es que me dé su parecer, asegurándome que eso quedará entre los dos.

—De acuerdo.

—Llámeme a mi oficina dentro de una hora.

—Es demasiado pronto.

—No importa… llámeme de todos modos.

Volvió a su oficina, y a la hora recibía la llamada telefónica.

—Ambas firmas han sido escritas por la misma persona —dijo el perito.

Berta Cool reflexionó un instante.

—¿Está todavía ahí? —preguntó aquél.

—Sí.

—Como no la oía, pensé que hubiera cortado la comunicación.

—Estoy pensando —dijo Berta— si ese testamento es genuino. Tengo mis dudas.

—El testamento es auténtico —declaró él.

Berta Cool colgó el auricular.

Al cabo de unos segundos, apretó el timbre del zumbador de la oficina de Elsie Brand.

—Vamos a escribir una carta, Elsie —dijo Berta—. Para Donald Lam. Voy a referirle en detalle todo lo que ha ocurrido. Hay algo completamente absurdo en este asunto. Están lloviendo dólares, y en lugar de disponer de una canasta para recogerlos, lo único que he conseguido es un déficit neto de veinticinco «machacantes».

Berta Cool terminaba de dictar una extensa carta, cuando Christopher Milbers entró en la oficina.

—¡Hola! —dijo Berta—. ¿Cómo está usted? Pase, pase… —y a Elsie—: Cuide de que la carta salga esta misma noche, Elsie. Por vía aérea, con mención de entrega especial.

Elsie Brand asintió con una inclinación de cabeza, sentóse ante su escritorio, volvió las hojas de su bloc de taquigrafía, y convirtió el teclado de la máquina de escribir en un remachador automático.

Christopher Milbers se arrellanó en el sillón de los clientes, juntó las puntas de los dedos, y sonrió de modo beatífico a Berta Cool.

—He venido —manifestó— para arreglar nuestra cuenta.

—¿Quiere decir que se da por vencido? —preguntó Berta—. ¿Ha llegado a un convenio con ellos?

—¿Convenio? ¿Acerca de qué? —dijo Milbers enarcando las cejas.

—Acerca del testamento.

—Todavía no he resuelto en definitiva lo que haré respecto a ese asunto —dijo él.

—Bueno… ¿Por qué no aguarda por lo menos hasta que hayamos aclarado las cosas?

—De nada serviría —manifestó Milbers—. De todos modos, eso no afectará a su compensación. La empleé para que me ayudara a localizar los diez mil dólares que faltaban. Encontramos el testamento mientras nos dedicábamos a la busca, pero eso es lo que podríamos llamar un incidente accesorio.

—Sí, comprendo —dijo secamente Berta Cool.

—Creo —pronunció Milbers apretando tanto las manos que los dedos se arquearon— que ha dedicado algo menos de medio día al asunto. Sin embargo, deseo mostrarme generoso. Si usted no divide sus días, le abonaré un día entero.

Sonrió Berta con aire complaciente.

—Bien. Son cien dólares.

—¡Pero mi *estimada* señora Cool! ¡Eso es inconcebible, ridículo! Estoy al tanto de lo que cobran, poco más o menos, otras casas que se dedican a asuntos similares, y que determinan *legalmente* la tarifa básica razonable. Me sorprende usted sobremanera. No esperaba nada parecido. Había pensado que su compensación no excedería de diez dólares diarios, y había preparado una pequeña sorpresa para

usted.

Extrajo del bolsillo un cheque a la orden de Berta Cool, por la cantidad de veinticinco dólares. Al dorso del documento, había una nota escrita a máquina: «Este cheque es ofrecido y aceptado como única compensación de cualquier reclamación que el que lo recibe pueda presentar al librador, de cualquier suerte, naturaleza y descripción, hasta la fecha inclusive del endoso de este cheque, y el que lo recibe, mediante el endoso del mismo, descarga al librador de cualquier otra reclamación, desde el comienzo del mundo hasta la fecha de dicho endoso».

—Hecho por un abogado —gruñó Berta tras haberlo leído de nuevo.

—Bien —dijo Milbers—, naturalmente, tuve que consultar con un abogado para la protección de mis intereses en relación con todo el asunto.

Berta sabía muy bien cuándo estaba derrotada. Suspiró, cogió el cheque, y dijo:

—Lo depositaré.

Milbers se puso de pie, hizo una reverencia y extendió la mano:

—He tenido un verdadero placer en conocerla, señora Cool.

Berta Cool apretó sus dedos regordetes en torno a la mano larga y delgada de Milbers.

—Lo mismo digo —manifestó, añadiendo luego con cierto despecho—: Tal vez en otra oportunidad tendremos más suerte.

Cuando Milbers hubo salido de la oficina, Berta se dirigió a Elsie, y tiró el cheque sobre el escritorio.

—Agrega una posdata a la carta de Donald. Dile que hasta el presente no he obtenido un solo centavo de beneficio en este condenado asunto. Pagué veinticinco dólares, y percibí veinticinco dólares. Y gracias todavía que no he perdido dinero.

capítulo trece

«29 de agosto de 1942.
»Vallejo, California.
»(Carta diurna pagadera a su destino)».
»Berta Cool, Investigaciones Confidenciales.
»Edificio Drexel. —Los Ángeles, California.

»Cuanto más pienso en eso, más impresionado siéntome por posible significado en cambio estilo literario en ese testamento. Otra cosa que no puedo comprender es por qué Compañía Seguros ha hecho gestión ante usted respecto arreglo, dado que Compañía debía saber identidad y domicilio de parte afectada. Como usted no es abogado no hay razón para que Compañía no hubiera entrevistado directamente parte afectada a menos que por alguna razón Compañía desconociera identidad de víctima. Conductor automóvil debe haber informado Compañía identidad y dirección de víctima. Si no lo hizo esto indica alguna complicación digna de ser investigada. Saludos.

»
DONALD
LAM.
»

capítulo catorce

BERTA Cool estaba de pie en su escritorio, sujetando el telegrama abierto con la pesada palma de su mano, como si temiera que pudiese escapársele. Apretó el botón del timbre para llamar a Elsie.

—Tome una carta para Donald, Elsie:

«Querido Donald: Has estado tanto tiempo en la Marina que te has atiborrado de alubias. Llevé el testamento al mejor perito de caligrafía de la ciudad, y le pedí que comparara las firmas. Las firmas son auténticas. Tal vez no se te haya ocurrido que el cambio peculiar en el estilo se produce en la segunda *página. Ésa es la página que contiene las firmas. Por consiguiente, si hay algo fraudulento en esa página, las firmas tendrían que haber sido falsificadas.* Las tres*».*

—¿Ha puesto eso, Elsie?

—Sí, señora Cool.

—Muy bien. Ahora le haremos probar lo de la otra alforja.

«Aparentemente, tu permanencia en la Marina ha hecho que tu cerebro se haya enmohecido. No me importa un comino si la segunda *página de ese testamento es genuina o no, y no hay posibilidad alguna de que haya sido falsificada. Admito que Paul Hanberry no me resulta muy digno de confianza, pero en cambio, ocurre todo lo contrario con Josefina Dell. Cuando te encuentres en el océano, sin nada en qué pensar, excepto bombarderos en picado, torpedos, submarinos y minas, comprenderás que el cliente de Berta recibe la bofetada en el rostro en la primera página. A Berta le importa un cuerno lo que suceda en el resto del testamento. El testador podría haber dejado el resto de su*

dinero a los oficiales navales retirados, por lo que a mí concierne. Si piensas continuar enviándome telegramas pagaderos a su destino, procura por lo menos que haya en ellos algo constructivo y que merezca la pena. Te echo de menos, pero dada la forma en que pierdes de vista todos los puntos importantes de un caso, tal vez no me quede otro remedio que disolver la sociedad. Gracias, sin embargo, por haber tratado de ayudarme. No te preocupes más del asunto. Berta se hará cargo del mismo. Concentra todos tus esfuerzos contra los japoneses. Te deseo muy buena suerte».

Berta arrugó el telegrama de Donald y lo echó al cesto de los papeles.

Luego miró por un momento la pelotilla arrugada, la sacó del cesto, alisó el papel y dijo a Elsie:

—Póngalo en el archivo. Es la primera vez que sorprendo en un renuncio a ese pillastre, y tener la prueba escrita no hará mal a nadie.

Como si tuviera otro pensamiento dijo:

—Muy bien. Hoy es sábado. Hemos tenido una semana endemoniada. Cerremos la tienda hasta el lunes.

capítulo quince

«Vallejo, California, agosto 30 de 1942.
»(Carta nocturna pagadera a su destino).
»Berta Cool, Investigaciones Confidenciales.
»Edificio Drexel, Los Ángeles, California.

»No tiene usted en cuenta un punto importante. La regla aplícase en ambos sentidos. Cambio en estilo indica solamente texto íntegro testamento no sido escrito por misma persona. Si segunda página testamento es auténtica, alguien ha sustituido fraudulentamente primera página. Cantidad legado Christopher Milbers casi seguramente alterada. Dos posibilidades que considerar: una que mismo Milbers, viéndose sin un solo dólar, haya falsificado primera página para conseguir legado diez mil dólares en primera página. Por consiguiente sustitución habría sido hecha por uno de otros legatarios. Si segunda persona con facilidad expresión y buen estilo literario. Su descripción Christopher Milbers corresponde ese tipo. ¿Ha investigado usted causa fallecimiento Harlow Milbers? Pregunte personas rodeábanle síntomas enfermedad ocasionó muerte. Envíole mejores deseos éxito resolver caso.

»
DONALD
LAM.
»

capítulo dieciséis

WALTON A. Doolittle, abogado, examinó la fotocopia que Berta Cool habíale entregado.

—Por lo que entiendo, señora Cool, usted desea saber cuál es el efecto legal de una falsificación *parcial*.

—Así es.

Doolittle leyó atentamente la primera página del documento.

—Supongamos que ésta es auténtica —dijo—, y que la segunda página, en la que está la firma del testador y la cláusula de atestación, es apócrifa.

—No existe la menor probabilidad de que *sea así* —expresó Berta.

—Lo comprendo, pero voy a considerar el problema por orden. Ahora bien, un testamento puede ser revocado de diversas formas. Una de ellas es la destrucción del testamento por parte del testador. Pero tenga presente, señora Cool, que una destrucción no autorizada, efectuada *por cualquier otra persona*, no invalida el testamento. Por consiguiente, presumamos que la primera página de este testamento es genuina, y la segunda una falsificación. En otras palabras, la primera página ha sido tomada de un testamento auténtico, cuyas porciones restantes han sido destruidas, y se ha añadido una segunda página fraudulenta.

—Recorre usted todo el camino alrededor del codo para llegar al pulgar —observó Berta—. Se refiere a lo que yo le dije, envolviéndolo con una cantidad de palabras.

—Quiero tener la seguridad de que usted comprende perfectamente la situación —manifestó Doolittle.

—La comprendo.

—En esas circunstancias —prosiguió el abogado— el testamento ha sido destruido, pero su destrucción no ha sido revocación. Por lo

tanto, el contenido entero del testamento podría ser probado mediante testimonios independientes, orales, si existieran tales testimonios. Ahora bien, si la primera página del testamento es genuina, es la mejor prueba del contenido de la primera página del testamento. No habría que preocuparse de lo que hubiera habido en el resto del testamento, una vez que se probara que la primera página es auténtica.

—En otras palabras, Christopher Milbers obtiene diez mil dólares, ¿es así?

—Exactamente.

—Muy bien. Supongamos ahora que la primera página es apócrifa y la segunda genuina. Existen mayores probabilidades de que éste sea el caso.

—En esas circunstancias, se aplica la misma regla de la Ley. La destrucción de una parte del documento no constituye una revocación parcial. El contenido de la primera página del testamento podría entonces ser probado mediante evidencia independiente, oral, o como decimos en términos legales, por evidencia verbal.

—Y si en la primera página de este testamento se legaban a Christopher Milbers cien mil dólares en lugar de diez mil, ¿podría cobrarlos?

—Sí, siempre que pudiera probar que *ése* era el testamento original.

—Supongamos que podemos probar que la primera página ha sido sustituida, pero no podemos comprobar lo que decía esa página —dijo Berta.

—En mi opinión, en esas circunstancias no se admitirían evidencias verbales para el testamento íntegro, dado que un tribunal no tendría medio alguno de saber qué proporción de los bienes del testador sería afectada por la cláusula residuaria. Sería muy posible que la primera página del testamento hubiese contenido una docena de legados especificados.

—¿Y si no se admitieran evidencias verbales? —inquirió Berta.

—Entonces, sería efectivo cualquier testamento anterior, a menos que se comprobara que el testador, por alguna acción positiva, hubiera tratado de revocarlo. Es enteramente posible que puedan obtenerse pruebas suficientes de una revocación, sin lograr

pruebas bastantes para determinar el texto del testamento genuino hecho con posterioridad.

—¿Qué ocurriría entonces?

—En esas circunstancias, en tanto no se admitieran evidencias verbales del último testamento, el efecto sería el mismo que si el señor Harlow Milbers hubiese muerto *ab intestato*, excepto en lo que se refiere al legado de Josefina Dell, que es el único por una cantidad especificada que figura en la segunda página.

—¿Y Christopher Milbers entraría en posesión de todos los bienes, excepto esos diez mil dólares?

—Si es el único pariente vivo, y, por consiguiente, el único heredero forzoso ante la Ley, sí.

—¿Y Nettie Cranning, Eva Hanberry y Paul Hanberry no percibirían un solo centavo?

—No.

—¿Ni aunque pudieran probar que la página del testamento en la que se les deja todo es genuina?

—Ése no es el asunto, señora Cool. Por la segunda página del testamento, se les lega no una cantidad especificada, sino un tercio a cada uno de lo que se lega por la cláusula *residuaria*. No es, por ejemplo, como si se les legaran diez mil dólares a cada uno. Se les lega el *sobrante* de los bienes. A menos que el tribunal pueda determinar qué parte de esos bienes era mencionada específicamente en otros legados en la primera página, el tribunal no puede establecer a ciencia cierta cuál era la intención del testador en cuanto al total de dicho sobrante. El testador podría haber legado medio millón en la primera página… o sólo un dólar.

Berta Cool se puso en pie.

—¿Eso es lo que establece la Ley? —preguntó.

—Ésa es mi opinión, o mejor dicho, mi interpretación de la Ley —repuso Doolittle—. Se trata de un asunto muy interesante. Podría dar lugar a un juicio sumamente complicado y difícil.

—Muy bien —dijo Berta Cool—. De esto puede resultar algo muy beneficioso. Si es así, haré todo lo que esté a mi alcance para que le confíen el asunto a usted.

La sonrisa de Doolittle fue glacial.

—Son tantos los clientes que me han dicho eso, señora Cool —manifestó—, que he llegado a la conclusión de que es mucho mejor

plantear las cosas de otro modo. Mis honorarios por esta consulta son veinticinco dólares; más adelante, si como usted expresa, me confían el asunto, esa suma será descontada de los honorarios adicionales que se fijen.

Berta Cool suspiró y abrió su bolso.

«Al parecer, todo el mundo obtiene dinero en este asunto, excepto yo», se dijo mentalmente con gran amargura y desconsuelo.

capítulo diecisiete

LA avenida Fairmead, junto al 1600, donde quedaba la casa cuya dirección había dado el ciego a Berta, estaba casi despoblada, hallándose bastante lejos de los lugares más edificados de esa zona.

Las condiciones de oscurecimiento parcial a causa de la guerra obligaron al chófer a marchar con gran cautela y a detenerse con frecuencia para consultar un plano que sacó del bolsillo.

—Debe quedar cerca de aquí —dijo—. En algún sitio al otro lado de la calle y un poco más allá del centro de la manzana.

—Bajaré aquí, entonces —dijo Berta—. Me será más fácil encontrarla casa a pie que yendo de esta manera.

—Pero es más conveniente hacerlo así, señora.

—Y más caro —replicó Berta—. Detenga el automóvil.

El chófer detuvo el vehículo, bajó, y abrió la portezuela para que Berta descendiera.

—Cuidado al bajar, señora.

Berta extrajo de su bolso una pequeña linterna eléctrica cuya luz pasaba por una gruesa lente de color púrpura.

—Espéreme aquí —dijo, encendiendo la linterna. Recorrió la manzana, fijándose en los números, y descubrió que el 1672 era un *bungalow* típico, situado a bastante distancia de la acera.

El sendero que llevaba a ese *bungalow* era de cemento, con una delgada guía de hierro, colocada a algunos centímetros de altura, del lado derecho. La parte interior de esa guía estaba pulimentada por el roce del bastón del ciego cuando salía de la casa o regresaba a ella.

Berta subió los dos escalones de madera de la galería exterior cubierta y oprimió el botón del timbre. Oyó el ruido estridente de la campanilla en el interior, que la sorprendió un poco por su intensidad.

En ese momento Berta advirtió por primera vez que la puerta estaba entreabierta, sujeta por unas cuñas de goma, en forma tal que quedaba una abertura de veinte o veinticinco centímetros. Ésa era la razón por la cual había oído tan bien el sonido del timbre.

Berta avanzó hasta la puerta y gritó:

—¡Hola! ¿Hay alguien en la casa?

No obtuvo respuesta.

Berta retiró con el pie una de las cuñas de goma, buscó a tientas una llave de la luz, y la hizo girar.

No pasó nada. La habitación continuó sumida en absoluta oscuridad.

Berta Cool dirigió el débil rayo de luz violácea de su linterna hacia el techo. Del mismo pendía una araña, con racimos de portalámparas para las lamparillas eléctricas. Pero no había ninguna lamparita.

Asombrada, Berta bajó la linterna, pero casi en el mismo instante se le ocurrió la única explicación posible. Un ciego para nada necesita luces.

Entró en la casa, paseando el rayo de luz de su linterna por la habitación.

—Soy la señora Cool —dijo una vez—. ¿No hay nadie aquí?

Tuvo la sensación de que algo se movía en las tinieblas. Una sombra grande, sin forma definida, apareció en el cielo raso, deslizándose silenciosamente por el mismo y se desvaneció. Berta dio un salto hacia atrás. Algo se movió cerca de su rostro; luego, sin el menor sonido, algo chocó en su pecho.

Berta alzó el brazo y golpeó con fuerza. Con una irritación cuyo origen principal era el terror, lanzó un juramento.

De repente, la cosa se alejó. Por un momento quedó enfocada por la luz de la linterna. Era un murciélago con las alas desplegadas, un murciélago que proyectaba su sombra contra la pared opuesta, en forma tal que parecía monstruosamente grande, fantasmagórico y siniestro.

—¡Que me conserven en salmuera! —exclamó Berta, y trató de golpear con toda su rabia al murciélago, que eludió fácilmente el ataque y desapareció en la oscuridad.

Pasaron por lo menos diez segundos antes de que Berta recuperara la serenidad, y se dispuso a examinar la primera

habitación de la casa.

Convencida de que la misma estaba vacía, volvió a la galería exterior, guiada por la débil luz de su linterna.

Entonces fue cuando advirtió por primera vez una mancha negruzca que se extendía por el suelo. A primera vista pensó que se trataba simplemente de una mancha en la alfombra. Luego, mientras su corazón aceleraba sus latidos, comprendió que era alguna clase de líquido… un charquito, una mancha sinuosa, otro charquito, otra mancha sinuosa. En el momento en que se dio cuenta del significado de aquella pista siniestra, descubrió el cadáver. Estaba tendido de bruces cerca de una ventana, en el extremo más apartado del cuarto.

Al parecer, el hombre había sido herido de un balazo cuando se encontraba cerca de la puerta, y habíase arrastrado unos cuantos centímetros cada vez, con frecuentes detenciones, tratando de reunir las fuerzas, que se le escapaban con más rapidez de lo que él mismo creía, hasta que finalmente la pausa cerca de la ventana había sido lo suficiente para determinar el fin de la lucha, rubricado por el gran charco de sangre, que parecía negra como la tinta a la escasa luz violácea de la linterna de Berta Cool.

Casi instantáneamente, Berta comprendió el posible significado de la puerta abierta y de la casa en silencio. Percatóse de la posibilidad de que el asesino estuviese al acecho en alguna de las otras habitaciones, confiando en no ser descubierto, pero dispuesto asimismo a abrirse paso a balazos si lo descubrían. El lugar estaba sumido en una oscuridad impenetrable, en la que sólo se veía la fantasmagórica luz de la linterna de Berta Cool. Y aquella linterna, destinada a ser usada durante los oscurecimientos completos, no emitía un haz de luz definido que permitiese iluminar algo de pronto. Más bien disolvía una zona reducida de oscuridad densa en una semioscuridad, que permitía ver los objetos lo suficiente para no llevárselos por delante. Pero no había seguridad de que disipara las sombras en las que un criminal podía estar al acecho.

Berta Cool encaminóse resueltamente a la puerta. Su pie tropezó en un alambre delgado, que tiró con fuerza de algún objeto, haciéndolo mover. Berta bajó la linterna y pudo ver un trípode con una escopeta de regular calibre que apuntaba hacia la puerta. El alambre estaba sujeto al gatillo. La marcha de Berta convirtióse en

una retirada, y luego en una fuga precipitada. Los escalones de madera de la galería resonaron ruidosamente bajo sus pies, y la luz de la linterna se agitó con violencia de un lado a otro mientras corría por el sendero.

El chófer había apagado los faros, y Berta sabía solamente que el automóvil estaba en alguna parte más abajo de la calle. Mientras corría por la acera, volvió varias veces la cabeza.

De pronto aparecieron las luces de estacionamiento del vehículo, encendidas por el chófer. Éste, mirándola con curiosidad, le preguntó:

—¿Terminó ya, señora?

Berta no se sentía con ganas de hablar en ese momento. Se introdujo rápidamente en la seguridad del automóvil y cerró la portezuela. Su cuerpo se sacudió cuando el chófer puso el motor en marcha y comenzó a maniobrar para dar la vuelta.

—No, no —exclamó Berta.

El chófer volvióse para mirarla, intrigado.

—Hay un… tengo que avisar a la policía.

—¿Qué sucede?

—En esa casa hay un hombre muerto.

La curiosidad en los ojos del chófer fue reemplazada de súbito por una expresión de fría y calculadora sospecha. Miró el reflejo de metal en la mano derecha de Berta Cool.

Berta, nerviosa, metió la linterna en su bolso.

—Vamos hasta el teléfono más cercano —dijo—, y no me mire de esa manera.

El automóvil se puso rápidamente en movimiento, pero Berta advirtió que el chófer la observaba por el espejo, que había ajustado a escondidas en forma tal que le permitía ver todo cuanto hacía. Cuando llegaron a una farmacia, el chófer no la dejó ir sola hasta el teléfono, sino que fue junto a ella, permaneciendo a su lado mientras daba aviso a la policía, y esperó hasta que oyeron los toques tranquilizadores de la sirena de un automóvil policíaco.

En éste venía el sargento Frank Sellers, al que Berta conocía un poco por encuentros anteriores, y mucho por reputación. Al sargento Sellers no le resultaban muy simpáticos los detectives privados. Toda su actitud, cuando se trataba de resolver un problema policíaco, era de franco escepticismo. Como un colega

había expresado una vez a Berta, «mira a la gente masticando su cigarro. Sus ojos parecen acusar a todos de ser unos condenados mentirosos, pero no despega los labios».

El sargento Sellers parecía no tener mucha prisa por dirigirse hacia el lugar del crimen, sino más bien estar ansioso de que Berta le narrara hasta el último detalle todo lo que sabía.

—Bien ahora pongamos las cosas en claro —manifestó, masticando su cigarro en la comisura izquierda de la boca—: Usted fue a ver a ese ciego, ¿verdad?

—Sí.

—¿Le conocía?

—Sí.

—¿Había ido a verle y la había contratado para efectuar una averiguación?

—Sí.

—¿Y usted la hizo?

—Sí.

—En ese caso… ¿para qué quería verle de nuevo?

Esta pregunta sorprendió un poco a Berta.

—Por otro asunto —dijo.

—¿Qué asunto?

—Deseaba que me aclarara algunos puntos.

—¿Usted había hecho ya aquello para lo cual él la había contratado?

—Sí… en cierto modo.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Qué *no había* hecho usted?

—Hice todo lo que él deseaba. Pero se presentó algo más, para lo cual yo necesitaba su ayuda, algo que yo quería que él me aclarara.

—Ya veo —dijo Sellers con manifiesta incredulidad—. Usted quería que un ciego le ayudara en alguno de sus problemas, ¿no es así?

—Deseaba hablar con él —exclamó Berta, recobrando un poco su acostumbrada belicosidad—, y no voy a decirle a usted para qué quería verle. Es un asunto enteramente distinto, y no tengo por qué referirme a eso. ¿Está claro ahora?

—Absolutamente claro —dijo el sargento, como si la declaración de Berta Cool la convirtiese definitivamente en el sospechoso

número uno del caso—. Y el ciego yacía muerto en el piso, ¿verdad?

—Sí.

—¿De bruces, dijo usted?

—Sí.

—¿Había sido asesinado de un balazo?

—Eso creo.

—¿No lo sabe?

—No. No le hice la autopsia. Allí había una escopeta. No me detuve a examinarla. Vi lo que había ocurrido y me marché.

—¿Se había arrastrado por la alfombra desde el lugar donde fue herido hasta el lugar donde murió?

—Sí.

—¿Qué distancia recorrió?

—No lo sé a punto fijo. Unos tres o cuatro metros.

—¿Arrastrándose?

—Sí.

—¿Y murió mientras se arrastraba?

—Puede haber muerto mientras descansaba —dijo Berta Cool.

—Lo sé, pero estaba en posición de arrastrarse, con el estómago sobre la alfombra, ¿verdad?

—Sí.

—¿Con la cara hacia un lado?

—Creo que no. Me parece que tenía la cara contra la alfombra. Le vi la parte posterior de la cabeza.

—Entonces, ¿cómo sabe que era el ciego?

—Vaya… por la forma del cuerpo. Además, ése es el domicilio del ciego.

—¿No volvió el cadáver?

—No. No toqué el cuerpo. No toqué nada. Salí de la casa y llamé a la policía por teléfono.

—Muy bien —dijo Sellers—. Vamos allá. ¿Tiene usted un taxi?

—Sí.

—Será mejor que venga conmigo. Saber que era el ciego, cuando admite usted que no le vio el rostro, hace que las cosas parezcan un poco raras.

El sargento Sellers volvióse hacia el chófer.

—¿Cómo se llama usted?

—Harry Simms.

—¿Qué sabe usted de este asunto?

—Absolutamente nada. Llevé a esta señora allí. Sabía el número de la casa, pero no dónde quedaba. A causa de las restricciones del oscurecimiento parcial, no hay luces en la calle. Tengo un plano que me indicó dónde estaba el lugar… es decir, la manzana en que está la casa. Estaba muy oscuro, y la señora se alumbró con una linterna de poca luz. Cuando llegamos a la manzana donde se halla la casa, le dije dónde podía estar situada. Me ordenó que detuviera el automóvil, y se alejó a pie. No sé cuánto tiempo estuvo ausente… de cinco a diez minutos, me parece.

—¿Le cobró por aguardarla?

—No. Se mostró muy decidida respecto a eso. Le dije entonces que esperaría un cuarto de hora, para el caso que quisiera volver en el automóvil. Transcurrido ese tiempo, le cobraría por aguardarla, o me volvería. Hacemos eso de vez en cuando si creemos que casi con seguridad tendremos un viaje de regreso a la ciudad.

El sargento Sellers asintió con la cabeza.

—¿Usted se quedó en el automóvil?

—Sí.

—¿Qué hizo?

—Estar sentado y esperar.

—¿Hay radio en su coche?

—Sí.

—¿Qué escuchó? ¿Música?

—Sí, señor.

—En ese caso, no habría oído un disparo, ¿verdad?

—No, me parece que no… a la distancia de la casa en que la señora me hizo detener.

Cuando Berta comprendió plenamente las complicaciones que podía ofrecer esta circunstancia, expresó:

—¿Qué se propone usted? No hubo disparo alguno.

—¿Cómo lo sabe?

—De haberlo, yo lo hubiese oído.

Los ojos del sargento Sellers examinaron a Berta Cool con fría apreciación, en la que no había simpatía alguna, lo mismo que si hubiera tratado de calcular el valor de un edificio.

—¿Eso es todo lo que sabe? —preguntó al chófer.

—En efecto.

—Sí, ¿eh?

—Sí, señor.

—Veamos su patente.

El conductor le entregó su libreta de registro. El sargento Sellers anotó el número de la patente del automóvil y manifestó:

—Muy bien. No hay razón alguna para que vuelva allá. Eso es todo. Suba usted a mi automóvil, señora Cool.

—El taxi marca uno con ochenta y cinco —dijo el chófer.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Berta—. Marcaba solamente setenta y cinco centavos cuando llegamos allá y…

—Tiempo de espera.

—Pensé que no iba a cobrármelo.

—No allá. Pero sí aquí, mientras telefoneaba a la policía y esperábamos el automóvil policíaco.

—¡Pues no lo pagaré! —gritó Berta indignada—. ¿Cómo se le ocurrió cobrarme mientras aguardábamos en un asunto como éste, que…?

—¿Qué esperaba que hiciera? ¿Abrir la boca y dar vueltas mientras estaba fuera de circulación? Usted tomó el automóvil y…

—Dele uno con ochenta y cinco —dijo el sargento Sellers a Berta.

—¡Así me maten si lo hago! —tronó Berta. Sacó un dólar y medio del bolsillo, se los entregó al chófer, y afirmó—: Tómelo o déjelo. Es todo lo que llevo encima.

El chófer vaciló un momento, miró al sargento, luego cogió el dólar y medio. Cuando el dinero estaba seguro en su bolsillo, expresó con mala intención:

—Estuvo bastante rato en la casa, sargento. Cuando salió, corría precipitadamente, pero puedo asegurarle que pasó bastante tiempo en esa casa.

—Gracias —contestó Sellers.

Berta miró al conductor como si pensara en la posibilidad de aplicarle una bofetada con toda su alma.

—Muy bien —dijo el sargento a Berta—. Vamos…

Berta subió al automóvil, sentándose en el interior, donde le indicó Sellers. El sargento sentóse junto a ella. Había un policía junto al chófer y otro al lado del sargento Sellers en el asiento posterior. Berta Cool no conocía a ninguno de ellos, y el sargento no

demostró la menor intención de presentárselos.

El conductor guió con suma destreza y rapidez, pese a haber tenido que aminorar considerablemente la velocidad cuando llegaron al terreno elevado donde se encontraba la zona sujeta a estrictas limitaciones para los automóviles que se dirigían hacia la costa del océano.

—Creo que queda después de la próxima calle —observó Berta.

El automóvil disminuyó la velocidad, aproximándose al borde de la acera, hasta que Berta indicó:

—Es aquí…

Los hombres descendieron.

—¿Es preciso que baje yo también? —inquirió Berta.

—No, ahora no. Espere aquí.

—Muy bien. Esperaré.

Berta abrió su bolso, extrajo el paquete de cigarrillos y preguntó:

—¿Van a tardar mucho?

—No puedo decírselo —expresó el sargento Sellers—. Hasta luego.

Los hombres se alejaron y entraron en la casa. Uno de ellos salió a los pocos segundos para ir a buscar una máquina fotográfica, un trípode y algunos focos eléctricos. Unos minutos después volvió a salir refunfuñando:

—No hay corriente eléctrica en ninguna parte de la casa.

—El hombre era ciego —explicó Berta—. Para nada necesitaba la luz.

—Bueno, pero el caso es que yo necesito corriente eléctrica para los focos.

—¿No puede arreglarse con la luz de las linternas?

—Tendré que hacerlo —repuso el otro—. Aunque eso no sirve para la clase de trabajo que el sargento quiere que haga. No es posible graduar la iluminación del mismo modo que con los focos. Se pierde más tiempo, y algunas veces salen reflejos en la fotografía, que les hacen perder nitidez y precisión.

Poco después salió el sargento Sellers.

—Bien —dijo—. Aclaremos algunos puntos. ¿Cómo se llamaba ese hombre?

—Rodney Kosling.

—¿Sabe algo acerca de su familia?

—No. Dudo mucho de que la tuviera. Parecía estar muy solo.

—¿Sabe cuánto tiempo hace que vivía aquí?

—No.

—En resumidas cuentas, no sabe mucho que digamos acerca de él.

—Es verdad.

—¿Qué fue lo que le encargó que hiciera? ¿Cómo se puso en contacto con usted?

—Deseaba que encontrara a alguien.

—¿A quién?

—Una mujer a la que estaba unida por vínculos de afecto.

—¿Mujer?

—Sí.

—¿Ciega?

—No.

—¿Joven?

—Sí.

—¿La encontró?

—Sí.

—¿Qué sucedió entonces?

—Le di la información.

—¿Quién era la mujer?

Berta Cool movió la cabeza, negándose a contestar.

—¿Estaba emparentada con él?

—No.

—¿Está segura?

—Virtualmente segura.

—¿No podría ser que esa mujer estuviese emparentada con él y se hubiera visto en algún enredo con un hombre, y que Kosling hubiese deseado hacer algo por ella?

—No.

—No proporciona usted una gran ayuda, señora Cool.

—Hago todo lo que puedo —manifestó Berta—. Le comuniqué que había encontrado el cadáver, ¿verdad? Hubiera podido marcharme sin decir una palabra a nadie de lo que había visto.

—Apuesto a que eso sería lo que hubiera hecho —gruñó Sellers — de no haber sido por el chófer. Usted sabía perfectamente bien que una vez que se hubiese descubierto el cadáver, el chófer habría

recordado que la trajo aquí, dando a la policía una buena descripción de su persona.

Berta Cool mantuvo un silencio lleno de dignidad.

—¿No se le ocurrió pensar que ese individuo podía ser un mistificador? —dijo el sargento.

—¿Qué quiere decir?

—Que no era ciego.

—De ningún modo —replicó Berta—. Era ciego. Lo sé muy bien.

—¿Por qué se muestra tan segura?

—En primer término por algunas de las cosas que me dijo acerca de las personas… de lo que deducía por los sonidos, las voces, los pasos, y cosas así. Solamente un ciego puede desarrollar sus facultades de esa manera. Además… examiné la casa. Ni una luz.

—¡Ah! ¿De modo que lo advirtió?

—Sí.

—¿Trató de encender la luz?

—Efectivamente.

—Resulta un poco raro que una persona se meta en una casa extraña, ¿no es cierto?

—Bien… La puerta estaba abierta.

—Si dice la verdad, puede dar gracias al cielo de que el ciego haya llegado a la casa antes que usted.

—¿Qué quiere decir?

—Alguien preparó una trampa con una escopeta, de manera que cuando una persona entrara en la casa, tropezara con un alambre fino, que tiraba del gatillo de esa escopeta, calibre cuatrocientos diez. La moraleja de esto sería: «No te introduzcas en domicilios ajenos simplemente porque la puerta esté abierta».

—¿Por qué matar a un hombre de esa manera?

—Probablemente para preparar una buena coartada.

Berta quedó pensativa.

—Bien —dijo el sargento Sellers—. Tendrá que acompañarme para echarle un vistazo e identificarle. ¿Qué edad dijo usted que parecía tener ese hombre?

—De cincuenta y cinco a sesenta años.

—No me pareció tan viejo. Además, parece haber tenido una vista completamente normal.

—¿Cuánto hace que ha muerto?

El sargento la miró y sonrió:

—¿Cuánto hace que estuvo usted aquí?

—¡Oh!, hará media hora o cuarenta minutos.

Sellers movió la cabeza.

—Pues yo diría que ha muerto hace poco más o menos ese tiempo.

—Quiere insinuar que…

—Quiero decir —la interrumpió el sargento— que el hombre ha muerto hace menos de una hora. Si usted estuvo aquí hace cuarenta y cinco minutos, es muy posible que haya sido asesinado poco más o menos en el momento de su llegada. No se moleste en decir nada, señora Cool. Nada más que entrar y mirar el cadáver.

Berta le siguió por el sendero hasta la casa. Al parecer, los policías habían completado su investigación, y se hallaban sentados en un banco de madera en el extremo más apartado de la galería cubierta. Berta pudo verles como bultos confusos, marcados por tres brasitas rojas, los extremos de los cigarrillos encendidos, que subían y bajaban ocasionalmente cuando los hombres retiraban los cigarrillos de sus labios.

—Por aquí —dijo el sargento Sellers, encendiendo una poderosa linterna eléctrica de cinco pilas, que disipó las tinieblas con su brillo deslumbrador.

El cadáver había sido colocado encima de la mesa, y ofrecía un aspecto escalofriante en su inmovilidad.

El haz luminoso de la linterna del sargento recorrió las ropas del muerto, deteniéndose por un momento en el sitio por el cual había penetrado la bala, coloreado de rojo, y luego se posó en el rostro del hombre.

La exclamación de sorpresa de Berta dio al sargento Sellers la respuesta que necesitaba.

—¿No es Kosling? —preguntó.

—No —contestó Berta.

El haz luminoso de la linterna se separó bruscamente del rostro del cadáver y enfocó de lleno las facciones de Berta.

—Muy bien —dijo el sargento—. ¿Quién es, pues?

Berta respondió en tono emocionado, y sin detenerse a reflexionar:

—Un individuo vividor y chantajista de tres al cuarto, llamado

Bollman. Corrió la suerte que se merecía al venir aquí… ¡y sáqueme esta condenada luz de la cara si no quiere que le haga pedazos la linterna!

capítulo dieciocho

EL sargento Sellers titubeó sólo un momento. Luego dijo «perdóneme», y apartó la linterna.

—¿De manera que este hombre se llama Bollman?

—Sí.

—¿Y cuánto hace que le conoce?

—Alrededor de… una semana.

—¡Ah, sí! —dijo el sargento—. ¿Y cuánto hace que conoce usted a Kosling?

—Seis o siete días.

—En otras palabras, conoce usted a Kosling y a Bollman desde hace poco más o menos el mismo tiempo.

—Sí.

—¿Qué relación tenían entre sí?

—Ninguna.

—¿Pero usted conoció a Bollman por el asunto que Kosling le dio para investigar?

—En forma indirecta.

—¿Y Bollman trató de beneficiarse de alguna manera?

—No en eso. En otra cosa.

—¿En qué?

—Nada que tenga que ver con Kosling, nada que pudiera explicar su muerte.

—¿De qué se trataba?

—No estoy segura de que vaya a decírselo.

—Creo que lo hará, señora Cool. ¿Qué era?

—Se relacionaba con un accidente de automóvil, un asunto en el que estoy trabajando, y no creo que mis clientes deseen que se haga pública ninguna información sobre ello en los momentos actuales.

—Usted no la hace pública. Simplemente me la comunica a mí.

—Lo sé, pero ustedes tienen una forma de hacer los informes que llegan a conocimiento de los periódicos.

—Esto es un caso de asesinato, señora Cool.

—Lo sé, pero lo que sé acerca de este individuo nada tiene que ver con su asesinato.

—¿Cómo puede saberlo?

—No se trataba de algo por lo que alguien pudiera asesinarle.

—Pero usted dijo que era un vividor y un chantajista.

—Sí.

—¿Qué motivos tiene para calificarlo así?

—Sus métodos.

—¿Qué había de malo en ellos?

—Todo.

—Muy bien —dijo el sargento Sellers—. Salgamos y hablaremos un rato en el automóvil. ¿Ésta es la dirección que Rodney Kosling le dio?

—Sí.

—¿Sabe usted algo que le haga pensar que este hombre, Bollman, vivía aquí?

—No.

—¿No sabe cuál era su domicilio?

—Por supuesto que no —replicó Berta Cool, llena de impaciencia—. ¿Por qué me hace todas estas preguntas? ¿Qué hay de la patente de conductor del hombre? ¿Y de su tarjeta de registro? ¿Qué hay de…?

—Eso —dijo el sargento Sellers— es precisamente lo que deseo poner en claro. Alguien le ha registrado para sacarle todo lo que pudiera ser un medio de identificación, o esta persona no llevaba otra cosa encima que algún dinero. Al parecer, no han tocado el dinero, que ha sido sacado de su cartera y vuelto a colocar apresuradamente en sus bolsillos. Usted no sabe nada de eso, ¿verdad, señora Cool?

—¿Qué podría saber?

—No lo sé —dijo Sellers—. Esto da pie para algunas conjeturas interesantes. El hecho de que el asesinato haya sido perpetrado con una trampa preparada con una escopeta indica que el asesino deseaba encontrarse lejos, estableciendo una buena coartada. Pero es evidente que después de la muerte del individuo, alguien le

registró los bolsillos… a menos que el muerto hubiera ocultado todo lo que llevaba encima en alguna parte. No puede haber habido un margen de tiempo apreciable, y usted admite que estuvo aquí. Por consiguiente, le pregunto si sabe usted algo acerca de lo que contenían los bolsillos de la víctima.

—No, absolutamente nada.

—Bueno. Volvamos al automóvil. ¡A ver, muchachos! Tú, Charlie, quédate aquí y abre bien los ojos. Las instrucciones habituales… No permitas entrar a nadie sin debida autorización, hasta que los encargados de tomar impresiones digitales hayan cumplido su cometido; luego diremos algo a los periódicos y trasladaremos el cadáver. Muy bien, señora Cool. Venga usted ahora con nosotros un rato.

En el automóvil, Berta Cool contestó preguntas con monosílabos, o a veces con un obstinado silencio. Negóse firmemente a dar cualquier información en cuanto a sus relaciones con Jerry Bollman, o a los motivos por los que habíale calificado de vividor y chantajista.

Al cabo de cierto tiempo, el sargento se dio por vencido.

—No puedo obligarla a contestar mis preguntas, señora Cool —manifestó—, pero en cambio, un jurado podrá hacerlo.

—No lo creo. Tengo pleno derecho a considerar ciertas comunicaciones como estrictamente confidenciales.

—No en la forma en que usted lo juzga.

—Mi negocio es una agencia de investigaciones. Las personas vienen a mí para que realice averiguaciones por su cuenta. Si quisieran confiar sus asuntos a la Ley, irían en primer término a la policía.

—Muy bien —respondió Sellers—. Ya que piensa tanto en el porvenir de sus negocios, recuerde asimismo que la buena voluntad de la policía es algo de inapreciable valor para una agencia de detectives privados, y que la mala voluntad de la policía no le reportará la menor ganancia.

—Le he dicho ya absolutamente todo lo que sé para ayudarle a resolver el caso. Las cosas que me reservo son asuntos privados, que nada tienen que ver con todo este asunto.

—Preferiría que contestara usted todas mis preguntas y me permitiera juzgar lo que es pertinente y tiene alguna relación, y lo

que no lo es y no la tiene.

—Lo sé —dijo Berta—, pero prefiero continuar llevando el asunto a mi manera.

El sargento Sellers se reclinó en el respaldo del asiento.

—Muy bien —dijo al chófer—. Llevaremos a la señora Cool a su casa. Telefonearé al departamento central, y daremos una orden general para que busquen a ese ciego. Es extraño que no esté en su casa. Indudablemente podría arrojar alguna luz sobre lo que ha ocurrido.

Berta Cool mantuvo un silencio discreto hasta que el sargento Sellers la dejó ante la puerta de su domicilio.

—Buenas noches —le dijo el sargento.

—Buenas noches —contestó Berta, como si mordiera las palabras, antes de dirigirse con aire de hostilidad manifiesta a la puerta de su casa. El automóvil policiaco se alejó.

Casi instantáneamente, Berta salió de la casa de apartamentos, caminó con rapidez hasta la farmacia de la esquina, pidió un taxi por teléfono, y una vez en su interior, dijo al chófer:

—Vamos a los Apartamentos Bluebonnet, en la calle Figueroa. No tengo tiempo que perder.

En los Apartamentos Bluebonnet, Berta Cool apretó resueltamente el botón del timbre de Josefina Dell, y con una sensación de alivio, oyó la voz de la joven en el auricular, que decía:

—¿Quién es, por favor?

—La señora Cool.

—Temo no disponer de tiempo para hablar con usted, señora Cool. Estoy preparando las maletas.

—Es preciso que hablemos inmediatamente.

—He conseguido un empleo y debo partir en avión. Yo…

—Hablaré mientras usted prepara sus cosas —dijo Berta—. Sólo le pido unos pocos minutos, y…

—¡Oh! Muy bien…

El zumbador eléctrico anunció que se podía entrar en la casa.

Berta Cool subió, y encontró a Josefina Dell en medio de esa confusión y desorden que se producen indefectiblemente cuando uno se apresta a marcharse definitivamente de un lugar.

En el centro de la habitación había un baúl, lleno hasta las dos

terceras partes. Sobre la cama se veía una maleta ya atestada, y otras ropas, al parecer, las que se pondría la joven. En el suelo, junto a la cama, había una maleta pequeña, y una gran caja de cartón medio llena de diversos objetos y artículos diversos.

Josefina Dell, en pijama de seda azul, iba de un lado a otro.

—¡Hola! —dijo al ver a Berta—. Tengo que arreglarlo todo antes de medianoche. Voy a enviar a un depósito la mayor parte de mis cosas, y a dejar el apartamento. Nunca hubiera creído que esto me daría tanto trabajo. Dispondré lo restante de alguna manera, tomaré un baño, me vestiré, y a medianoche saldré en avión. No ha sido mi intención mostrarme brusca, pero si alguna vez ha tenido usted que mudarse de casa sin que nadie la ayudara, comprenderá exactamente cómo me siento.

—Lo sé muy bien —le aseguró Berta—, y sólo deseo que me dedique usted un minuto.

Miró a su alrededor, buscando una silla desocupada. Josefina Dell vio la mirada, rió nerviosamente, y dijo: «Perdóneme», y se apresuró a retirar algunas prendas de una silla colocada junto a la ventana.

—Voy a ir directamente al asunto —manifestó Berta—. ¿Le agradaría recibir quinientos dólares en efectivo?

—¿Y me lo pregunta?

—Estoy en condiciones de conseguírselos.

—¿Cómo?

—Todo lo que tiene que hacer es firmar un descargo y…

—¡Ah, eso!

—¿Qué tiene de particular? —inquirió Berta.

—Usted es la segunda.

—¿Debo entender que ha firmado ya algo?

—No.

—¿Quién fue el primero?

—Un testigo que presenció el accidente. Me buscó para decirme que, sin duda alguna, yo no había tenido la menor culpa de lo que ocurrió, y que era perfectamente factible cobrar de la Compañía de Seguros. Expresó que haría un contrato conmigo por el cual costearía todo el asunto enteramente por su cuenta y riesgo, y me daría el cincuenta por ciento de lo que percibiera, garantizándome que mi parte no sería inferior a quinientos dólares. Pensé que era un

ofrecimiento muy generoso. ¿No le parece?

Berta Cool guardó silencio.

—Pero no me era posible hacerlo —añadió Josefina Dell—. Simplemente, no podía hacerlo. Le dije que había estado pensando sobre el asunto, y que era tanto culpa mía como del hombre que conducía el automóvil. Tal vez más mía que suya. Trató de convencerme de que eso no tenía importancia alguna, que la Compañía de Seguros quería poner término definitivo al asunto, y que todo lo que yo tenía que hacer era cooperar y cobrar el dinero con suma facilidad.

—¿Entonces… se negó?

—Me reí de él. Le dije que eso estaba fuera de la cuestión, que me parecía que robaba el dinero. El hombre que me atropelló era muy amable y simpático… y además, sólo gasté diez dólares, los que pagué al médico…

—¿Se enteró usted de cómo se llamaba el hombre que conducía el automóvil? —preguntó Berta.

—No. Ni siquiera anoté el número de su patente. Estaba tan aturdida y nerviosa, al principio, y luego…

En ese instante sonó el zumbador.

Josefina Dell exhaló un suspiro de exasperación.

—Supongo —dijo dominándose con dificultad— que será algún otro que pregunta por Myrna Jackson.

—¿Su compañera de apartamento? —inquirió Berta Cool—. Me agradaría mucho hablar con ella.

—Lo mismo ocurre con infinidad de personas.

—¿Dónde se encuentra actualmente esa joven?

—Sólo Dios lo sabe. No ha sido un arreglo muy satisfactorio para mí. Era amiga del señor Milbers, y él sugirió que ambas podíamos gastar menos compartiendo este apartamento. A mí no me hacía muy feliz la idea, pero usted puede imaginarse lo que sucede cuando el jefe hace una sugerencia. Bien… vino aquí. ¡Es una mujer imposible! Ayer le dejé una nota, comunicándole que el alquiler vencía mañana, lunes. Le dije que yo iba a marcharme esta noche y cuando me habló por teléfono… ¿sabe lo que me dijo?

—¿Qué? —preguntó Berta, mientras el timbre de la puerta sonaba de nuevo.

—Que había estado aquí esta tarde, y ya se había mudado. Vino

aquí hace poco tiempo, y no tenía muchas cosas, pero resulta que hay una cuenta adicional de cinco dólares por limpieza del apartamento, y no dijo una sola palabra de pagar su parte. No pensé en eso cuando todavía era tiempo.

Josefina Dell acercóse al teléfono de la puerta y dijo:

—¿Quién es, por favor?

Y luego, con aire de fastidio:

—No, soy su compañera de apartamento. No sé dónde está. Se marchó esta tarde… se ha mudado. Yo también voy a mudarme. No, no puedo recibirle. Estoy embalando mis cosas, no estoy vestida, y tengo que partir en avión a medianoche. No me interesa que sea importante o no. No está aquí. No sé dónde está, y durante toda la noche no he hecho más que atender llamadas de personas que querían verla.

Josefina Dell colgó violentamente el auricular y volvió al centro de la habitación, contemplando la escena que la rodeaba con aire abatido.

—No puedo dejar de hacerme preguntas acerca de esa joven y de su vinculación con el señor Milbers —dijo—. ¡Oh! No es que piense mal… Nada de eso. Pero tengo una impresión muy definida de que no hacía otra cosa que espiarme. Hace dos semanas desapareció mi diario. Luego volvió a aparecer, en el sitio donde acostumbraba dejarlo, pero con algunas marcas. ¡Como si yo fuera tan tonta para pensar que había buscado mal! Es la única que puede haberlo sacado. Puedo imaginar que a muchachas de cierto tipo especial les agrade leer a hurtadillas las cosas de los demás. Pero ¿por qué lo cogió, y adónde lo llevó?

—¿Le preguntó usted algo?

—No. El daño ya estaba hecho. No podía probarle nada, de modo que decidí callarme y mudarme a otro apartamento. Uno más pequeño. Estoy aburrida y hastiada de vivir con compañera. Bien —dijo, cambiando de pronto el tema—. No se puede hacer más que meter lo que sobra en alguna parte. Me siento cansada y enferma de tanto elegir todas las benditas cosas que deseo llevarme. Ahí va todo eso.

Levantó montones de prendas plegadas y las arrojó sin orden alguno dentro del baúl y la caja de cartón.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó Berta Cool.

—No —respondió Josefina Dell, añadiendo luego, como un segundo pensamiento—: Gracias.

Su voz y sus ademanes indicaban que Berta podía ser de mayor ayuda saliendo de allí.

—¿Qué se propone hacer respecto al testamento? —inquirió Berta—. Quiero decir, acerca de prestar testimonio…

—¡Oh! Estaré a disposición de quienes me necesiten, cuando requieran mi presencia. Me han dicho que posiblemente deberé pasar una temporada en el trópico. Eso es distinto de una excursión de fin de semana. Tendré que arreglarme con una maleta. No puedo llevar un baúl, porque la mayor parte del viaje será por vía aérea. Parecía maravilloso cuando…

Berta Cool, mirando a Josefina Dell con aire reflexivo, manifestó:

—Hay algo que usted pueda hacer por mí.

—¿De qué se trata?

—Deseo saber algo acerca de Harlow Milbers, la forma en que se produjo su fallecimiento.

—Fue algo repentino… aunque hacía dos o tres días que no se sentía muy bien.

—¿Puede decirme algo más acerca de los síntomas?

—Sí, por supuesto… Comenzó a descomponerse poco más o menos una hora después de haber llegado a la oficina. Sentía un terrible dolor de cabeza, y de pronto empezó a vomitar. Le sugerí que se tendiera en el diván por un rato, para ver si de esa manera se sentía mejor. Pensé que se quedaba dormido, pero a los pocos minutos volvió a vomitar, y eso le despertó. Se quejaba de una sed devoradora y de gran sequedad en la boca y la garganta. Le dije que iba a llamar a un médico, pero me contestó que sería mejor que fuese a su casa, y que el médico le visitara allí. Entonces, llamé al doctor Clarge, y le dije que el señor Milbers estaba muy enfermo y que salía para su domicilio en un automóvil, rogándole que fuese allí inmediatamente para verle en cuanto llegara.

—¿Acompañó usted al señor Milbers?

—Sí.

—¿Qué sucedió luego?

—Durante el viaje en el automóvil continuó descompuesto. Tenía el estómago y los intestinos sumamente sensibles y doloridos.

Cuando llegamos a la casa, tuvimos que ayudarle a bajar. El chófer sonreía. Se imaginaba que el pobre hombre había estado en alguna fiesta y se había embriagado.

—¿Qué hicieron ustedes?

—Le ayudé a entrar en la casa. La señora Cranning salió y ayudó también. El doctor Clarge no estaba cuando llegamos, pero vino a los pocos minutos, antes de que hubiésemos acostado al señor Milbers.

—¿Qué ocurrió entonces?

—El médico permaneció alrededor de media hora con él, y le dio una inyección, dejándole algunos medicamentos. El señor Milbers se sentía un poco mejor, aunque continuaba quejándose de una sed espantosa y decía que le dolía terriblemente el estómago. Sin embargo parecía haber mejorado algo, y quedó amodorrado.

—¿Y después?

—El doctor Clarge regresó a eso de las dieciséis. Le dio otra inyección y nos dijo que lo mejor sería que llamáramos a una enfermera o le lleváramos al hospital para que pasara la noche allí si no mejoraba. Dejó más medicamentos, con algunas instrucciones, y anunció que volvería a la mañana siguiente alrededor de las ocho si le era posible.

—¿Qué pasó entonces?

—El señor Milbers dejó de existir unos veinte minutos después de ausentarse el médico.

—¿Quién estaba en su habitación en ese momento? ¿Usted?

—No. Le acompañaba la señora Cranning. Yo había bajado para beber una copa de leche y comer un emparedado. Con todo lo ocurrido, estaba tan trastornada que no había comido nada. Nos imaginábamos que en realidad el señor Milbers estaba bien.

—¿Qué sucedió después del fallecimiento? ¿Avisaron al doctor Clarge?

—Naturalmente. El doctor Clarge llegó en seguida, pero no pudo hacer más que comprobar la muerte. Llamó al empresario de Pompas Fúnebres y nos indicó que lo notificásemos a Christopher Milbers. Yo envié el telegrama.

—¿Y entonces?

—Bien… con la excitación y con todas las cosas que había que hacer, era tarde cuando salí de allí. Tenía que volver a la oficina

para cerrar la caja de hierro. Estaba muy nerviosa. Fue por eso, creo, que me atropelló el automóvil. No había desayunado, limitándome a beber una taza de café, y el vaso de leche y el emparedado era todo lo que había comido hasta esa hora. Ni siquiera había terminado el emparedado, porque la señora Cranning me llamó cuando estaba por la mitad.

—¿Cuál fue la opinión del médico en cuanto a la causa del fallecimiento?

—¡Oh!, usted sabe cómo son los doctores… Le espetan a uno una serie de términos científicos, y hablan con solemnidad, sin preocuparse de que sus oyentes les entiendan o no. No creo que el doctor Clarge tuviera la menor idea segura… Recuerdo solamente que empleó una cantidad de palabras raras, pero la única que puedo repetir es «gastroenteritis», que resultaba de una cosa u otra que terminaba con «itis».

—¿Nefritis? —insinuó Berta.

—No lo sé… Tal vez sí… Suena parecido. Pero afirmó que la causa primordial de la muerte era una perturbación gastrointestinal. Lo demás, como le digo, era un galimatías para mí, y creo que él mismo no sabía muy bien lo que decía.

—¿Dónde desayunó el señor Milbers? —inquirió Berta.

Josefina Dell la miró sorprendida.

—En casa, por supuesto… Es decir, supongo que lo hizo allí. Para eso tenía a su servicio a Nettie Cranning y Eva… —y añadió con énfasis—: con lo que les pagaba, hubiera tenido derecho a pedir que le atendieran a cuerpo de rey, en vez de tener que esperar las comidas, como ocurría con mucha frecuencia. Claro está que eso no es de mi incumbencia, y que yo he terminado con ellos. Pero me pone enferma pensar que les dejó casi todo lo que poseía.

—Y diez mil dólares a usted —observó Berta.

—Ya que se proponía dejarla mayor parte de sus bienes a personas que no eran de su familia, yo tenía perfecto derecho a esos diez mil dólares.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted con él?

—Casi dos años.

—Eso representaba cinco mil dólares anuales.

—Muy bien —exclamó Josefina Dell, con repentina y fría irritación—. Cinco mil dólares por año. Una compensación

generosa, ¿verdad, señora Cool? Pero usted no sabe todas las cosas, y seguramente no se ha detenido a pensar que… ¡Oh! ¿De qué sirve esto ahora? ¿No me hará el señalado servicio de marcharse ahora y dejarme que termine de arreglar mis cosas?

—Ese individuo que se ofrecía de testigo —manifestó Berta—, ¿no se llamaba Bollman?

—Eso es. Jerry Bollman. Presenció el accidente, y presumo que trata de beneficiarse de alguna manera. Parece que se dedica a esa clase de actividades. Bueno… perdóneme, pero tengo que sacar algunas cosas de esta maleta.

—Jerry Bollman —anunció Berta— ha muerto.

La joven levantó las prendas que estaban en la parte de arriba de la maleta, las depositó en la cama y dijo:

—Vaya… lo cierto es que tendré que arreglarme con sólo otro par de zapatos.

Sacó un par de zapatos de la maleta, fue hacia el baúl y luego, bruscamente, volvióse, fijó la mirada en Berta y preguntó:

—Le ruego que me perdone… ¿Qué me dijo?

—Que Jerry Bollman ha muerto.

Josefina Dell sonrió.

—Temo que esté equivocada. Hablé con él ayer por la tarde y hace un par de horas volvió a llamarme. Ahora, veamos… Si pongo…

—Está muerto —afirmó Berta—. Fue asesinado hace cosa de una hora y media.

—¡Asesinado!

—Sí.

Un zapato cayó de las manos de Josefina Dell; luego el segundo.

—¡Asesinado! Hace una hora y media… ¿Cómo fue?

—No lo sé muy bien —dijo Berta—. Había ido a visitar a su amigo, el ciego. ¿Significa esto algo para usted?

—Sí, me parece que lo comprendo. Le dije al señor Bollman que tenía la impresión de que la luz de tránsito había cambiado cuando yo empezaba a cruzar la calzada. Entonces me comunicó que podía conseguir un testigo para que declarara que había oído el ruido del accidente, y que el sonido de los frenos se produjo antes de que se oyera el timbre de la señal. No lo comprendí en ese momento, pero ahora me doy cuenta de que el testigo podía ser el ciego. Es un

encanto… siempre tan amable y alegre… Le envié un regalito. ¿Está segura de que el señor Bollman fue asesinado?

—Sí. Fue muerto cuando iba a visitar al ciego.

—Señora Cool… ¿está usted absolutamente segura?

—Por completo —afirmó Berta—. Yo misma descubrí el cadáver.

—¿Han apresado al autor del crimen?

—Todavía no.

—¿Se sabe quién es?

—No. Están buscando al ciego.

—¡Oh! —exclamó Josefina—. Ese hombre sería incapaz de hacer daño a una mosca. Está absolutamente fuera de la cuestión.

—Eso es lo que creo.

—¿Cómo descubrió el cadáver?

—Fui a visitar al ciego.

—Usted simpatizaba con él ¿no es cierto?

—Sí.

—También yo. Opino que es un hombre maravilloso. Debo hablar con él acerca de Myrna Jackson. La vi hablando con él la semana pasada. En realidad, es un crimen lo poco que sé de ella. Ese Bollman, ¿no cree usted…?, sé que no debería decir esto ahora que ha muerto, pero… ¿no cree usted…?

—Tiene perfecta razón —dijo Berta—. Me importa un rábano que haya muerto. Era un sinvergüenza y un bribón de siete suelas.

—Bueno… No tengo más remedio que arreglar mis cosas. Lo siento, señora Cool, pero ya le he dicho lo que pienso acerca del accidente, y aunque se quede usted aquí hasta medianoche, no cambiaré de opinión.

Lentamente, a disgusto, Berta Cool se puso en pie y encaminóse hacia la puerta.

—Muy bien —dijo—. Buenas noches, y que tenga suerte en su nuevo empleo.

—Gracias, señora Cool. Buenas noches, y que lo pase usted muy bien.

capítulo diecinueve

UN taxi llevó a Berta Cool a la residencia del doctor Howard P. Rindger. Berta apretó el botón del timbre, y cuando el médico en persona acudió a abrir, le dijo:

—Creo que se acordará usted de mí, doctor. Soy…

—¡Oh, sí…! La señora Cool, de la oficina de investigaciones privadas. Pase usted, señora…

—Venía por una consulta profesional, doctor.

El médico la miró atentamente.

—¿Qué le sucede? Su aspecto es inmejorable…

—¡Oh, yo estoy muy bien! Necesito sólo una información profesional.

—Muy bien… Pase por aquí… Tengo un pequeño consultorio en esta casa para tratamientos de urgencia. Algunos de mis pacientes vienen de noche… Ahora, siéntese, y dígame en qué puedo serle útil.

—Lamento tener que incomodarle a esta hora, doctor, pero se trata de algo en realidad importante.

—No es nada, señora. Acostumbro a leer hasta muy tarde los sábados por la noche… Bien, veamos qué le trae por aquí.

—Quiero saber algo acerca de envenenamientos.

—¿Qué desea saber en especial?

—Si existe algún veneno cuyo efecto se produzca a la hora o dos horas de haberse ingerido mezclado en alguna comida. Los síntomas son: vómitos, sed espantosa, ardor en la garganta, dolores de estómago e intestinos y una especie de colapso que subsiste hasta ocurrir el fallecimiento.

—¿Cuándo murió esa persona?

—A eso de las dieciséis.

El doctor Rindger abrió la puerta de una biblioteca.

—¿Hubo calambres en las pantorrillas?

—No lo sé.

—¿Diarrea?

—Probablemente, pero no puedo afirmarlo.

—¿Náuseas persistentes hasta el momento del fallecimiento?

—A intervalos sí.

—¿Qué tratamiento le hicieron?

—Inyecciones.

—¿Se registró una sensibilidad extremada en el estómago y los intestinos?

—Sí. Le dolían mucho.

—¿Tez grisácea? ¿Transpiración?

—Por lo que me dijeron, presumo que sí.

—¿Ansiedad? ¿Depresión?

—No lo sé.

El doctor Rindger tamborileó con los dedos en el escritorio y consultó un libro titulado «Medicina Forense». Después de leer un par de páginas, lo cerró y volvió a colocarlo en la biblioteca.

—¿Se trata de algo puramente entre usted y yo, o debo hablar con carácter oficial para la consiguiente publicación de lo que diga, con mención de mi nombre?

—Lo que me diga quedará entre los dos.

—En ese caso, opino que se trata de envenenamiento con arsénico.

—¿Son ésos los síntomas?

—Un caso casi típico. La sed devoradora y las náuseas lo identifican, lo mismo que los dolores en el estómago y la parte superior del abdomen. Si se quiere tener la seguridad, es preciso comprobar si ha habido diarrea, calambres en las pantorrillas, sentimiento de depresión y analizar los vómitos. En los casos de envenenamiento por arsénico, tienen el aspecto de agua de arroz.

Berta Cool se puso en pie, titubeó unos segundos y luego preguntó:

—¿Cuánto le debo, doctor?

—Nada, señora Cool… siempre que no me citen para comparecer como testigo. En ese caso, por supuesto, será algo más.

Berta le estrechó la mano y manifestó:

—Siento mucho haberle incomodado a estas horas, pero se trata

de un asunto importante y tenía que saber a qué atenerme esta misma noche.

—Muy bien, señora. Todavía no me disponía a acostarme. De costumbre, no lo hago antes de medianoche, aun cuando siempre trato de acabar mis tareas a las veinte, con el fin de tener algún tiempo para descansar. ¿Qué es de la vida de su socio, señora Cool? ¿Cómo se llama?

—Donald Lam.

—¡Ah, sí! Un hombre muy interesante. Parece dueño de un cerebro privilegiado. Me llamó mucho la atención su razonamiento en aquel caso de envenenamiento con monóxido de carbono. Conocía a algunas de las personas implicadas en él. Algunas de ellas ocupaban una posición prominente en los círculos médicos.

—En efecto —dijo Berta.

—¿Qué se ha hecho de él?

—Está en la Armada.

—¡Espléndido! Pero me imagino que usted le echará de menos.

—Me iba muy bien antes de que empezara a trabajar conmigo —expresó Berta con aire adusto— y presumo que ahora ocurrirá lo mismo.

—¿Pero mantendrán la sociedad?

—Ya veremos cuando esté de regreso —dijo Berta—. ¡Dios mío! ¡Ojalá que no le ocurra nada a ese joven!

—No pase cuidado —dijo el doctor Rindger—. No le sucederá nada. Muy bien… Buenas noches, señora Cool.

—Buenas noches, doctor.

Berta Cool sonreía satisfecha al volver a entrar en el taxi.

—¿Adónde vamos ahora, señora? —preguntó el chófer.

—Al hotel Metro —indicó Berta, recostándose en el respaldo tapizado y mullido—. Y si usted no lo sabe, le diré que por fin he logrado subir.

—¿Subir… dónde? —inquirió el chófer intrigado.

—Al tren que lleva el cargamento de oro —explicó Berta sonriendo triunfalmente.

—Pues me alegro de saberlo —dijo el chófer—. He oído decir que este carricoche era muchas cosas, pero es la primera vez que alguien le llama un tren que lleva oro.

—Bueno… Ya estoy dentro de él —dijo Berta—. Tuve que pasar

algunos apuros, pero ya conseguí subir.

En el hotel Metro, Berta Cool fue directamente hacia el encargado del conmutador telefónico y le preguntó:

—¿Se aloja aquí el señor Christopher Milbers?

—Sí, señora. Habitación trescientos diecinueve, en el piso tercero.

—Llámele, por favor.

Un momento después, Berta Cool oyó la voz soñolienta de Christopher Milbers que decía:

—¡Hola! Sí… ¡Hola! ¿Quién habla?

—Tengo que comunicarle algo de suma importancia —anunció Berta—. Estaré ahí exactamente dentro de un minuto.

—¿Quién habla?

—Berta Cool —contestó ésta, y cortó la comunicación.

Cruzó resueltamente el amplio vestíbulo, entró en un ascensor y dijo:

—Tercer piso.

El ascensorista la miró interrogativo, como si fuera a preguntarle si se alojaba en el hotel, pero luego lo pensó mejor. Berta, con los movimientos resueltos de alguien que sabe exactamente lo que se propone hacer, recorrió el pasillo, encontró la puerta con el número 319, se detuvo un instante y se aprestaba a golpear con los nudillos, cuando Christopher Milbers abrió.

—Le ruego me dispense. Hacía una hora que me había metido en la cama. No estoy muy presentable…

Vestía un pijama, bata de seda y pantuflas. Tenía los ojos hinchados de sueño y el cabello, que de ordinario estaba cuidadosamente dispuesto en forma tal que ocultara su calvicie, colgaba entonces sobre la oreja izquierda, hasta el cuello, dando a su cabeza un aspecto peculiarmente cómico.

—No sirvo para andarme por las ramas —expresó Berta a manera de introducción.

—Ésa es una característica muy recomendable —dijo Milbers, ofreciéndole un cómodo sillón y sentándose en la cama, donde se puso cómodo colocando almohadas detrás de su espalda—. Hasta diría que es altamente recomendable.

—Muy bien —dijo Berta con rapidez y precisión de ametralladora—. Vayamos entonces al asunto moneda.

—Me parece muy bien.

—¿A cuánto asciende el total de lo dejado por su primo?

—No podría decírselo exactamente, señora Cool. ¿Tiene eso algo que ver con el asunto que la trae aquí?

—Sí.

—Pues siendo así, yo diría, por lo menos, medio millón de dólares, tal vez más.

—¿Y a usted le corresponden solamente diez mil dólares?

—Exactamente, señora Cool, pero perdóneme si le hago notar que ésa no es la noticia importante que requería me despertase usted a estas horas de la noche. Ambos la conocemos desde hace cierto tiempo.

—Comprendo. Me limitaba a echar un cimiento.

—Le ruego considere que los cimientos ya están echados por completo. Opino que es tiempo de que pasemos a la superestructura.

—Muy bien —dijo Berta—. Ese testamento es una armadura de hierro. No sé cómo lo han hecho. Usted tampoco. No creo que su primo haya hecho un testamento semejante por su propia voluntad. Parecería más bien que le hubiesen arrinconado para obligarle a escribir la segunda página en la forma que alguna otra persona, o personas, lo desearan. Probablemente contaban con algo muy poderoso para obligarle.

—Eso difiere fundamentalmente del testimonio de la señorita Dell y de Paul Hanberry —observó Milbers.

—Depende del argumento que se haya empleado —dijo Berta—. La argucia apropiada puede haber producido maravillas. Esa Myrna Jackson que compartía el apartamento con Josefina Dell le fue virtualmente impuesta a esta última por su primo. También ella conoce al ama de llaves. Todo el asunto me parece muy oscuro. Al parecer, se trata de una joven muy atractiva, y está mezclada en el lío de alguna manera. En lo que concierne a Paul, no me fiaría de él en forma alguna.

—Sí, me siento inclinado a convenir con usted en ello, pero le ruego que se atenga a los hechos positivos, señora Cool. Dijo usted al principio que iría directamente al grano y no se andaría por las ramas.

—Su primo ha sido asesinado —anunció Berta fríamente.

El rostro de Milbers demostró estupefacción e incredulidad. Pasó un momento antes de que recobrara su compostura habitual.

—Señora Cool —dijo—, ésa es una afirmación demasiado atrevida.

—Lo sé, pero puedo asegurarle que su primo murió envenenado. Se le dio veneno en el almuerzo el día en que murió, y presentaba todos los síntomas de intoxicación arsenical.

—Parece increíble. ¿Está usted segura de lo que dice?

—Prácticamente, sí.

—¿Tiene pruebas?

—Tanto como eso, no. Pero deseo poner en claro que si lo deseamos, podemos obtener esas pruebas.

—¡Oh! —exclamó Milbers con un sutil cambio en su voz—. Me imaginé que usted aseguraba tener pruebas.

—No. Dije que estaba prácticamente segura de que fue envenenado. Hasta el momento, dispongo sólo de evidencias circunstanciales, pero me parece que estoy por completo en condiciones de pedir al juez que se exhume el cadáver de su primo para practicarle la autopsia y comprobar si la muerte ha sido causada o no por envenenamiento arsenical.

—¡Oh, señora Cool! —dijo Milbers—. Después de todo, opino que eso equivaldría a colocar el carro delante del caballo. Creo que comprenderá usted que no me sería posible dar un paso semejante, a menos que hubiese algo definido, alguna prueba tangible, que yo considerase irrefutable o poco menos.

—Bien, creo que puedo obtener esa prueba —afirmó Berta—. Sé lo bastante, por lo menos, para hacer que Nettie Cranning y los Hanberry sean sometidos a interrogatorio por la policía. Eso me demandará cierto trabajo, pero me parece que podré establecer debidamente las cosas para proporcionar los elementos suficientes a los investigadores en el plazo de cuatro o cinco días, o de una semana, a lo sumo.

—Sin embargo, estimo que se trata de una situación peculiar —manifestó Milbers—. ¿Qué piensa usted hacer exactamente, señora Cool?

—Si ellos le envenenaron, no pueden heredar sus bienes. Aún en el caso de que sólo uno de ellos sea responsable directo y los demás le hayan ayudado, ninguno podrá resultar beneficiario con lo

dispuesto en ese testamento. Eso dejaría a usted como el único pariente vivo en inmejorables condiciones. Ahora bien: estoy dispuesta a correr el albur. Aceptaría, digamos, el diez por ciento de toda la labor detectivesca para presentar ante la justicia un caso perfecto.

Christopher Milbers miró a Berta frunciendo el ceño.

—¿Bien? —preguntó ésta.

—Le repito que esto da origen a una situación muy peculiar, señora Cool.

—Por supuesto. Ésa ha sido la razón por la cual he venido a verle, aún a sabiendas de que estaba ya en la cama.

—Claro está que si mi primo fue envenenado, quiero que se haga justicia.

Berta asintió con la cabeza, añadiendo:

—Y no olvide el medio millón de dólares que le reportaría el hecho de que se hiciera justicia.

—No lo olvido, pero… Bien, el caso es que…

—Adelante —dijo Berta—. ¿Qué tiene que decir?

—¿Cree usted que necesitaría algún tiempo para lograr las evidencias precisas para establecer lo que usted denomina «un caso perfecto»?

—Naturalmente. No me sería posible salir a la calle y obtener algo como eso del aire solamente.

—¿Pero usted dispone de algunas pruebas?

—En efecto.

—¿Y desea usted que yo la contrate para desarrollar el resto?

—Nada de contratar —manifestó Berta—. Usted y yo haremos un arreglo escrito, en debida forma, por el cual me corresponderá un tanto por ciento de lo que usted obtenga de los bienes de su primo.

—Hace algunas horas, esta noche —declaró Milbers—, mantuve una conversación con la señora Cranning. En realidad, es muy distinta de lo que yo había pensado al principio.

—¿Y la hija?

—Una joven muy hermosa e interesante.

—Ya veo. ¿Y qué opina de Paul Hanberry?

La frente de Christopher Milbers se contrajo, llenándose de arruguitas.

—Más bien antisocial —expresó—. Opuesto en forma resuelta al estado actual de cosas. Se trata de un caso que me atrevería a calificar de inadaptación al medio ambiente.

—Yo no emplearía palabras como ésas para hablar de él —dijo Berta—. Sólo tres palabras, muy expresivas le calificarían muy bien, por lo que a mí concierne.

—Bien… En cierto modo, mis negociaciones fueron mantenidas con él, pero los primeros contactos los realicé con la señora Cranning.

—Bueno, bueno —dijo Berta, llena de impaciencia—. Presumo, por lo que dice, que su herida se ha cicatrizado bastante. Pero si envenenaron a su primo, el asunto cambia de aspecto.

—En absoluto.

—Muy bien. Eso es lo que trato sin duda alguna de hacerle entender.

—Desgraciadamente, sin embargo, señora Cool, ello no significaría diferencia alguna en cuanto al reparto de los bienes.

—¿Qué?

—Berta movió violentamente la cabeza para mirar en forma directa a los ojos de Christopher Milbers.

—Ésta es la situación… En las últimas horas de la noche llegué a un acuerdo con las otras partes interesadas; un acuerdo que considero, en vista de las circunstancias, eminentemente razonable y equitativo. No tengo por qué decirle claramente cuáles son los términos específicos de dicho acuerdo, pero teniendo en cuenta las circunstancias especiales, y sabedor de que puedo contar con su discreción, le haré saber cuáles son las bases generales del mismo. Josefina Dell recibirá lo que le corresponde por su legado. Con el fin de evitar una impugnación del testamento, con un posible juicio litigioso, lo que daría por resultado resentimientos, recriminaciones y, sobre todo, una considerable demora, hemos convenido en que el remanente de los bienes del extinto, después de haberse pagado los gastos del funeral, las facturas y cuentas pendientes y el legado de Josefina Dell, será dividido en cuatro partes iguales. En otras palabras, se efectuará una distribución por partes iguales entre los legatarios residuarios. Por este acuerdo, ellos me aseguran que el importe de lo que yo perciba, inclusive mi legado de diez mil dólares, será igual a un cuarto de los bienes totales. Eso me

representará, a *grosso modo*, algo más de cien mil dólares netos. El trato no es tan simple como acabo de esbozarlo, pero los abogados lo han establecido debidamente, y…

—¿Ha firmado ya ese acuerdo? —inquirió Berta.

—Todos lo hemos hecho.

—Eso se refiere sólo a la impugnación del testamento —manifestó Berta—. Pero si yo puedo probar que han asesinado a Harlow Milbers…

—No; usted no comprende. El acuerdo contiene una cláusula por la cual ninguna de las partes hará algo que comprometa, en la forma que sea, los derechos de cualquiera de las otras partes, o dé directa o indirectamente por resultado privar a las otras partes o a cualquiera de ellas de los beneficios del acuerdo. Contratarla a usted significaría, en estas circunstancias, según temo, una violación del acuerdo… por lo menos, una violación del espíritu del acuerdo. No, señora Cool, me resisto a creer que la señora Cranning o su hija Eva puedan haber participado siquiera en lo que usted sugiere. Claro está que es posible que Paul Hanberry, sin conocimiento de ambas, se las haya arreglado para beneficiarse con la herencia. Pero en cuanto a lo que concierne a la madre y a la hija, estimo que se hallan por entero fuera de la cuestión. Admitiré, señora Cool, que las personas son codiciosas e impulsivas, y a veces deshonestas y mal intencionadas. Pero pensar, siquiera por un momento, que la señora Cranning o su hija puedan haber envenenado a mi primo, no… no, señora Cool, es absoluta, palmariamente increíble.

—¿Y si Paul Hanberry lo hubiese envenenado y ellas lo hubieran descubierto luego?

—No, señora Cool… Usted no entiende… En caso de que las autoridades públicas, por su propia iniciativa, efectuaran una investigación, la situación sería distinta, por supuesto; pero si resultara que alguna de las partes sufriese inconvenientes de cualquier naturaleza *por alguna acción que yo hubiera adoptado*, en relación con alguna investigación que pudiese dar, como uno de los resultados, una repartición distinta de los bienes del extinto de la que se estipula en el acuerdo… no, señora Cool. No puedo correr el riesgo de hacerlo. Y francamente, considero que he concertado un acuerdo *muy* ventajoso.

—Así parece —exclamó Berta—. Cuando un hato de asesinos puede sobornar a un hombre para que no investigue el asesinato de un pariente…

Milbers alzó la mano, con la palma hacia fuera, como un agente de tránsito que detiene una gran cantidad de vehículos que se acercan velozmente.

—Un *momento*, señora Cool, *por favor*… Me refiero únicamente al detalle especial de contratar sus servicios. En lo que se refiere a cualquier investigación efectuada por las autoridades, eso no sería, por supuesto, acción alguna de mi parte, y de ningún modo me expondría a perder los eventuales beneficios del acuerdo. Pero emplearla a usted, pagarle directamente dinero o hacer un arreglo sobre la base de un tanto por ciento para que usted como investigadora sacara a relucir pruebas de esa índole, me costaría exactamente cien mil dólares. No, señora Cool, no puedo tomar en consideración su ofrecimiento, siquiera sea por un instante. Hasta podrían censurarme haber discutido el asunto con usted.

—¡Es una canallada! —afirmó enfáticamente Berta—. En primer término obligaron a su primo para que hiciera el testamento en esa forma, luego le envenenaron, y finalmente, suscriben un convenio con usted para que sus infames manejos no sean descubiertos. ¡Esto clama al cielo! ¡Es una infamia!

—Me permitiré decirle que no puedo pensar que le hayan obligado ni que le hayan envenenado. En rigor de verdad, sé que mi primo redactó ese testamento. Las observaciones que el documento contiene son típicas de él. Me duelen mucho, es cierto, pero sé ahora que jamás abrigó el propósito de dejarme un centavo más de los diez mil dólares. Este acuerdo es una bendición del cielo en lo que a mí se refiere.

—¿La iniciativa partió de ellos o de usted?

—De ellos.

—Seguro. ¡Robar a un hombre, asesinarlo y tapar la boca a su heredero con cien mil dólares para que no haya investigación! ¡Muy bien pensado y muy hábil!

—Nada le impide a usted acudir a las autoridades, señora Cool.

—¡Claro! —repuso Berta encolerizada—. Las autoridades se limitarán a hacer lo necesario para cubrir las apariencias. ¿Y qué iré yo ganando con eso?

—Bien claro está, señora Cool, que si tuviera usted alguna prueba de que…

—Tengo lo que tengo —exclamó Berta, poniéndose en pie—. Me gano la vida vendiendo las informaciones de que dispongo y las que consigo.

—Si tuviera algo que en su opinión puede interesar a la policía, su deber es ponerlo en su conocimiento. Si sabe algo, su deber es…

—En otras palabras, usted no pone un solo centavo de su bolsillo y se niega a arriesgar lo que le han prometido y considera seguro… Se quedará muy quieto, pero le agradaría que la policía tuviese alguna información anónima que le hiciese iniciar una investigación. Supongo que ahora espera que *yo* estire el cuello y dé todas las informaciones de que dispongo a la policía, sobre la única base del agradecimiento de la misma… y del suyo.

—Eso sería correcto —dijo Milbers—. Si usted, como ciudadana, tiene conocimiento de algo que se refiera a un delito, o siquiera de indicios que lleven a la presunción de que puede haberse cometido…

Berta echó a andar hacia la puerta, diciendo:

—Me marcho para permitirle que se vista. En la esquina hay una farmacia abierta, con una cabina telefónica.

—Temo no comprender lo que quiere decirme, señora Cool…

—¡Un demonio! —exclamó rabiosamente Berta—. Diez minutos después de que haya salido de aquí, la policía recibirá una llamada telefónica anónima para denunciar que Harlow Milbers fue envenenado, y sugiriendo que examinen el certificado de defunción, hablen con el médico y luego exhumen el cadáver para practicar la autopsia. Entonces, usted cortará la comunicación, vendrá de nuevo a esta habitación y se acostará con una amplia sonrisa, muy satisfecho y feliz. Habrá gastado cinco centavos en la comunicación telefónica, y eso será todo.

—Pero, *mi estimada* señora Cool. Usted no comprende… no comprende…

Berta llegó a la puerta en dos rápidas zancadas, la abrió de un tirón y la cerró violentamente, cortando con el ruido el resto de la frase de Milbers.

El taxi que había llevado a Berta al hotel esperaba junto a la acera.

El chófer llevóse la mano a la gorra.

—A sus órdenes, señora —dijo con una amable sonrisa—. El tren del oro espera…

—¡Tren del oro! —exclamó acremente Berta, haciendo desaparecer la sonrisa del rostro del chófer—. ¡Tren del oro, un cuerno! ¡Tren del oro! ¿Tren del oro? ¡Que el infierno cargue con él!

capítulo veinte

«Agosto, 31 de 1942.
»Vallejo, California.
»Berta Cool, Investigaciones Confidenciales.
»Edificio Drexel. Los Ángeles, California.

»Hecho esencial de toda situación es que Compañía Intermutual Indemnizaciones trata de lograr descargo intermedio usted. Esto indica no tienen nombre y dirección de parte afectada. Acuerdo con testigo, Josefina Dell dio conductor automóvil atropellóla su nombre y dirección, y permitióle llevarla su casa. Situación parece cabalmente absurda. Una explicación posible es que conductor hubiese estado bebido pero suficientemente lúcido para mantenerlo disimulado hasta después Dell subió automóvil. Dell pudo entonces haberle hecho detener automóvil y bajarse antes de llegar a su casa. Investigue este punto. Sugiero realice bluff en Compañía Seguros diciéndoles conductor completamente ebrio para ver qué sucede. Por alguna razón, Josefina Dell no dice toda la verdad. Recuerdos.

»
DONALD
LAM».

capítulo veintiuno

BERTA Cool, con el semblante arrebatado por la ira, dijo a Elsie Brand:

—Tome un telegrama para Donald.

«Tu último telegrama, absoluta, completa estupidez. He hablado con Josefina Dell, que dice hombre perfecto caballero, llevóla su casa, mostrándose sumamente solícito. Puedo pensar yo misma muchas tonterías que no coincidan con hechos sin necesidad pagar mensajes que contengan teorías idiotas. Sugiero dediques atención exclusivamente a ganar la guerra. No te preocupes más por caso. Todos han concertado un acuerdo, prescindiendo completamente de nuestros servicios».

Berta vaciló un momento y luego dijo a Elsie:

—Léame lo que acabo de dictar.

Elsie lo hizo.

—Páselo a máquina y tráigamelo para firmarlo —indicó Berta—. Y…

Se interrumpió al ver que se abría la puerta de la oficina.

El individuo alto, solemne y de movimientos suaves que representaba a la Compañía Intermutual de Indemnizaciones, saludó con una grave inclinación de cabeza.

—Buenos días, señora Cool.

—¿*Usted* de nuevo?

—Se ha desarrollado una situación sumamente infortunada. ¿Puedo hablar con usted ahora mismo?

—Pase a mi despacho —dijo Berta.

—¿Envío el telegrama? —preguntó Elsie.

—Sí, páselo a máquina, pero deseo leerlo de nuevo antes de

despacharlo. Llame a un mensajero.

Berta Cool precedió al visitante.

Fosdick, el amanerado representante de la Intermutual, sentóse cómodamente en el sillón que Berta le indicara, colocó la cartera de cuero sobre sus rodillas y cruzó los brazos encima.

—Se ha producido una situación *sumamente* infortunada —repitió.

Berta no despegó los labios.

Después de un momento, Fosdick añadió:

—¿Conocía usted, por casualidad, a un hombre llamado Jerry Bollman?

—¿Qué tiene que ver *eso* con nuestro asunto?

—Nos prometió lograr un arreglo completo… por nuestra propia cifra: mil dólares. Nos hizo prometerle que no nos ocuparíamos en forma alguna de lo que hiciera con el dinero. En otras palabras, se proponía entregar sólo una parte del mismo a la persona afectada. A nosotros no nos interesaba ese detalle, por cuanto nos aseguraba que nos proporcionaría un descargo completo y pleno, de acuerdo con todos los preceptos legales. Una vez la persona afectada hubiese firmado el descargo, podía repartir el dinero que recibiera en la forma que considerase mejor, o permitir que otra persona lo cobrara por ella si así lo deseaba. El señor Bollman se mostraba absolutamente confiado en poder obtener el referido descargo. Creo que estaba en relaciones con su compañera de apartamento y se proponía contraer enlace con ella en fecha próxima.

—¿Bollman le dijo eso?

Fosdick asintió.

—¿Le dio algunos nombres?

—No. Se refirió a la joven como «la parte interesada» y a la otra joven como «su compañera de apartamento». Narró, sin embargo, una historia muy convincente y verosímil.

—¿Y usted la creyó?

Fosdick alzó las cejas, como si afirmara.

—Usted es todavía muy joven —afirmó Berta—. Acaba de salir de Harvard o de alguna otra Universidad, lo que le da un complejo de superioridad. Cree que todo lo sabe. ¡En nombre de Dios, diga lo que tenga que decir sin demorarlo más!

—Le *ruego* me perdone, pero…

—¡Hable de una vez!

El aspecto de Fosdick era sin duda alguna el de un mártir. Logró dar la impresión de que el cliente siempre tiene razón, de que ni siquiera trataría de defenderse. Dijo con aire resignado:

—No tengo duda alguna de que el señor Bollman podría haber sustanciado su relato. Infortunadamente, sin embargo, he visto en los periódicos de esta mañana que anoche fue asesinado. Es lamentable, por supuesto, desde el punto de vista de la sociedad en general, y de…

—… y de los parientes del muerto —puntualizó Berta—, pero en lo que se refiere a ustedes, constituye una verdadera calamidad. Bien; no creo que Bollman hubiese hecho más que tratar de engañarle, dejándole finalmente con un palmo de narices. Usted sabe demasiado bien que no se puede arreglar un caso como éste con sólo un millar de dólares.

—¿Por qué no?

Berta Cool echóse a reír y dijo:

—Un hombre tan ebrio que apenas podía ver dónde iba, atropella con su automóvil a una muchacha hermosa, le produce una conmoción cerebral, y *usted* pretende arreglarlo todo con mil dólares.

La voz de Berta destilaba sarcasmo.

—No hacemos admisiones ni concesiones de índole alguna, señora Cool —dijo Fosdick—, pero definitivamente, no estamos de acuerdo en lo concerniente a la declaración de que nuestro asegurado estaba ebrio.

—El cliente de ustedes estaba tan borracho —dijo sarcásticamente Berta—, *que ni siquiera puede recordar el nombre y la dirección de la joven a la cual atropelló*.

—No me parece que esto sea justo —dijo Fosdick con la lentitud de quien elige cuidadosamente sus palabras—. La joven se puso histérica, y apenas pueden tenerse en cuenta sus declaraciones posteriores.

—Y el cliente de ustedes no puede recordar siquiera donde la llevó —dijo Berta.

—Perdón, señora Cool, pero la joven estaba tan histérica que se negó a permitir al asegurado que la llevara hasta su casa y ni siquiera le dijo dónde vivía cuando bajó del automóvil, a mitad de

camino.

Se abrió la puerta del despacho particular y entró Elsie Brand con el telegrama.

—Si quiere comprobar el texto —dijo—, el mensajero está ya aquí.

Berta Cool le arrebató la hoja de papel de la mano y la puso debajo del secador del escritorio.

—Dele diez centavos al muchacho —ordenó—. No voy a enviar este telegrama en este momento.

—*¿Diez centavos?* —preguntó Elsie Brand.

—Bueno —concedió Berta Cool a regañadientes—, que sean quince. Estoy ocupada. No me interrumpa más. Enviaré el telegrama más tarde.

Volvióse hacia Fosdick tan pronto se hubo cerrado la puerta del despacho.

—¿De qué sirve andarse con ambages y rodeos? El cliente de ustedes estaba borracho como una cuba. Demasiado borracho para conducir un automóvil. No sólo atropelló a la muchacha, sino que cuando se ofreció para llevarla a su casa, se hizo tan evidente que estaba demasiado ebrio para guiar el coche, que ella se apeó. Por mi parte, yo diría que tendrán ustedes suerte si salen de este enredo con un desembolso menor de veinte mil dólares.

—*¡Veinte mil dólares!*

—Exactamente.

—¡Señora Cool! ¿Ha perdido el juicio?

—No, estoy perfectamente en mis cabales. Usted, en cambio, da muestras de estar loco. Sé muy bien lo que dirá el Jurado. Al parecer, usted no lo sabe.

—Bien, cierto es que los Jurados, en algunos casos —dijo Fosdick—, se muestran impresionables, y pueden dejar que prevalezca la emoción sobre la lógica de los hechos, pero también es cierto que su conducta está sujeta a cierta supervisión reguladora por parte de la Corte de Apelaciones.

—Un Jurado podría fijar la indemnización en cincuenta mil dólares. Yo no puedo decirlo, ni usted tampoco.

Fosdick echóse a reír.

—Vamos, vamos, señora Cool. Su cliente no sufrió daños de consideración.

—¿No? —exclamó Berta, levantando un poco la voz—. ¿Cree usted que no?

Vio que esto desazonaba a Fosdick, que dijo:

—En esas circunstancias, creemos que será menester que se dé a nuestro propio médico una oportunidad de examinar a esa joven.

—Todo a su debido tiempo —declaró Berta.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que soliciten una orden del tribunal para hacerlo.

—¡Pero nosotros *no deseamos* ir a los tribunales!

—Cuando se hayan visto en la necesidad de ir, podrán obtener una orden para que mi cliente sea revisada por el facultativo que ustedes designen.

—¿No nos obligarán a ir a los tribunales?

—No pensarán ustedes que vamos a permitir que ese individuo haga una cosa semejante y luego salga del apuro con el envío de una caja de bombones o un regalo de cumpleaños, ¿verdad?

—¿No es usted un poco intransigente, señora Cool?

—No me lo parece.

—Bien. Supongamos que arreglamos este asunto sobre una base que represente *realmente* algún dinero para usted. Los daños sufridos por su cliente no ascienden a tanto, pero por razones obvias, nos desagrada infinitamente ir a los tribunales. ¿Qué le parece si decimos tres mil dólares, en efectivo y al contado?

Berta echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír.

—Le diré lo que voy a hacer —dijo Fosdick, inclinándose hacia delante—. Le ofreceré cinco mil dólares.

Berta, temerosa de que le viera los ojos, dijo:

—¿No comprende usted que se está poniendo en ridículo?

—¡Pero… cinco mil dólares! No se le escapará, señora Cool, que ésta es una oferta *enorme*.

—¿Le parece?

—¿Qué espera usted obtener?

Berta le miró entonces.

—Todo lo que se pueda —respondió.

—Ya tiene usted nuestra oferta —dijo Fosdick, poniéndose en pie—. Es el límite extremo. Iba a llegar hoy hasta tres mil dólares, para subir a los cinco mil sólo después de que se hubiera iniciado el juicio. Ésas eran las instrucciones que tenía. Tomé la

responsabilidad de hacerle el último ofrecimiento hoy mismo. Esto es todo.

—Muy generoso por su parte —comentó Berta.

—Tiene usted mi tarjeta —anunció Fosdick solemnemente—. Puede telefonearme cuando esté dispuesta a aceptar.

—No se moleste en aguardar junto al teléfono.

—Y no es preciso añadir —dijo Fosdick— que le he hecho un ofrecimiento de compromiso. Esto no se admitiría como evidencia en un juicio. No es una admisión de culpabilidad, y, a menos que sea aceptado dentro de un plazo razonable, será retirado.

Con deliberada lentitud, Berta dijo:

—Retírelo ahora mismo si lo desea. Tanto me da.

Fosdick pareció no haberla oído, pero salió del despacho muy estirado y serio.

Berta Cool esperó solamente hasta que tuvo la seguridad de que había llegado al ascensor; entonces irrumpió en la oficina exterior.

—Elsie, tome un telegrama para Donald.

—¿Otro?

—Sí.

Elsie Brand mantuvo el lápiz sobre el bloc.

Berta Cool empezó a dictar el telegrama:

«Querido Donald: Has sido muy bueno y amable al enviarme todas tus ideas. Mi agradecimiento más profundo. Donald de mi alma: dime por qué Josefina Dell puede haber mentido acerca accidente. ¿Por qué estaba dispuesta a sacrificar un cuantioso arreglo para evitar decirme exactamente qué ocurrió en momento accidente? Telegrafíame pagadero destino. Muchos cariños y que la suerte te acompañe siempre».

—¿Eso es todo? —preguntó Elsie Brand secamente.

—Sí, todo.

—¿Y el otro telegrama? El que quedó sobre el escritorio, creo, ¿no quiere enviarlo?

—¡Cielos, no! —dijo Berta—. Rómpalo y échelo al cesto. Rompa también la hoja de su bloc en la que lo tomó. Debo haber estado terriblemente enojada cuando lo dicté. Ese Donald es, sin duda alguna, un tunante muy inteligente y muy listo.

La sonrisa de Elsie era enigmática.
—¿Alguna otra cosa?
—No, nada más —contestó Berta.

capítulo veintidós

«Agosto, 31 de 1942.
»Vallejo, California.
»(Mensaje directo pagadero a su destino).
»Berta Cool, Investigaciones Confidenciales.
»Edificio Drexel. Los Ángeles, California.

»Sugiero interrogar su compañera de apartamento. Recuerdos.

»
DONALD
LAM».

capítulo veintitrés

LA encargada de los apartamentos Bluebonnet abrió la puerta y dijo:

—Buenas tardes. Disponemos de algunos apartamentos pequeños, especialmente uno con…

Al reconocer a Berta Cool se interrumpió.

—Un momento, por favor —dijo ésta—. Estoy en condiciones de hacer que gane usted algún dinero.

La encargada vaciló, pensó un momento, y dijo:

—¿Cómo?

—Busco a alguien, y si puede ayudarme a encontrarle, creo que mi cliente se mostrará muy agradecido… financieramente.

—¿De quién se trata? —preguntó la mujer.

—De la joven que vino a vivir con Josefina Dell.

—¿Se refiere entonces a Myrna Jackson?

—Sí.

—¿Para qué desea encontrarla?

Berta Cool abrió el bolso, sacó una tarjeta y se la entregó a la encargada.

—Es testigo en un accidente de automóvil —aclaró—. Yo dirijo una agencia de investigaciones.

—¿Cuánto me dará?

—Diez dólares.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como encuentre a esa persona.

—Eso es un plazo demasiado largo para una suma tan pequeña.

—No tiene que hacer usted mucho que digamos. Dígame solamente lo que sabe de ella.

—Muy bien. Pase.

La encargada condujo a Berta hasta un apartamento de la planta

baja, le indicó una silla, abrió un cajón que contenía una cantidad de tarjetas y extrajo una de ellas que contenía varios nombres y cifras.

—Se trasladó a esta casa hace exactamente un mes —dijo—. La criada me informó que había otro nombre junto al de Josefina Dell en el indicador. Pregunté a la señorita Dell acerca de eso a la noche siguiente y me dijo que una amiga del jefe para el cual trabajaba se había mudado a su apartamento. Le dije que el alquiler había sido fijado sobre la base de un solo inquilino, y entonces se puso furiosa, y me preguntó qué importaba que vivieran una persona o dos. Dijo que pagaba su alquiler y que eso era todo lo que tenía que hacer; que si vivían dos personas en un mismo apartamento, eso era un inconveniente para ellas, pero que no causaba perjuicio alguno. En realidad —añadió la encargada—, me parece que tenía razón, pero yo no hice el reglamento de este edificio. Mi misión consiste sólo en hacer cumplir lo que el mismo establece. La casa es propiedad de un banco, y los administradores me dicen lo que debo hacer. Nada hay en el contrato de alquiler que se refiera a eso. Lo único que se hace en tales casos es aumentar el alquiler en cinco dólares, dando un aviso previo por escrito, con treinta días de anticipación. Tenemos formularios impresos, y todo lo que hay que hacer es llenarlos con el número del apartamento, el importe del alquiler, la fecha, y firmarlos. Preparé uno de esos formularios y se lo entregué a Josefina Dell, notificándole que su alquiler sería aumentado en cinco dólares. Se enojó mucho, pero no me volvió a hablar del asunto.

—¿Dijo que se mudaría?

—Entonces, no.

—¿Cuánto tiempo ha estado aquí la señorita Dell?

—Ayer se cumplieron cinco meses.

—¿Usted ha visto a Myrna Jackson?

—Sí, dos veces. Una, poco después de la conversación, cuando vino a hablar conmigo para tratar de disuadirme de que subiera el alquiler. Le aseguré que se trataba de una de las condiciones de la casa, y que nada podía hacer en cuanto a su no cumplimiento, ya que yo no era la propietaria.

—¿Cuándo la vio por segunda vez?

—Anoche. Vino y me dio la llave. Me dijo que Josefina Dell

había sido empleada por un hombre que viajaba mucho, y que no podía quedarse aquí, de modo que iban a dejar el apartamento. Hay una estipulación en las cláusulas firmadas por la cual el arrendatario conviene en pagar una suma por concepto de limpieza del apartamento. El apartamento que ocupaban ambas debía abonar cinco dólares. Le pregunté a Myrna Jackson acerca de eso. Me contestó que no estaba dispuesta a pagar la mitad, que hacía sólo cuatro semanas que vivía aquí, y que no le correspondía pagar dos dólares y medio, cuando la persona que lo ocupaba tenía que pagarlos al mudarse de todas maneras. Parece que esas jóvenes habían tenido algunas palabras sobre esto. Creo que finalmente llegaron a un arreglo, por el que Josefina Dell pagaría cuatro dólares, y Myrna Jackson solamente uno. Supongo asimismo que el asunto las puso un poco nerviosas a las dos; pero finalmente, fue Myrna Jackson la que me entregó las llaves y el sobre con los cinco dólares. Le dije a la señorita Jackson que si deseaba quedarse ella sola, anularía el aumento del alquiler. La señorita Jackson parece una buena muchacha. Exactamente el tipo de las que me agradan para inquilinas.

—¿Aceptó quedarse?

La encargada echóse a reír.

—No, de ninguna manera. Dijo que nada tenía personalmente contra mí, pero que podía decir al banco, propietario del edificio, que no permanecería en un apartamento suyo aunque se tratara del último que quedara en todo el mundo. Parece que embaló sus cosas y se mudó esta tarde, y que luego volvió para aclarar todos los asuntos con la señorita Dell y arreglar lo de la limpieza. La señorita Jackson parecía encolerizada y nerviosa. Presumo que sostuvieron un altercado bastante violento.

—¿Y no le dejó su dirección? —inquirió Berta.

Los ojos de la encargada brillaron maliciosamente.

—¿Diez dólares para mí si se la doy?

—Sí.

—¿Ahora mismo?

—No. Cuando la encuentre.

—¿Y qué seguridad tengo de que me lo dirá cuando la haya encontrado?

—Claro es que ninguna.

—Bien… No tengo más remedio que confiar en usted. La dirección es Maplehurst, en Grand Avenue. La señorita Jackson es realmente una muchacha muy simpática y agradable. Me dijo varias veces que estimaba que el reglamento era poco razonable, pero que nada tenía contra mí. En cambio, Josefina Dell era distinta. Estaba enfadada conmigo personalmente. Salió toda enfurruñada, y ni siquiera me llamó para despedirse. Pero algún día esa Dell querrá alquilar otro apartamento, y cuando me hablen por teléfono para pedir informes de ella, diré qué clase de inquilina es.

—¿Tiene algún cargo especial contra ella?

—El asunto de pretender desconocer el reglamento ya es bastante; pero hay otras cosas que yo podría decir. No es que quiera meterme en lo que no me interesa, pero…

—Pero ¿qué? —inquirió Berta.

La encargada sopló con violencia.

—Trabajaba para un señor mucho más viejo que ella. Un anciano que caminaba arrastrando ligeramente los pies, y usaba bastón.

—Sí, creo que sí.

—No puedo decir que eso, en sí, sea una cosa mala, pero el viejo vino a verla dos o tres veces… y bueno, eso no será de mi incumbencia, pero después de todo lo que hice por ella, no tenía razón alguna para mostrarse irritada conmigo porque deseo que se cumpla el reglamento de la casa. Bien. No estábamos hablando de eso… Vaya a los apartamentos Maplehurst y encontrará a Myrna Jackson… pero no le haga saber que yo le di su dirección porque la señorita Jackson me dijo que había un joven que la perseguía a sol y a sombra, y que no deseaba se enterase de dónde vivía. Solamente deseaba que le enviara la correspondencia allí y que no diera la dirección a nadie.

—Haré que mi cliente le envíe un cheque tan pronto como la encuentre.

—Bien… Le aseguro que está allí, de modo que puede decirle a su cliente que me envíe el cheque ahora mismo.

—Mi cliente —manifestó Berta— es un poco desconfiado. Me paga por los resultados que obtengo, y no lo hace hasta que los consigo.

—Ya me lo figuro… También yo trabajo para un banco. De todas

maneras, la encontrará donde le digo, pero no me mencione a mí para nada.

—Le aseguro que no.

Berta Cool, con el brillo del cazador en los ojos, subió a un taxi e indicó al chófer que la llevara a los apartamentos Maplehurst, en Grand Avenue.

La mujer que estaba a cargo del edificio, una sargentona angulosa, con el cabello del color de la melaza, observó suspicazmente a Berta Cool.

—¿Myrna Jackson?

Afirmó que nunca había oído aquel nombre, que no vivía allí, y que nada sabía de ella. Si Berta Cool quería escribir una nota y dejarla, en el caso de que Myrna Jackson se presentase posteriormente para alquilar un apartamento, se la entregaría. Había varios apartamentos desalquilados en el edificio, pero en este momento, no residía allí ninguna Myrna Jackson.

Berta intuyó que aquella mujer estaba mintiendo, pero por el momento, nada podía hacer, excepto aparentar que había sido engañada por completo, y retirarse para planear una campaña adicional.

Aquella tarde, los periódicos aparecieron con grandes titulares:

MENDIGO CIEGO BUSCADO POR LA POLICÍA.

En una imprenta, Berta Cool consiguió que le prepararan papel y sobres con membretes. Utilizando una tinta que se secaba casi instantáneamente, le confeccionaron allí media docena de hojas de papel y otros tantos sobres en los que se leía:

BANCO
NOCTURNO
DE
SUPERSORTEOS,
S. A.
Edificio Drexel.
Los Ángeles, California.

Berta llevó el papel y los sobres a su oficina, arreglóse con el

ascensorista para que le llevara la correspondencia dirigida a esa supuesta entidad bancaria, y entró en su oficina, donde dictó la siguiente carta:

«Estimada señorita Jackson: Con el fin de mantener despierto el interés en las operaciones de este Banco Nocturno, varias salas teatrales y cinematográficas de esta ciudad han convenido en constituir un fondo con un pequeño porcentaje de sus ingresos habituales. Cada sesenta días realizamos un sorteo extraordinario entre los asistentes a esas salas de espectáculos. Por supuesto, es necesario adoptar precauciones extraordinarias para que los premios sean entregados a las personas a las que han correspondido en suerte. En consecuencia, si puede usted demostrarnos que es la persona que concurrió a una de las salas en cuestión en los últimos tres meses, mencionando exactamente el nombre de ella y la fecha en que lo hizo, daremos a usted una información sumamente agradable. Sin embargo, le hacemos presente que como este asunto es del todo gratuito, y apoyado por las salas de espectáculos, los premios no comprometen a nada, pero tampoco puede hacérsenos cargo alguno si por casualidad no es usted la persona agraciada.

»Saludamos a usted con nuestra consideración más distinguida por Banco Nocturno de Supersorteos».

—Fírmelo usted, Elsie —dijo Berta Cool—. He arreglado con el ascensorista que nos traiga la contestación, si llega, y sabrá a qué atenerse si alguien viene a investigar.

—¿Cómo emplea el correo para esta mixtificación? —observó Elsie Brand—. Esto podría costarle caro.

—¡Bah! Cuando esa muchacha venga, si viene, le daremos veinticinco dólares, y santas pascuas.

—¿Cree que vendrá?

—Me parece que sí. Leerá la carta y se imaginará que se ha ganado cinco o seis mil dólares. A menos que mis sospechas sean equivocadas, Myrna Jackson sabe algo que trata de mantener absolutamente en secreto. Con seguridad que no se le ocurrirá quejarse a las autoridades, y cuando yo haya hablado con ella, se mostrará muy inclinada a ser razonable y discreta.

Elsie Brand pasó la carta a máquina, cogió la estilográfica y firmó.

—Por orden de usted —puntualizó significativamente.

—Por orden mía —asintió Berta con cierto reparo.

capítulo veinticuatro

EL sargento Sellers sentóse cómodamente en la oficina de Berta Cool, y contempló con su tranquilo escepticismo de siempre a esta última, que se veía en apuros para combatirlo.

—Ese ciego, Rodney Kosling —dijo el sargento—, ¿no sabe dónde está?

—No, claro que no.

—¿Es cliente suyo?

—En efecto. Como le dije con anterioridad, me ocupé de un asuntito suyo.

—¿Satisfactoriamente?

—Confío que sí.

—¿Hubiese vuelto a usted en el caso de que necesitara alguna otra cosa relacionada con su profesión?

—Creo que sí.

—Es un problema peculiar cuando se trata con un ciego —añadió Sellers—. No se puede obtener exactamente lo que se desea.

—¿Qué quiere decir?

—Seré más explícito… Con un hombre corriente, cuando se anuncia en los títulos en todos los periódicos que la policía le busca y continúa ocultándose, ya se puede abrigar la presunción de que su conciencia es culpable. Con un ciego es distinto. No puede leer los periódicos. Usted sabe que hay *una* posibilidad de que Rodney Kosling no tenga el menor conocimiento de lo que ha ocurrido, y tal vez no sepa que la policía le busca.

—Es probable —manifestó Berta, con demasiada prisa, lo que comprendió tan pronto como las palabras salieron de sus labios.

El sargento Sellers continuó, sin que el comentario le apartara del tema:

—Yo diría que existe una probabilidad… de uno a veinte.

—¿Quiere decir que hay una probabilidad contra veinte de que él sepa que usted lo busca?

—No. Quise decir que hay más o menos una probabilidad contra veinte de que *no sepa* que lo buscamos.

—No comprendo.

—Bien. Examinemos este punto. Hemos eliminado a casi todos los vendedores callejeros y mendigos. En un tiempo solían verse muchos por las calles… individuos que iban de un lado al otro con jarros de hojalata e instrumentos musicales. Resultó que eran una banda perfectamente organizada. Los expulsamos a todos, con excepción de una media docena que habían prestado algunos servicios a la policía en otros tiempos, o contaban con algún apoyo político. A estos últimos se les asignaron lugares determinados para que desarrollaran sus actividades. Cuando morían, no se permitía que otros ocuparan esos sitios. Hemos logrado limpiar la ciudad. Por lo menos, tratamos de hacerlo.

—¿Y qué? —inquirió Berta.

—¿Cómo cree usted que esos ciegos se trasladan a los sitios donde trabajan?

—No sé… Nunca me detuve a pensar en eso.

—Cuentan con una especie de club o asociación… Una cooperativa —manifestó el sargento—. Poseen un automóvil y tienen un chófer a sueldo. Éste pasa a buscarlos por la mañana, de acuerdo con una rutina regular, los deja en los lugares establecidos, y pasa a recogerlos a una hora determinada. Luego van a la casa del chófer, cuya esposa los espera con una sustanciosa cena. Comen y charlan, y por último, el chófer deja a cada cual en su domicilio.

—Ya comprendo —dijo Berta después de reflexionar un rato—. Si me hubiera detenido a pensar, habría comprendido que debían hacer algo parecido… que tenían algún arreglo especial. Los ciegos no pueden conducir automóviles, y se verían en dificultades para ir en tranvía o en ómnibus, de sus domicilios al lugar de su trabajo o viceversa. Alquilar un automóvil con chófer, y tener una sirvienta, sería demasiado caro… ¿Quién les arregla las casas donde viven, sin embargo?

—La esposa del chófer. Va a cada una de ellas por turno, y las limpia y pone en orden una vez por semana. El resto del tiempo, esos individuos se las arreglan por sí solos. Y se sorprendería si

supiera lo bien que lo hacen, pese a carecer de vista.

—¿Quién es el chófer? —preguntó Berta.

—Un tal Thinwell, John A. Thinwell. Tanto él como su esposa tienen buenos antecedentes y referencias. Parecen estar muy satisfechos con el arreglo, y cuentan cosas muy interesantes.

—¿Qué, por ejemplo?

—Los ciegos no trabajan los domingos. Ese día, se reúnen a eso de las tres de la tarde en casa de Thinwell, oyen música por la radio, charlan y pasan el rato. A las siete cenan allí, y luego Thinwell los lleva a sus casas. El domingo pasado a mediodía —añadió Sellers—, Kosling llamó por teléfono al chófer. Parecía excitado o perturbado y hablaba con rapidez. Le dijo que no estaría en su casa en todo el día y que no asistiría a la reunión de su club. Thinwell tenía que pasar frente a la casa de Kosling de todos modos, para ir a buscar a otro de los socios, y entró para preguntarle si necesitaba alguna cosa. Encontró la casa desierta, pero Kosling había dejado la puerta entreabierta para que su murciélago pudiese entrar y salir. Eso pasó a las dos y cincuenta aproximadamente.

—¿Entró Thinwell en la casa?

—Dice que no hizo más que llamar desde la puerta y mirar al interior. Hay algo extraño. El murciélago de Kosling volaba en el interior de la habitación, lo que es una anomalía. A menos que estén asustados o molestados deliberadamente, los murciélagos vuelan únicamente de noche. Ahora bien… ¿*por qué* volaba ese murciélago a las tres de la tarde, en pleno día?

—Algo debe haberle alarmado —dijo Berta.

—Exactamente —asintió Sellers—. ¿Y qué puede haberle alarmado?

—No lo sé.

—Pues la persona que colocó la trampa de la escopeta. Esto da pie para otra conjetura interesante.

—¿Cuál?

—Creo que la trampa fue preparada desde luego por un ciego.

—¿Qué le hace suponer eso?

—La forma en que fue preparada. En primer término, no se hizo el menor intento para ocultarla. Era tan visible como un elefante, y estaba colocada de manera tal que cualquier persona que entrase en la habitación tenía forzosamente que verla. En segundo lugar, al

apuntar la escopeta, el hombre que preparó la trampa no lo hizo en la forma en que lo hubiera hecho una persona vidente. Ató un hilo al cañón de la escopeta, tiró de él, y de esa manera supo adónde iría la bala. Es un expediente muy raro para apuntar un arma. Por lo regular, cuando un hombre es asesinado, investigamos sus vinculaciones, las personas cuyo trato frecuenta. De diez veces, nueve, cuando el motivo del asesinato no es el robo, el asesino es alguien que ha estado en estrecha relación con la víctima. Cada nueve entre diez de los conocidos de Kosling son ciegos.

Ahora bien, esos conocidos se reunían en casa de Thinwell los domingos por la tarde, luego cenaban, y cada uno se iba a su domicilio a eso de las nueve de la noche. Por consiguiente, si uno de esos ciegos lo hizo, tenía que haber preparado la trampa antes de la reunión, lo que explica que el murciélago volara por la habitación.

—¿Las ventanas estaban cerradas? —preguntó Berta.

—Sí. Eso parece ser una obsesión peculiar de los ciegos. Tienen generalmente la tendencia a mantener las ventanas cerradas.

—¿Por qué?

—Que me aspen si lo sé. Thinwell declara que lo había notado en diversas ocasiones en la casa de Kosling, especialmente.

—¿Dijo usted que Kosling telefoneó a Thinwell?

—Sí.

—¿Desde un teléfono público? —inquirió Berta.

—Sí.

—¿Cómo hizo para marcar el número?

—Eso es fácil. Los ciegos tienen los dedos muy sensibles, y pueden manejar un disco de teléfono automático casi con la misma velocidad que una persona vidente si saben el número. Si no lo saben, todo lo que tienen que hacer es marcar «Operador», explicarles el caso y pedirle el número que desean.

Los ojos del sargento Sellers se fijaron en los de Berta, fríos y acerados.

—Hay dos teorías para investigar —manifestó—. Una de ellas es que Jerry Bollman quería visitar al ciego, o sacar algo de la casa. Fue allí, encontró la puerta abierta a causa del murciélago, y entró para explorar el terreno.

—¿Cuál es la otra teoría? —inquirió Berta despreocupadamente.

—Que Kosling salió con Bollman, y éste le llevó a comer. Cuando regresaron, le llevó del brazo hasta la puerta, probablemente iluminándose con una linterna. Bollman abrió la puerta, entró y, ¡zas!

Berta se sobresaltó un poco.

—No hice más que repetir la escena para usted —dijo el sargento Sellers, sonriendo.

—Parece muy razonable si se tienen en consideración las circunstancias —dijo Berta.

—Esta última teoría me parece la más exacta —manifestó el sargento—, siempre que ese Bollman deseara obtener algo del ciego… alguna información o algo parecido. ¿Tiene usted algún indicio sobre esto?

Berta titubeó un instante.

—Algo que pudiera relacionarse de alguna manera con el asunto para el que Kosling empleó a usted —insinuó el sargento Sellers, y como Berta se negara a morder el cebo, añadió—: Algo que tal vez tuviese que ver con una mujer.

—¿Qué clase de mujer? —preguntó rápidamente Berta.

—No sé qué contestarle —admitió Sellers—. Podría ser una mujer que se interesara por él desde el punto de vista de cariño o afecto… o tratarse pura y simplemente de una vividora.

—Hable claro —dijo Berta—. Los rodeos están de más.

Sellers sonrió.

—¿Y bien? —dijo Berta—. ¿Luego, qué?

—Luego —replicó Sellers— volvemos a la teoría del trato en cuestión. Kosling puede haber tenido alguna información que Bollman deseara conseguir.

Elsie Brand asomó la cabeza y preguntó:

—¿Puede atender al teléfono, señora Cool?

Berta la miró, vio una expresión significativa en los ojos de la joven, y dijo a Sellers:

—Perdóneme un minuto.

Levantó el auricular. Una voz, en la central, anunció:

—Llama San Bernardino y pide que usted pague la comunicación.

—¡Vaya desfachatez! —exclamó Berta—. La respuesta a eso es muy simple, muy corta y muy suave: no acepto llamadas que yo

deba pagar.

Iba a cortar la comunicación, cuando Elsie Brand, que también estaba en la línea, observó:

—Tengo entendido que se trata del señor Kosling, señora Cool.

Berta tenía el auricular a unos centímetros de la oreja. Se preguntó por un momento si el sargento Sellers habría oído. Éste no dio señales de que fuera así.

—Bien, en ese caso —dijo Berta— acepto la comunicación.

Oyó un click, y casi inmediatamente la voz peculiar, inconfundible, del ciego:

—¡Hola…! ¿Hablo con la señora Cool?

—Sí.

—No permita que nadie sepa dónde estoy. No mencione nombres. ¿Me comprende?

—Sí.

—Creo que la policía me busca.

—Efectivamente.

—¿Se trata de un asunto serio?

—Creo que sí.

—¿No podría venir a hablar conmigo sin que nadie lo supiera?

—Es un poco difícil.

—Le aseguro que se trata de algo muy importante.

—Deme la dirección.

—Hotel Sequoia, en San Bernardino.

—¿Qué nombre?

—No lo sé. Ya sabe que no puedo leer. No pude ver el registro. Tal vez esté anotado con mi propio nombre.

—Eso es malo —dijo Berta.

—Pero puedo darle el número de la habitación.

—¿Cuál es?

—Cuatrocientos veinte.

—Eso es todo lo que necesito. Espéreme allí.

—Desearía que viniese usted lo antes posible.

—Muy bien. Espéreme.

Berta cortó la comunicación.

—Es usted una mujer muy ocupada —observó el sargento Sellers.

—Ocupada, no lo creo —exclamó Berta en tono disgustado—.

Cuando una persona no tiene dinero para pagar una comunicación telefónica, poco provecho puede obtenerse.

—Tiene razón —asintió Sellers, sonriendo—. Bien, volviendo a lo que decíamos, señora Cool, tenemos motivos para suponer que Jerry Bollman puede haber estado ayer con Rodney Kosling. ¿Puede usted ayudarnos en algo para aclarar este punto?

—Absolutamente en nada. Tengo las manos atadas.

—¿Quiere decir que no posee usted la información, o que por ética profesional no puede traicionar la confianza depositada en usted por un cliente?

Berta vaciló un momento, y luego manifestó:

—Creo haber respondido a sus preguntas con toda veracidad, de acuerdo con las informaciones de que disponía en el momento, y estimo que ello cubre ampliamente el asunto.

El sargento movió la cabeza, pero no dio muestras de querer retirarse. Quedóse sentado, contemplándola.

—¿Bollman conducía un automóvil? —preguntó Berta de pronto.

—Sí. Lo dejó a dos manzanas de distancia. No lo encontramos hasta esta mañana. Está registrado a su nombre.

—Supongamos que Bollman llevó a Kosling a su casa; supongamos que su teoría es acertada, y que como Bollman acompañaba a un ciego, le cogió del brazo para llevarle por el sendero, abrió la puerta, entró, y tropezó con el cordel que disparaba la escopeta… ¿Qué ocurrió entonces a Kosling? ¿Cómo pudo trasladarse a cualquier parte?

—Algunos de mis colegas opinan que tal vez usted le llevó a algún sitio, señora Cool.

—¿Que *yo* le llevé? —gritó Berta con asombro e incredulidad—. Pues dígales que están chiflados. Dígales que yo lo digo.

—¿De modo que lo niega?

—¡Con toda mi alma!

—¿Usted no le llevó?

—No.

—¿El viaje que hizo en taxi al *bungalow* de Kosling no era el segundo?

—Seguramente que no.

—Kosling es cliente suyo. Puede haberla llamado si estaba en un

aprieto. Usted no trata de encubrirle, ¿verdad?

—¿Quiere chancearse?

—¿Le parece?

—No… Pero no puedo darme cuenta de si habla en serio o en broma.

—Bien… Cuando usted fue a la casa de Kosling, ¿no iba, por casualidad, para encontrarse allí con él y con Bollman y hablar con ellos? ¿No encontró a Kosling temblando de miedo? ¿No le dijo que Bollman había sido asesinado, y usted no le indicó que fuera a esperarle en algún lugar determinado?

—¡Cielos, no!

Sellers puso las palmas de sus manazas en los brazos del sillón, apoyándose con fuerza en ellas para ponerse de pie, miró a Berta Cool y dijo:

—No me parecía muy correcto que tratara de ocultar algo. No sé aún qué es lo que está en juego en este asunto, pero ya lo averiguaré. Cuando lo haya logrado, sabré mucho más de lo que sé ahora. Usted comprenderá lo molesto y fastidiado que me sentiría si resultara que usted se ha interpuesto entre mí y la solución de este caso de asesinato.

—Naturalmente —admitió Berta.

—Me parece que he sido bastante explícito —añadió el sargento.

—Es cierto —dijo Berta, acompañándole hasta la puerta.

Berta esperó hasta oír el ruido de la puerta del ascensor al cerrarse; luego, fue rápidamente hacia el escritorio de Elsie Brand, y le dijo:

—Llame por teléfono pronto al garaje donde guardo mi automóvil. ¡Pronto!

Los dedos finos de la muchacha revolotearon sobre el disco del teléfono automático.

—Ya está, señora Cool.

Berta cogió el teléfono.

—Habla la señora Cool —dijo—. Me encuentro en una situación de urgencia. ¿No disponen ustedes de un muchacho que pueda traerme el automóvil?

—Cómo no, señora Cool. Estamos a sólo una manzana de su oficina, usted bien lo sabe.

—Lo sé —manifestó Berta impaciente—. Pero no quiero que

venga aquí. Voy a ir a pie hacia abajo por la calle Siete, y tomaré un tranvía que vaya hacia el Oeste. Saldré inmediatamente de la oficina. Deseo que el muchacho de ustedes salga en mi automóvil y vaya despacio por la calle Siete Oeste. Bajaré del tranvía en algún punto entre Grand Avenue y la calle Figueroa. Esperaré en un refugio. Tan pronto como aparezca el automóvil, subiré a él. El muchacho me llevará dos o tres manzanas hasta que salgamos de la zona de tránsito más denso, y entonces yo me haré cargo del volante y él podrá volver en tranvía. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señora Cool.

—Ésta es la clase de servicio que deseo —manifestó Berta—. Bien, salgo inmediatamente.

—El automóvil saldrá de aquí dentro de tres minutos.

—Que sean cinco —dijo Berta.

Berta cortó la comunicación, cogió el sombrero, se lo puso en la cabeza de cualquier manera, y dijo a Elsie:

—Cierre la oficina a las diecisiete. Si alguien pregunta dónde estoy, dígale que no lo sabe. Voy a ver a un testigo —añadió la señora Cool.

Sin esperar siquiera la señal de asentimiento de Elsie Brand, salió de prisa, bajó en el ascensor, y una vez en la calle, bañada de sol, caminó rápida y decididamente por la calle Siete, subió a un tranvía en Grand Avenue, luego bajó de él y permaneció en el refugio del centro de la calzada, aguardando y observando el tránsito.

Al parecer, nadie la miró sino con indiferencia, y no vio automóviles de los que descendieran pasajeros de apariencia sospechosa, o se detuvieran junto al borde de la acera.

Hacía menos de dos minutos que esperaba, cuando vio que se acercaba su automóvil, en medio del tránsito, conducido por un empleado del garaje.

Hizo una seña al conductor, y cuando éste detuvo la marcha, abrió la portezuela con rapidez, entró en la parte posterior del vehículo y dijo:

—¡Ahora, rápido!

El salto del automóvil al arrancar súbitamente la hizo golpear con la espalda en el respaldo tapizado.

—Doble a la derecha en la calle Figueroa —indicó Berta—.

Luego, vaya hacia la izquierda en Wilshire, y siga cuatro o cinco manzanas; vuelva a doblar a la izquierda, y deténgase en la mitad de la manzana.

Mientras el empleado del garaje cumplía sus instrucciones, Berta abrió el bolso y empezó a empolvarse la nariz. Mantenía el espejito en forma tal que podía ver por la ventanilla posterior del automóvil todos los vehículos que marchaban detrás.

Cuando el muchacho dobló a la izquierda en Wilshire, Berta bajó del automóvil, y le dijo:

—Muy bien. Ahora conduciré yo. Vaya a la calle Siete y tome un tranvía para regresar. Aquí tiene para el viaje.

Le entregó una moneda de diez centavos, pero al ver la expresión en el rostro del muchacho, añadió impulsivamente otros veinticinco centavos a la moneda.

—Muchas gracias, señora Cool.

La respuesta de Berta fue un gruñido inarticulado. Acomodóse detrás del volante, se levantó las faldas para que las rodillas quedaran más libres, ajustó el espejo retrovisor, y esperó por espacio de cinco minutos. Luego, describió una vuelta en forma de U en el centro de la calle, y regresó a Wilshire. Dobló a la derecha hasta Figueroa, luego a la izquierda, describió un «ocho» alrededor de dos manzanas, y finalmente, emprendió la marcha hacia la estación Unión. Detuvo el automóvil, entró en la estación, miró a su alrededor, volvió a salir, subió de nuevo al automóvil y bajó por la calle Macy.

Cuando inició el viaje a San Bernardino, Berta Cool estaba casi positivamente convencida de que nadie la seguía.

Llegó a Pomona poco antes de que los comercios cerraran, y se detuvo el tiempo necesario para adquirir una maleta barata, pero sólida, un vestido como para una mujer alta y delgada, un sombrero de ala ancha, y un abrigo ligero, color castaño, bastante amplio. Metió las compras en la maleta, las pagó y volvió con la maleta al automóvil.

En San Bernardino, aseguróse una vez más de que nadie la seguía antes de detener el automóvil frente al hotel. Hizo sonar la bocina para llamar a un «botones», le entregó la maleta, firmó en el registro como B. Cool, de Los Ángeles, pidió una habitación interior de poco precio, rechazó la 214 por no ser exactamente lo que

deseaba, y finalmente aceptó la 381. Explicó al encargado que tal vez tuviera que salir, en cuyo caso hablaría por teléfono para que le guardasen la maleta hasta que tuviera oportunidad de pasar a retirarla, y manifestó que preferiría pagar por adelantado. Después de pagar un día y guardar el recibo firmado por el encargado, siguió al «botones» a su habitación.

El «botones» hizo un gran despliegue de actividad, abriendo las ventanas, encendiendo las luces, levantando las persianas y asegurándose de que había toallas en el cuarto de baño.

Berta quedóse junto a la cama, observándole, y cuando hubo terminado, le puso una moneda de diez centavos en la mano. Tras un instante de vacilación, agregó otra.

—¿No necesita alguna otra cosa, señora? —preguntó el muchacho.

—Nada más —respondió Berta—. Voy a tomar un baño y a dormir un rato; avise abajo que no me molesten por teléfono.

Luego colgó un cartelito «
SE
RUEGA NO
MOLESTAR»
en el tirador de la puerta, del lado exterior, apagó las luces, cerró la puerta con llave y, llevando la maleta, fue hacia la escalera. Subió al cuarto piso y buscó la habitación 420. En el tirador de la puerta había también un cartelito «
SE
RUEGA NO
MOLESTAR».

Llamó suavemente con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Kosling.

—La señora Cool.

Oyó el ruido del bastón del ciego, luego el sonido del cerrojillo que se descorría, y Kosling, más viejo en apariencia, agobiado, abrió la puerta.

—Adelante…

Berta entró en la habitación donde había un pronunciado olor a encierro. Kosling cerró la puerta y corrió nuevamente el cerrojillo.

—¡Qué atmósfera hay aquí dentro! —exclamó Berta—. Tiene las ventanas cerradas, las cortinas corridas, y…

—Lo sé, pero temía que alguien pudiera verme.

Berta Cool fue hacia una de las ventanas, descorrió la cortina, la abrió, y dijo:

—Nadie hubiera podido verle. Esta habitación es exterior.

—Lo siento —dijo Kosling con voz paciente—. Ésa es una de las desventajas de ser ciego. Uno no puede saber si tiene una habitación interior, y si hay otra a la misma altura del otro lado del patio.

—Sí, lo comprendo —dijo Berta—. ¿Cómo se enteró usted de lo que ha ocurrido?

—Por la radio —repuso el ciego, indicando con un vago ademán hacia una parte de la habitación—. Escuché un poco… Es casi un lujo para mí. Al parecer, en este hotel tienen algún sistema de fiscalización para cobrar por la cantidad de tiempo que se hace funcionar el aparato.

—Sí —dijo Berta—. Quince centavos por hora.

—Estaba escuchando música y boletines informativos. Me enteré por uno de estos últimos…

—¿Y qué hizo entonces?

—La llamé por teléfono.

—¿Y estuvo aquí todo ese tiempo… antes de llamarme?

—Sí.

—¿Por qué?

—Bollman me dijo que lo hiciera.

—Muy bien. Dígame todo lo que ha sucedido.

—Nada hay que yo pueda decirle. Usted es la que tiene que aclararme las cosas.

—Dígame primero todo lo que sabe usted.

—Bueno. Yo tengo un chófer. No yo solo, sino con varios otros que…

—Sí, ya estoy enterada de eso —dijo Berta—. Empiece desde el momento en que se encontró con Bollman.

—La primera vez que hablé con él, no sabía quién era. Echó cinco dólares de plata en mi jarro, uno después de otro, y…

—También sé eso. Adelante.

—Naturalmente, le recordé. Recordaba el sonido de sus pasos, y un olor peculiar en su persona, motivado por una clase especial de tabaco. Un aroma penetrante…

—Muy bien; usted le recordaba. ¿Cuándo habló de nuevo con

usted?

—Ayer.

—¿A qué hora?

—Al mediodía.

—¿Qué ocurrió?

—Fue a mi casa a eso de las doce, y dijo: «Usted no sabe quién soy, pero desearía hacerle unas preguntas. Si las contesta en la forma que creo, eso puede representarle una buena ganancia». Pensaba que yo no le conocía, que yo no sabía que era el mismo hombre que había echado cinco dólares de plata en mi jarro. Yo nunca me adelanto. Cuando una persona no quiere que yo sepa quién es, aparento no saberlo. De modo que me limité a sonreír y le contesté: «Muy bien. ¿De qué se trata?». Entonces me preguntó acerca de usted, si la había contratado, y qué había averiguado para mí. Como es lógico, yo no deseaba decirle gran cosa. Me mostré un poco vago en mis respuestas. Como era un extraño para mí, excepto por la ocasión en que me había dado dinero, no me sentía inclinado a hablarle de mis asuntos particulares. Le dije que se pusiera en relación con usted, y que usted se lo contaría todo.

—¿Y luego?

—Luego dijo que la joven que me había enviado un regalo deseaba verme, que no le era posible salir para hacerlo, pero que si yo quería ir a su casa, lo apreciaría mucho. Añadió que podríamos salir a comer juntos, y que después de que hubiese hablado con ella, me llevaría en automóvil a mi casa.

—Adelante.

—Tal vez usted no se dé una idea de lo aburridas y rutinarias que son nuestras existencias. Es una clase especial de soledad. Estamos en una gran ciudad. Las personas pasan a nuestro lado. Llegamos a conocerlas, a distinguir sus pasos, a saber quiénes son casi como si pudiéramos verlas; pero nunca nos hablan. Cuando lo hacen es en un tono compasivo… Casi preferiríamos que no nos dijeran nada.

Berta asintió con la cabeza; luego, comprendiendo que él no podía verla, dijo:

—Comprendo. Es decir, puedo comprender lo bastante para hacerme cargo de su situación. Adelante. Cuénteme las cosas lo más rápido que pueda.

—Bien… Naturalmente, aproveché la oportunidad de quebrantar mi rutina y disfrutar de la compañía de seres normales.

Berta Cool dijo de pronto:

—Cuando vino a mi oficina, llevaba usted mucho dinero. ¿Rinde tanto la mendicidad?

El ciego sonrió.

—Como están las cosas ahora —dijo— apenas se saca para vivir. No tengo necesidad de llevar libros de contabilidad, se lo aseguro. Mi entrada principal nada tiene que ver con eso.

—Entonces, ¿por qué se toma la molestia de ir todos los días a su sitio frente al banco, para sentarse en la acera y…?

—Simplemente por el gusto de hacer algo y sentirme acompañado, de tener la sensación de que soy algo en el mundo que me rodea… Empecé cuando no me quedaba más remedio que hacerlo. No tenía una educación especial, y no podía hacerme con amigos entre las personas que yo deseaba.

—¿De dónde proceden sus ingresos?

—Es una historia un poco larga.

—Acórtela y cuéntemela.

—Había un hombre que se mostraba muy generoso conmigo. Decía que yo le daba suerte. En una ocasión me regaló unas cuantas acciones de una Compañía fundada para realizar cateos petrolíferos en una región de Texas. Dejó el certificado en mi jarro. Como yo no podía leerlo, creí lo que me decía y lo guardé. Para serle sincero, me olvidé por completo del asunto. Tiempo después, un día fue a verme un hombre; me dijo que me había estado buscando, y que yo no había contestado sus cartas. Me informó que se había encontrado petróleo en grandes cantidades en los terrenos de la Compañía, y me hizo un ofrecimiento por las acciones. No las vendí. Preferí conservarlas. Desde entonces, esas acciones han pagado dividendos elevados. Como soy ciego, no puedo tener una cuenta bancaria ni hacer cheques. Resolví guardar el dinero conmigo. Me agrada sentirlo junto a mí. Cuando una persona no es físicamente normal, disponer de una gran cantidad de dinero, siempre a mano, confiere una sensación de mayor seguridad y confianza. Un buen fajo de billetes eleva la moral.

—Lo comprendo muy bien… Volvamos a Bollman.

—Bueno… Fuimos a comer juntos. Hablamos un poco. Me dijo

que la joven estaba fuera de la ciudad por el momento, pero que me llevaría a verla. Era necesario efectuar un viaje de una y media a dos horas en automóvil. Yo no lo pensé mucho. Tenía confianza en él, y subí a su automóvil.

—¿De qué hablaron?

—¡Oh!, de muchas cosas: filosofía, política, de todo…

—¿Y del accidente de automóvil?

—Sí… Lo mencionamos…

—¿Del trabajo que yo hice para usted?

—De manera general. Ya entonces, el hombre se había conquistado mi confianza.

—¿De los regalos que recibió usted de Josefina Dell?

—Sí… Los mencioné.

—¿Y luego?

—Llegamos aquí. Yo no sabía siquiera en qué ciudad estábamos. Me dijo que tenía que hablar por teléfono, y que le esperase en el auto. Así lo hice. Al volver, parecía bastante contrariado. Me informó que sólo podríamos encontrarnos con la joven en las últimas horas de la noche o a la mañana siguiente. Había sucedido algo inesperado. Afirmó que la joven lo lamentaba mucho, y que le había encargado que me lo dijera. Comimos algo. Después Bollman me trajo a esta habitación, dijo que tenía algo que hacer, que me vería por la mañana. Tengo un reloj que me permite saber la hora. Saco el vidrio y, por el tacto, sé dónde están las manecillas. Es la única forma en que puedo saber cuándo es de día… y la hora que es. Cuando dejo de saber la hora, me confundo… No puedo darme cuenta de si son las once de la mañana o las veintitrés… Dormí hasta eso de las nueve, me levanté, me vestí, y esperé. Me costó bastante bañarme y vestirme. Era una habitación desconocida para mí, y tuve que buscarlo todo a tientas. Una cosa me molestaba. No podía saber si las luces estaban encendidas o apagadas. No recordaba si Bollman las había apagado antes de marcharse. Me disgustaba sobremanera ser un espectáculo para los demás, y como pensé que podía haber otras habitaciones al otro lado del patio, cerré las ventanas y corrí las cortinas. Después de algún tiempo, pregunté por teléfono si habían llamado a la habitación del señor Bollman. Me contestaron que no había ninguna persona de ese nombre en el hotel. Eso me intrigó y preocupó bastante. No como

mucho, por regla general, y el día anterior había comido bastante con Bollman, y luego tomamos unos bocados antes de venir aquí, de modo que no sentía apetito. Encontré la radio; escuché música un momento, descabecé un sueñecito, me desperté, y finalmente empecé a sentirme nervioso e intranquilo. Escuchaba de nuevo la radio, cuando en un boletín informativo oí mencionar a Bollman como víctima de un crimen ocurrido en circunstancias misteriosas. Bueno… le confieso que por un momento perdí la cabeza… No sabía qué hacer.

—¿Entonces me telefoneó?

—No; hasta después de un par de horas. No sabía qué hacer… Estaba atontado y desorientado.

—¿No ha salido de la habitación?

—No, y lo que es más, ni siquiera me atreví a pedir que me trajeran algo para comer. Colgué el cartelito «

SE

RUEGA NO

MOLESTAR»

en el tirador de la puerta, y me senté a esperar. Si, como dice la radio, la policía me busca, bien…

—¿Qué temores abriga? ¿Por qué no quiere que la policía lo encuentre?

—No me importará —declaró Kosling— *después* de que haya averiguado exactamente lo que sucedió; por lo que oí por la radio, parece que la trampa había sido preparada para mí. Bollman no hizo más que precederme, y perdió la vida. Eso es lo que deseo aclarar. Saber quién quiere matarme.

—Vamos a eso —dijo Berta—. Es un ciego.

—¿Cómo lo sabe?

—Por la forma en que fue preparada la trampa. El sargento Sellers me ha informado de todo lo que sabe la policía sobre el asunto. Es casi seguro que fue un ciego el que lo hizo.

—No puedo creerlo. Es imposible… No puedo creer que uno de mis compañeros hiciera una cosa semejante.

—¿Y algún otro?

—No sé… Mis compañeros conocen mi casa… No todos son ciegos. Uno de ellos es un mutilado… Le faltan las piernas y los brazos. Los ciegos somos siete.

—Eso deja a otros seis, aparte de usted. ¿Dijo que conocen su

casa?

—Sí. Todos los miembros del club, como le llamamos, han estado allí y conocen a «Freddie».

—¿Quién es «Freddie»?

—Mi murciélago manso.

—Le vi. ¿Hace mucho tiempo que lo tiene?

—Sí, bastante… Dejo la puerta entreabierta por él.

—Bien. Sellers opina que la trampa fue preparada para usted por otro ciego. Eso haría que los otros seis fuesen sospechosos. ¿No es así?

—Así parece…

—¿Por qué fue Bollman a su casa?

—No lo sé… No puedo explicármelo. Debió haber salido para allí tan pronto como me dejó en este hotel…

—Exactamente —dijo Berta—. Eso significa que había planeado hacerlo con antelación.

—¿Cuánto tiempo antes?

—No puedo decírselo. Tal vez mientras venían para aquí… en algún momento después de salir de Los Ángeles.

—¿Por qué?

—Hay sólo un motivo aparente. Usted le habrá dicho algo que le convenció de que era importante que fuese a su casa. Sólo se me ocurren dos cosas.

—¿Cuáles?

—Las flores y la caja de música.

—¡Oh! Espero que no le haya ocurrido nada a mi caja de música.

—Me parece que no tiene por qué temer. ¿Le habló a Bollman de su murciélago domesticado?

—No recuerdo.

—¿Ese murciélago está siempre dentro de la casa?

—Sí. Es muy cariñoso. Cuando llego, siempre revolotea junto a mi cara, y se me posa en los hombros un rato. Me agradan los animales. Los quiero mucho. Pero no puedo tener un gato o un perro.

—¿Por qué no?

—Porque no pueden mantenerse por sí solos, y yo no puedo cuidarlos. Cuando estuviese fuera, tendría que dejarlos encerrados

en la casa, y además, está el problema de darles de comer, de sacar a pasear a un perro, o dejar entrar o salir a un gato… No, prefiero un animalito que cuide de sí mismo. En la parte posterior de la casa hay un cobertizo abandonado, y el murciélago vivía allí. Después de muchos intentos, logré domesticarlo, y ahora se queda en la casa. Dejo la puerta entreabierta, para que pueda entrar y salir y vive su propia vida, cuidando de sí mismo.

Berta cambió de tema.

—¿Usted le dijo a Bollman que yo había encontrado a Josefina Dell por encargo suyo?

—Sí.

—¿Le dijo que sabía su dirección?

—Creo que sí.

—¿Y está seguro de que le informó del regalo del ramo de flores y de la caja de música?

—Sí.

—¿Pareció excitado por eso?

—No lo sé. No podría decirlo. Su voz no lo demostró. No podía ver sus expresiones, como usted sabe.

—Pero *algo* le excitó. Tiene que haberle excitado. Volvió a su casa para buscar algo o para hacer algo y fue víctima de la trampa preparada para usted.

—Eso es lo que no puedo entender.

Berta le miró fijamente y dijo:

—Es una situación de lo más exasperante y endiablada.

—¿Cuál?

—Todo este asunto. Usted posee alguna información que yo necesito.

—¿De qué se trata?

—No lo sé, y lo peor del caso es que usted tampoco lo sabe. Es algo que a usted no le ha parecido importante, algo que usted debe haber mencionado cuando venía hacia aquí con Bollman.

—Pero ¿qué podría ser?

—Algo relacionado con el accidente de automóvil —dijo Berta.

—Me parece que ya le he dicho a usted todo lo que sé.

—Ahí está lo malo. Usted piensa que me ha dicho todo lo que le dijo a Bollman. No es así. Hay algo que es inmensamente significativo, algo que representa una gran cantidad de dinero para

algunas personas.

—Bueno… ¿Qué vamos a hacer? ¿Presentamos a la policía y contar toda la historia?

—¿Y que la policía informe de todo a los periódicos? ¡De ninguna manera! —exclamó Berta.

—¿Por qué no?

—Porque estoy en la pista de algo que va a darme el cincuenta por ciento de cinco mil dólares por lo menos, y si usted cree que estoy dispuesta a arrojar dos mil quinientos dólares por la ventana, ha perdido el juicio.

—Pero yo no veo que eso pueda tener alguna relación conmigo.

—Sé que con usted no tiene relación alguna. Ésa es la parte peor. Vea, usted me va a hacer el favor de sentarse cómodamente, y charlaremos. No haremos más que hablar. Trate de repetir las cosas que discutió con Bollman, pero sea como sea, *no deje de hablar*.

—Pero tengo que comer. No puedo salir de aquí, y no es posible que…

—Sí, puede —aseguró Berta—. Venga a mi habitación. Tengo algunas ropas de mujer que le quedarán bien. Usted va a salir conmigo como si fuese mi madre. Diremos que ha sufrido un ligero ataque, y eso explicará que camine muy lentamente, apoyado en mi brazo. No va a usar el bastón.

—¿Le parece que puedo hacerlo?

—Por lo menos lo intentaremos.

—Me gustaría más poder comprobar… bien, ya se imagina. Todo el tiempo que pasé aquí…

—¿Por qué?

—Para el caso de que… Bien, de que la policía me acusara de haber asesinado a Bollman, Podría comprobar que he pasado en este hotel todo ese tiempo.

Berta Cool frunció los labios, silbó suavemente y dijo:

—¡Que me aspen!

—¿Qué ocurre? —inquirió Kosling.

—Su coartada no vale un comino —dijo Berta.

—¿Por qué no? No hubiera podido ir a Los Ángeles, matar a Bollman, y luego volver aquí por mí mismo.

—No, pero podría haber hecho todo eso y luego hacer que alguien le trajese de vuelta aquí, para preparar esa cándida historia

de justificación.

—Si Bollman no me trajo aquí… ¿quién lo hizo?

Berta Cool frunció el entrecejo.

—Eso —manifestó— es lo que me he estado preguntando en los últimos minutos. Pero sé muy bien lo que diría el sargento Sellers… ahora.

—¿Qué diría? —inquirió Kosling.

—¡Que fui yo! Y para mayor desgracia, he firmado en el registro de abajo con mi puño y letra…

capítulo veinticinco

BERTA Cool hizo subir a Kosling a una silla, y dijo:

—Ahora, mantenga el equilibrio… Levante la mano… No, la otra. Quédese quieto, porque voy a soltarle.

Retiró suavemente las manos.

—Muy bien —dijo el ciego—. Ahora estoy perfectamente.

Berta, observando el efecto, manifestó:

—Pero no puedo dejarle con el brazo en alto de esa manera. Espere un segundo… Voy a darle algo para que se apoye.

Arrimó un sillón de respaldo alto diciendo:

—A ver… Ponga la mano aquí… Permítame que le guíe… Ya está, ahora, quédese quieto, mientras subo un poco el dobladillo.

Sacó alfileres de un papel delgado, se los puso en la boca, con la cabecilla para adentro, y dio la vuelta al ciego, recogiendo el dobladillo.

Cuando concluyó, alejóse un poco para apreciar mejor el resultado, y dijo:

—Creo que ahora está muy bien. Ahora, abajo.

Ayudó al ciego a bajar de la silla, le sacó el vestido por la cabeza, y, sentándose en el borde de la cama, cosió rápidamente el dobladillo.

—¿No cree que sería mejor que me presentase a la policía? —inquirió Kosling—. No sabía qué hacer cuando oí ese anuncio por la radio, pero cuanto más pienso, más inclinado me siento a…

Con perceptible exasperación en el tono, Berta dijo:

—Hablemos claramente… Pongamos de una vez las cosas en su sitio. Usted posee alguna información que vale exactamente cinco mil dólares. De esa cantidad, yo voy a obtener dos mil quinientos dólares. Algo de lo que usted dijo a Bollman le dio una pista valiosa. Fue a su casa, y cayó en una trampa preparada para usted.

La policía está interesada en averiguar quién puso esa trampa y por qué. Yo tengo sumo interés en saber qué buscaba Bollman. Una vez que la policía le eche el guante a usted, le coserá dentro de un saco. Para mí, dos mil quinientos dólares son dos mil quinientos dólares. ¿Me entiende?

—Pero no puedo imaginarme cuál puede ser esa información.

—Tampoco yo —admitió Berta—. Pero a partir de este momento, usted es para mí una mina de oro ambulante, de modo que voy a pegarme a usted más que una hermana, hasta que todo se haya aclarado. ¿Me comprende ahora?

—Sí, la comprendo muy bien.

—Entonces, estamos de acuerdo. Eso es todo lo que necesita saber. Ahora, vamos. Saldremos de aquí, ya que todavía estamos a tiempo. Usted es mi madre. Ha sufrido un ligero ataque. Salimos a dar un paseo. No tendrá necesidad de hablar con nadie, y en el caso de que alguien hable, su parte en la conversación será una dulce sonrisa. Muy bien, adelante.

Berta dio unos toques finales al conjunto, cogió del brazo a Kosling y dijo:

—Ahora deseo que usted se apoye en mí. No lo haga en forma que parezca que le estoy guiando. Trate de aparentar que le presto ayuda. Una persona ciega necesita guía. Una persona débil, necesita apoyo. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Me parece que sí. ¿De este modo?

—No —dijo Berta—. Se echa hacia delante… Inclínese un poco hacia el lado. Eso es. Muy bien. Vamos ya.

Berta condujo a Kosling hasta la puerta, salieron a la habitación, cerró con llave y murmuró:

—Como mi habitación está en el tercer piso, tendremos que bajar la escalera. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Sí, por supuesto.

—Tenga cuidado con la falda —advirtió Berta—. La he arreglado para que llegue casi hasta el suelo. De esa manera, no se verán tanto sus zapatos, ni la parte inferior de sus pantalones.

—¿No los llevo subidos?

—Sí, pero de todas maneras la falda es bastante larga. Cuidado con los escalones.

Bajaron la escalera sin inconvenientes. Berta fue por el corredor

hasta el ascensor, oprimió el botón, y, cuando apareció el único ascensor del hotel, dijo:

—Cuidado, mamá… No tropieces al entrar en el ascensor.

Entraron sin dificultades, pero Kosling, olvidándose del sombrero de mujer de ala ancha que llevaba, casi lo aplastó en el tabique posterior del ascensor.

—Por favor, no baje muy rápido —dijo Berta al ascensorista.

El hombre echóse a reír y contestó:

—No pase cuidado, señora… Este ascensor tiene una sola velocidad… y le aseguro que no hace daño a nadie.

Llegaron al vestíbulo de la planta baja. El encargado contempló solícitamente a la «madre» de Berta. El ascensorista, muy atento, mantuvo abierta la puerta del frente para que pasaran, y Berta Cool, manteniéndose detrás de Kosling para que su propia falda ocultara cualquier atisbo de las piernas de Kosling, ayudó a éste a subir al automóvil, cerrando luego la puerta. Dio las gracias al ascensorista con una sonrisa solamente, fue alrededor del automóvil y subió por el lado opuesto.

El automóvil se puso en marcha.

—¿Adónde vamos? —preguntó Kosling.

—A Riverside —dijo Berta—. Tomaremos habitaciones contiguas en un hotel.

Comenzaba a oscurecer. Berta encendió las luces del automóvil y redujo la velocidad. Al llegar a Riverside, fue a uno de los hoteles más viejos, firmó en el registro como señora L. M. Chushing e hija, pidió dos habitaciones contiguas, con baño, y efectuó algunas ceremonias para llevar a Kosling a las habitaciones y dejarle allí en seguridad.

—Ahora —dijo Berta— *usted* va a quedarse aquí, y *vamos* a hablar.

Al cabo de una hora, cuando Kosling tenía la impresión de haber dicho todo lo que sabía, Berta ordenó una comida a un restaurante cercano. Una hora después, fue a un teléfono público, llamó al hotel en San Bernardino, y dijo:

—Habla la señora Cool. Lo que temía que sucediera ha sucedido. Mi madre ha sufrido otro ataque. No podré volver a retirar mis cosas. Sírvanse guardar mi maleta. He pagado la cuenta y podrán comprobar que no hay llamadas telefónicas ni otros extras.

El encargado le aseguró que lamentaba el motivo que le impedía regresar, que confiaba en que la madre tuviera un pronto y completo restablecimiento, y aseguró a Berta que no se preocupara por lo relativo a su equipaje.

Berta le dio las gracias, volvió al hotel, y por espacio de otras dos horas «exprimió» al ciego, procurando obtener algún indicio interesante, y pasando revista a los acontecimientos de la última semana con irritante monotonía.

Por último, Kosling sintióse cansado y descontento.

—Le he dado todo lo que puedo darle; le he dicho todo lo que sé —afirmó enfáticamente—. Ahora voy a acostarme. Mi más ferviente deseo sería no haberla conocido jamás y no haberme interesado en momento alguno por esa muchacha. A fin de cuentas, ella…

Iba a añadir algo, pero se contuvo.

—¿Qué iba a decir? —inquirió Berta, instándole a que concluyera la frase.

—Nada.

—Iba a hacer algún comentario.

—¡Oh! Nada de importancia… Sólo que esa muchacha me ha desilusionado.

—¿Qué muchacha?

—Josefina Dell.

—¿Por qué?

—Porque no tuvo la atención de ir a verme. Ya que estaba en condiciones de volver a trabajar, lo menos que hubiese podido hacer habría sido pasar por el sitio donde yo estoy siempre para decirme unas palabras.

—Cambió de empleo —manifestó Berta—. Cuando Harlow Milbers falleció, trabajaba en ese edificio antiguo que queda cerca de esa esquina, pero después de la muerte de aquél, no tuvo ocasión de volver allí.

—Pero todavía no me explico por qué no fue a verme.

—Le envió un valioso regalo, ¿verdad? Dos, en realidad.

—Sí. La caja de música representa mucho para mí. Esa joven tendría que haber supuesto que yo deseaba darle las gracias personalmente.

—¿No puede escribirle?

—Mi escritura no es muy buena. No sé escribir a máquina, y

tengo que arreglarme con un lápiz. Me desagrada profundamente escribir.

—Entonces, ¿por qué no le habla por teléfono?

—Ahí está lo malo… Lo hice. Pero se negó a atenderme. No quiso perder unos minutos conmigo.

—Un momento —dijo Berta—. Esto es algo nuevo. ¿Dice que no quiso perder tiempo con usted?

—La llamé por teléfono, pero no me atendió. Hablé con una mujer, y le expliqué quién era. Me contestó que la señorita Dell estaba sumamente ocupada en ese momento, pero que le daría cualquier recado de mi parte. Le dije que quería agradecer los regalos a la señorita Dell, y que esperaría en ese número hasta que la señorita Dell me llamara.

—Bien. ¿Qué más? —preguntó Berta.

—Aguardé y aguardé… durante más de una hora. No me llamó.

—¿Adónde llamó usted? ¿Al apartamento de ella?

—No, a la casa donde está trabajando… a la residencia del hombre para el cual trabajaba. Ya lo sabe, Milbers.

—¿Hasta qué punto conocía usted a esa joven? —inquirió Berta.

—¡Oh! Bastante bien… en cierto modo. Por hablar con ella.

—¿Cuando se detenía a hablar con usted?

—Eso es.

—No hay muchas probabilidades de establecer una amistad profunda con eso sólo —murmuró Berta.

—Hablamos muchas veces, aunque a decir verdad, sólo algunas frases en cada ocasión. Para mí era un poco de luz en mi oscuridad eterna, y ella lo sabía. Bien… Al ver que no me llamaba, volví a llamar y pregunté por la señorita Dell. La persona que contestó quiso saber si era un amigo de ella, y me dijo que estaba muy ocupada. Recuerdo que traté de hacerme el gracioso. Dije que era un hombre que jamás la había visto en su vida, y que no tenía la esperanza de verla. La llamaron al teléfono, y entonces dije: «¡Hola, señorita Dell! Soy su amigo ciego. Quiero darle las gracias por la caja de música». Ella contestó: «¿Qué caja de música?». Le dije que la que me había enviado. Entonces me aseguró que sólo me había enviado flores, y que tenía mucho que hacer, y por lo tanto la disculpara, y cortó la comunicación. Me he estado preguntando si el accidente no habrá afectado su memoria, en forma que no recuerde

ciertas cosas.

—Un momento —dijo Berta Cool—. ¿Está *seguro* de que ella le envió la caja de música?

—Completamente seguro. Es la única persona con la que había hablado de eso, diciéndole cuánto me agradaban. Me imaginé que tal vez estuviera peor de lo que creía, y resolví ir a verla…

—¿Qué impresión le causó su voz por el teléfono? ¿Parecía la de siempre?

—No. Su voz era áspera y estridente. En realidad, creo que no está del todo bien. Su memoria…

—¿Le contó todo esto a Bollman?

—¿A qué se refiere?

—A las conversaciones telefónicas, la caja de música, y la pérdida de memoria de Josefina Dell.

—Déjeme pensar un poco… Sí, creo que sí.

Berta se mostraba excitada.

—Recibió la caja de música poco después de que ella sufriera el accidente, ¿verdad?

—Sí, al cabo de un día o dos.

—¿Y cómo le llegó?

—Me la trajo un mensajero.

—¿Y de dónde le dijo el mensajero que procedía?

—Del establecimiento donde estaba en venta… algún anticuario, seguramente. He olvidado el nombre. Dijo que había recibido instrucciones de entregármela, de parte de una joven que había pagado una señal, y que recientemente había completado…

—¿Dijo esto a Bollman? ¿A quién más se lo contó?

—A Thinwell, el chófer que nos lleva y…

—¡Que me aspen! —exclamó Berta, poniéndose de pie de un salto.

—¿Qué ocurre? —inquirió Kosling.

—¡Vaya una cabeza! ¡Qué idiota!

—¿Quién?

—Yo.

—No entiendo… —dijo Kosling.

—¿Había alguna etiqueta en la caja de música, algo que pudiera indicar…?

—No sabría decirle —manifestó Kosling—. La conozco sólo por

el tacto. Es extraño que usted me pregunte a quién más le dije lo de que Josefina Dell había perdido la memoria a causa de ese accidente. Ahora recuerdo que Jerry Bollman me hizo la misma pregunta.

—¿Le dijo que había hablado con Thinwell?

—Sí. Tengo un amigo médico, y Thinwell me sugirió que lo llevara para que viese personalmente a la señorita Dell, y la interrogara, sin decirle que era médico… Pero antes que nada, quiero decir que me siento absolutamente seguro de que ella fue quien me envió la caja de música. Thinwell dijo que *pudiera* haber sido otra persona. Pero no es posible… No, jamás hablé a nadie acerca de…

—¿No había nota alguna que acompañara a la caja? —preguntó Berta.

—No. La nota estaba con las flores. La caja de música me fue entregada como le dije, sin nada.

Berta fue nerviosamente hacia la puerta, se contuvo, volvióse, estiró los brazos, bostezó deliberadamente y dijo:

—Bien… Después de todo, me parece que ya le he molestado demasiado… Debe estar fatigado.

—¿No ha descubierto algo por lo que le dije? Me pareció que se sentía excitada…

—Por un momento me imaginé que sí —dijo Berta, bostezando de nuevo—. Pero creo que se trató de una falsa alarma. ¿No sabe usted cuánto pagó esa joven por la caja?

—No, no lo sé… Pero me figuro que debe haber sido una suma bastante elevada… Es muy hermosa y está decorada. Tiene algún paisaje, pintado al óleo.

—¿No se hizo describir alguna vez ese paisaje?

—No… No hice más que tocarlo con las yemas de los dedos.

Berta ahogó otro bostezo prodigioso.

—Bueno, me voy a la cama. ¿Le agrada dormir hasta tarde?

—Cuando puedo, sí.

—Yo no me levanto habitualmente antes de las nueve o nueve y media. ¿No será demasiado tarde para usted? —inquirió Berta.

—Con lo cansado que me siento, creo que podría dormir doce horas de un tirón.

—Bien, pues, en ese caso, hágalo si gusta… Que descanse —le

dijo Berta—. Hasta mañana.

Le guió hasta la puerta del baño que ponía en comunicación las dos habitaciones, le ayudó a sacarse el vestido de mujer, luego, le acompañó a su habitación, para indicarle dónde estaban las cosas, dejó el bastón junto a la cama, donde pudiera alcanzarlo con facilidad, y le dijo:

—Que duerma como un santo… Yo trataré de hacer lo propio.

Atravesó el baño, cerró la puerta, escuchó un momento, luego cogió su sombrero y su abrigo, movióse silenciosamente a través de la habitación, fue de puntillas hasta el ascensor, y diez minutos después, iba a toda velocidad en su automóvil por la carretera a Los Ángeles.

Hasta después de haber dejado atrás Pomona, no se le ocurrió que estaba haciendo exactamente lo que Jerry Bollman había hecho veinticuatro horas antes… y probablemente con el mismo propósito. Y en esos momentos, Jerry Bollman yacía rígido en una mesa de mármol.

capítulo veintiséis

LAS restricciones de alumbrado estaban en vigor. En la cima de la colina, Berta Cool dejó encendidas sólo las luces de estacionamiento, y redujo la velocidad a unos veinticuatro kilómetros por hora. Detuvo el automóvil junto a la acera, paró el motor y escuchó. No pudo oír otra cosa que los leves ruidos nocturnos, chirriar de grillos, croar de ranas y sapos y varios sonidos misteriosos, imposibles de identificar, que nunca se oyen cerca de los centros urbanos más populosos.

Berta sacó del bolso su linterna eléctrica, y a su vaga y misteriosa luz, tan intangible como una débil claridad lunar, recorrió el trecho que la separaba de la casa.

El *bungalow* apareció de pronto ante ella, una silueta oscura. Siguió el sendero con la guía de hierro a un costado, subió los escalones de la galería exterior cubierta e hizo una pausa. La puerta estaba cerrada. Aquello debía ser obra de los policías. Berta se preguntó si habrían echado la llave.

Le dio al pestillo, pero la puerta no cedió.

La luz de la linterna le permitió comprobar debidamente que la llave no estaba colocada por dentro.

Berta llevaba unas cuantas ganzúas en su bolso. Sabía que constituían una posesión peligrosa, pero a menudo le prestaban valiosos servicios, y Berta no titubeaba cuando algo le convenía de veras.

Una de las ganzúas, la cuarta de las que empleó sucesivamente, abrió la puerta.

Berta quedóse inmóvil, tratando de ver si en el oscuro interior de la casa había algo que pudiera parecer una amenaza.

No oyó sonido alguno. La luz de la linterna no le mostró nada, aunque mecánicamente la bajó hacia el rincón de la izquierda, para

ver si las siniestras manchas oscuras estaban aún en la alfombra.

Seguían aún allí.

De pronto, percibió un movimiento en la habitación. Su pulgar, helado, buscó el botón de la linterna. Tenía conciencia de que algo venía hacia ella; unos dedos huesudos le rozaron la garganta.

Berta golpeó frenéticamente hacia delante con la mano derecha, alzando la izquierda hacia su garganta para tratar de asir las muñecas de su agresor.

Sus manos no encontraron nada. El golpe no logró otra cosa que hacerle perder el equilibrio. Se dio cuenta de que había emitido un chillido ahogado. Sólo después de haber chillado, la razón de Berta Cool volvió por sus fueros. El objeto que estaba en su garganta se alejó bruscamente.

Oyó un ruido apagado, un aleteo, y entrevió en la penumbra una sombra más densa, siniestra.

—¡«Freddie»! —murmuró entre dientes—. Es ese condenado murciélago.

Recorrió la habitación a la débil luz de su linterna, deseosa de convencerse de que no había alguna nueva trampa mortal, preparada para dar cuenta del ciego a su regreso.

La exploración de la casa fue dificultada por el deseo de observar las mayores precauciones, y no tropezar en algún otro alambre invisible en la oscuridad, que hiciera disparar otra bala mortal.

Era fácil comprender lo que había sucedido la noche anterior; Bollman, que entraba apresuradamente en la casa, tratando de encontrar la caja de música antes de que alguien le sorprendiera… el tirón del alambre sujeto al gatillo de la escopeta y el disparo…

También Berta sentíase impelida por el mismo apresuramiento, por el temor de ser descubierta, pero no se atrevía a dejarse llevar por él y obrar precipitadamente.

La casa estaba sencilla, pero cómodamente amueblada. Evidentemente, Kosling tenía preparados cinco o seis sillones confortables para cuando sus compañeros iban a visitarle. Esos sillones, tapizados y con blandos cojines, estaban dispuestos en semicírculo en el salón. Junto a la pared, debajo de la ventana, había una biblioteca con puertas de cristales, en cuyos estantes no había libros, y cerca de ella, una mesa en la que no había una sola

revista. En una repisa, cerca de la ventana… los ojos de Berta se fijaron en aquel estante. Sus manos se extendieron con apresuramiento febril hacia la caja de música. Cuando la vio por primera vez, cuando el ciego se la mostró en la calle, la había mirado muy por encima. En ese momento, la estudiaba con detenimiento y atención «microscópica».

La luz de la linterna le permitió ver que estaba hecha de madera dura, muy bien ilustrada. En uno de los lados había una pintura al óleo que representaba una escena pastoril. En el opuesto veíase el retrato de una hermosa joven, más bien rolliza si se comparaban sus curvas con los modelos actuales de esbeltez, pero sin duda alguna, una belleza de épocas pasadas.

En un tiempo, la pintura había sido barnizada, pero ahora había lugares en que la pintura y el barniz estaban desconchados. Sin embargo, la fibra de la madera mostrábase a través de una cuidadosa terminación, y el excelente estado de la caja indicaba que había sido preciada herencia de una familia que la había cuidado mucho. No era de extrañar, pues, que se hubiera convertido en el objeto más querido del ciego.

Berta examinó cuidadosamente el exterior, manteniendo la linterna a escasos centímetros de la superficie. No había marca o rótulo alguno en ella. Levantó la tapa. Casi instantáneamente, la caja de música comenzó a dejar oír los melodiosos compases de «*Campanillas de Escocia*», llenando la habitación con su tintineante dulzura.

En el interior de la tapa, Berta encontró lo que buscaba. Un pequeño rótulo ovalado, pegado a la misma, que decía: «Britten G. Stellman. Antigüedades raras».

Berta volvió a dejar la caja en su sitio. La tapa, al bajarse, apagó los compases de la música. Fue hacia la puerta y volvió sobre sus pasos para pasar el pañuelo por la caja con el fin de borrar las impresiones digitales. Su linterna enfocó la puerta. Sombras vagas e imprecisas se movieron por la pared, como otras tantas figuras agazapadas y al acecho, dispuestas a saltar sobre ella. Berta comprendió que era el murciélago que describía círculos frenéticos sobre ella, proyectando su sombra cuando cruzaba ante la escasa luz de la linterna. Evidentemente el murciélago estaba ansioso de compañía humana, pero comprendía que Berta no era el ciego.

Berta trató de hacerlo salir de la casa, para cerrar la puerta, pero al parecer, el murciélago prefería quedarse en el interior.

Después de chasquear la lengua algunas veces, Berta dijo exasperada:

—Vamos, «Freddie»… No seas tonto… Sal de aquí. Voy a cerrar la puerta. Si te quedas dentro te morirás.

Tal vez el murciélago la entendió; quizás el sonido de una voz humana le tranquilizó, porque volvió a revolotear alrededor de su cabeza.

—Vamos, vete de aquí —dijo Berta rechazándolo con la mano—. Me pones nerviosa, y si te pones de nuevo en mi cuello, te…

—¿Qué hará exactamente, señora Cool? —preguntó la voz del sargento Sellers—. Le confieso que me interesa sobremanera su conducta.

Berta saltó como si la hubiesen pinchado con un alfiler, volvióse bruscamente, y al principio no pudo advertir en qué lugar se hallaba oculto el sargento. Después le vio de pie junto a un rincón de la galería cubierto por una enredadera, con las manos en la baranda y el mentón apoyado en ella. De pie en el suelo, estaba a unos cincuenta centímetros más bajo que ella, y Berta, al mirarle, advirtió claramente la expresión de triunfo que presentaba su rostro sonriente.

—Muy bien —dijo Berta—. No se contenga… Dígalo.

—La violación de domicilio con fines de robo es un delito muy serio —observó el sargento.

—Esto no es un robo —exclamó Berta.

—¿De veras? Tal vez cuente usted con el beneficio de una ley especial aprobada por la legislatura, o la Suprema Corte habrá cambiado las leyes, pero entrar en una casa ajena con ganzúa como usted lo ha hecho…

—Hay un pequeño detalle legal que al parecer usted desconoce —dijo Berta—. Para perpetrar un robo, es preciso entrar en una casa con el propósito de apoderarse de algo, valioso o no, o realizar alguna acción que configure un delito grande o pequeño.

—¡Caramba! Creo que tiene usted razón —dijo Sellers.

—Sé que tengo razón —replicó Berta—. Por algo estuve asociada con el mejor cerebro legal del país durante algunos años.

—Esto plantea un caso muy interesante. ¿Cuál era exactamente

su propósito al entrar en esta casa?

Berta pensó con suma rapidez, y se le ocurrió un pretexto magnífico.

—Vine a sacar el murciélago —respondió triunfalmente.

—¡Ah, sí, el murciélago! —dijo el sargento Sellers—. Admito que nosotros no pudimos sacarlo. Usted le dio un nombre, creo que «Freddie», ¿verdad?

—Eso es.

—Muy interesante. ¿Es el murciélago domesticado del ciego?

—Sí.

—Cada vez más interesante. ¿Y usted vino aquí para hacerlo salir?

—Sí.

—¿Por qué?

—Sabía que se moriría de hambre y sed si alguien no lo sacaba.

El sargento Sellers dio unos pasos para subir la escalera, y se detuvo frente a Berta Cool.

—No trato de mostrarme gracioso, sino cortés. Debe recordar asimismo que hago estas preguntas no por mera curiosidad, sino en mi carácter oficial.

—Lo sé —respondió Berta—. Emplea usted muchas palabras, pero sé muy bien lo que quiere decir. Siempre he desconfiado de los policías polisilábicos.

Sellers echóse a reír.

—Cuando las autoridades comenzaron a dar empleos en la policía a los que han terminado sus estudios en los colegios superiores —dijo Berta—, la echaron a perder.

—¡Oh, señora Cool! No me parece que sea tan mala como usted dice.

—Es peor.

—Bueno… No vamos a discutir ahora la actuación policíaca como cosa abstracta… Me interesan los murciélagos, y un murciélago en especial… «Freddie».

—Muy bien. ¿Qué hay con «Freddie»? Ya le dije para qué vine aquí.

—Quería hacer salir a «Freddie». Sabía que estaba encerrado.

—Me imaginé que podía estarlo.

—¿Quién le sugirió la idea?

—Kosling arreglaba las cosas de modo que el murciélago pudiese entrar y salir cuando se le antojara. Siempre dejaba la puerta entreabierta y la sujetaba con unas cuñitas de goma para que el viento no la abriera o cerrara del todo. Pensé que tal vez sus hombres hubiesen sido bastante obtusos para cerrar la puerta y dejar adentro al murciélago.

—Estoy completamente seguro de que no lo hicimos, señora Cool. Creo que el murciélago no pudo entrar.

—Sí, eso supongo yo también.

—Y le dio un buen susto. Chilló y…

—Creo que a usted le ocurriría lo mismo si algo se le plantara en el pecho de improviso, en la oscuridad.

—¿Hizo eso el murciélago?

—Sí.

—Muy interesante. ¿Sabe usted, señora Cool, que es la primera vez que intervengo en un caso en el que figura un murciélago domesticado? Hasta ahora, no había oído hablar de persona alguna cuyo animal favorito fuese un murciélago.

—Todavía es joven. ¿Y cómo se le ocurrió esperar aquí fuera a que yo viniese para poner en libertad al murciélago?

—Pura coincidencia. Me he preguntado cada vez con mayor frecuencia si nuestra teoría de lo que aconteció anoche es la exacta. Pensé que podría… nada más que podría ser posible, que su amigo, Jerry Bollman, hubiese interrogado a su amigo ciego y obtenido alguna información muy interesante, que le hiciera considerar que él mismo estaba en posesión de algo que él quería. En lugar de venir aquí con Kosling, le dejó en algún sitio y vino solo para apoderarse de ese algo. Evidentemente no lo consiguió, y si lo consiguió, no pudo llevárselo; pero todo indica que hizo funcionar la trampa mortal tan pronto como entró aquí. Una escopeta amartillada y lista para disparar cuando alguien tropezara con el alambre… Una trampa mortal dispuesta por un ciego para que otro ciego fuese víctima de ella. Muy interesante. Sabía de ciegos que servían de guía a otros ciegos, pero en este caso, un ciego trata de asesinar a otro ciego.

—Adelante —dijo Berta—. No se preocupe por mí. Dispongo de mucho tiempo para perder.

—Entonces —prosiguió Sellers— empecé a pensar que tal vez

había sido demasiado crédulo. Cuando estaba en su oficina esta tarde, la llamaron por teléfono desde larga distancia, cobrándole la comunicación.

—¿Qué hay de extraño en eso? —exclamó Berta—. ¿No ha recibido usted nunca una llamada telefónica desde larga distancia?

—Lo curioso, señora Cool —manifestó Sellers con una sonrisa de triunfo—, es que usted haya aceptado la comunicación después de saber quién la llamaba. Luego, pasó por mi mente una circunstancia muy especial. Después de cortar la comunicación, hablamos algo más de Rodney Kosling. Usted no dijo que no sabía dónde estaba después de haber hablado por teléfono, sino que empleó una frase cuidadosamente construida. Dijo que había contestado todas mis preguntas con entera veracidad, de acuerdo con lo que sabía en ese momento. Admito, señora Cool, que no pensé en ello hasta después de cenar, pero entonces se me ocurrió que era una posibilidad muy interesante. No quise hacer un mal papel ante mis subordinados, dejando aquí a alguno de ellos, ya que podía tratarse de una conjetura descabellada; pero tampoco quise confiar la investigación a otro si mis sospechas se confirmaban plenamente. Supongamos que Bollman vino aquí en busca de algo. Supongamos que usted fue a ver a Rodney Kosling, que averiguó que Jerry Bollman había venido aquí para buscar algo, y supongamos que usted hizo lo mismo, y encontró ese algo particular. Este algo sería muy interesante.

—Nada he sacado de esta casa —afirmó Berta.

—Por supuesto, éste es un aserto que requiere ser comprobado —manifestó Sellers—. Por mucho que me disguste hacerlo, señora Cool, me veo en la necesidad de pedirle que suba a mi automóvil y venga conmigo al Departamento Central, donde una empleada la registrará. Si resulta que usted no se ha apoderado indebidamente de nada… bien, entonces la situación será radicalmente distinta. Si, por el contrario, usted se ha apoderado de algo, entonces, claro está, será responsable de un delito, del delito de robo, agravado por fractura y nocturnidad. Y como delincuente sorprendida en la comisión del delito, tendremos que arrestarla, señora Cool. Por lo menos, hasta que nos haga usted una declaración leal, plena y franca de lo que trataba de hacer.

—Usted no puede hacerme eso —dijo Berta—. Usted…

—¿Le parece? Pues está del todo equivocada —manifestó Sellers amablemente—. Puedo, y lo haré. Si no se ha apoderado de nada, supongo que no será posible juzgarla por robo, a menos que, como usted ha señalado con tanto acierto, yo pueda demostrar que ha entrado en la casa con el propósito de perpetrar un delito. Parecería casi como si usted hubiese estudiado la Ley antes de hacer esta visita.

—Le aseguro que no es así.

—Eso, por supuesto, es otra declaración que debe investigarse, aunque no me figuro cómo podremos comprobarla. Pero de cualquier manera, señora Cool, considérese usted detenida. Como versada en leyes, comprenderá que si hace algo para dificultar y resistirse al arresto, eso en sí mismo es un delito.

Berta Cool reflexionó unos segundos, miró al sargento Sellers, reconoció la inflexibilidad de propósito que se ocultaba detrás de su sonrisa, y dijo:

—Bueno, usted gana de momento.

—Bien. Dejaremos su automóvil donde está —dijo Sellers—. No quiero que usted pueda ocultar algo en el viaje desde aquí al Departamento, y como la tintineante melodía de «*Campanillas de Escocia*» me hizo comprender que fue en busca de la caja de música y levantó la tapa, es casi evidente que el objeto que sacó del interior de esa caja es relativamente pequeño, y por consiguiente, que puede ocultarse con facilidad. De manera, señora Cool, que si no le molesta entrar de nuevo en la habitación conmigo, de modo que pueda vigilarla, iré a buscar esa caja de música y la llevaremos con nosotros.

—Muy bien. Haga lo que guste —dijo Berta—. Saboree su triunfo. No se moleste en disimular.

—No hago más que cumplir con mi deber, señora Cool. Ahora, sírvase precederme y mantener las manos en alto, en forma que pueda verlas.

Esa linterna suya no es muy eficiente. Creo que convendrá en que la mía es mucho mejor.

La linterna de cinco pilas del sargento Sellers se encendió, proyectando un brillante haz de luz en la habitación del frente del pequeño *bungalow*.

capítulo veintisiete

LA matrona escoltó a Berta Cool hasta la puerta del despacho privado del sargento Sellers y golpeó con los nudillos. A través de la puerta se oían débilmente los compases tintineantes de «*Campanillas de Escocia*».

—Adelante —dijo el sargento.

La matrona abrió la puerta.

—Por aquí, querida —dijo a Berta Cool.

Berta Cool se detuvo en el umbral. Las dos mujeres, de aspecto áspero y mandíbulas de *bulldog*, se miraron fijamente.

—Muy bien, querida —respondió Berta.

—¿Qué encontró? —preguntó Sellers.

—Nada —contestó la matrona.

El sargento Sellers alzó las cejas.

—Bien, bien… No me dirá usted que fue allí por puro gusto, ¿verdad, señora Cool?

—Se olvida de «Freddie» —repuso ésta—. ¿No tiene un cigarrillo? Su novia me quitó el paquete.

—¡Oh, lo siento! —dijo la matrona—. Los puse en…

—Está bien, querida. Guárdeselos, con mis mejores deseos —respondió Berta.

La matrona miró al sargento Sellers y pareció confusa.

—Podía habérmelo recordado antes, señora Cool.

—No me imaginé que tuviese que hacerlo —dijo ésta—. Pensé que era un privilegio de esta oficina, como el de los agentes de policía que se apoderan de unas manzanas en los puestos de fruta.

—Nada más, señora Bell —dijo el sargento Sellers.

La matrona miró a Berta y retiróse sin decir palabra.

—Tome asiento —dijo Sellers a Berta—. Quería un cigarrillo… aquí lo tiene.

Abrió un paquete de cigarrillos y alargó uno a Berta. Sacó un cigarro negro del bolsillo superior del chaleco, cortó la punta, lo introdujo en su boca, y por un momento, no hizo movimiento alguno para encenderlo.

—Hay algo en esta caja de música —dijo.

—¿De veras?

—Usted entró, abrió la caja, la cerró y se dispuso a marcharse. No se llevó nada. Me pregunto si colocó algo dentro de ella.

Sellers extrajo una lupa de un cajón, y examinó detenidamente la caja de música, inspeccionándola tanto por fuera como por dentro, buscando algún intersticio o recoveco que pudiera servir para ocultar algo. Al no hallarlo, cerró la caja y miró el retrato de la bella.

—¿Será esto?

—¿Qué?

—El retrato. ¿No será una heredera desaparecida?

Berta, que se sentía más a gusto después de haber ganado su encuentro verbal con la matrona, echóse hacia atrás en la silla y empezó a reír.

—¿De qué se ríe?

—Pensaba en esa belleza del siglo diecinueve —manifestó Berta —. Una mujer gorda, mofletuda y redonda por todos lados, que usaba corsé y debía desmayarse a la menor sugestión un poco picante… ¿Y usted se imagina que hice todo el camino desde…?

—Sí, sí —dijo el sargento al ver que se interrumpía—. Ahora me interesa… ¿El camino desde dónde?

Berta apretó los labios.

—Estuvo a punto de dejar escapar algo, ¿verdad? —dijo el sargento Sellers.

Berta, que comprendía lo cerca que había estado de decir: «Todo el camino desde Riverside», limitóse a chupar con fuerza el cigarrillo y lanzar bocanadas de humo, manteniendo un silencio irritante.

El sargento miró el reloj que estaba encima del escritorio.

—Las dos y diez —murmuró—. Es un poco tarde, pero se trata de un caso de urgencia.

Consultó el rótulo del interior de la tapa, buscó en la Guía telefónica, luego levantó el receptor y dijo:

—Deme una línea para fuera.

A los pocos segundos, marcó un número en el disco.

—Lamento molestar a esta hora —dijo cuando le contestaron—. Habla el sargento Sellers, desde el Departamento Central de Policía. Llamaba porque trato de comprobar una pista importante en un caso de asesinato. ¿Hablo con el señor Britten G. Stellman? ¿Sí? Bien… Le ruego me informe si recuerda una caja de música, de las antiguas, con un peine de metal y un cilindro… En un costado tiene un paisaje, y en el otro, el retrato de una joven. Toca «*Campanillas de Escocia*»…, y… ¿Recuerda, eh? Sí. ¿Cómo se llamaba? ¿Josefina Dell?

El sargento Sellers permaneció en silencio unos segundos, escuchando, y luego dijo:

—Perfectamente. Veamos si he comprendido bien. Esa Josefina Dell fue a su establecimiento hace cosa de un mes, vio la caja de música y dijo que le agradaría adquirirla, pero que no disponía de suficiente dinero. Dejó señal, para que se la reservaran durante noventa días. Luego, el miércoles pasado le habló por teléfono, le dijo que tenía el dinero, y que se lo iba a enviar por giro postal. Le pidió que entregara la caja de música al ciego por medio de un mensajero, sin decir quién la remitía, sino simplemente que era un regalo de un amigo. ¿Es así?

Sellers quedó en silencio otro rato, mientras escuchaba. Luego dijo:

—Bueno. Otra pregunta, por favor. ¿Desde dónde le enviaron el giro? Redlands, ¿verdad? ¿No sabe si esa joven vive en Redlands? ¡Ah, comprendo! Vive en Los Ángeles, y usted supone que estaba de paso en Redlands. ¿No cree que tenga relación alguna de parentesco con el ciego? ¿Nada dijo de eso? La vio solamente cuando dejó la señal, ¿verdad? ¿Le dijo dónde trabajaba? Ya veo… Muy bien. Muchísimas gracias. No le habría molestado a esta hora de no tratarse de un asunto de urgencia. Puedo asegurarle que agradecemos infinitamente su cooperación. Sí, el sargento Sellers, de la Sección de Homicidios. Iré a verle en cualquier momento que pase cerca de ahí. Mientras tanto, si ocurriese algo en el intervalo, le ruego que me lo comunique por teléfono. Muchas gracias de nuevo.

El sargento Sellers colgó el auricular, volvióse hacia Berta y la

miró como si fuese la primera vez que la veía.

—¡Muy hábil y astuta! —comentó.

—No comprendo.

—Me pregunto, señora Cool, si esa llamada telefónica a su cargo que usted recibió esta tarde, no procedía de Redlands.

—Claro que no —afirmó Berta.

—Me perdonará si efectúo una pequeña investigación respecto a eso.

—Adelante. Investigue todo lo que se le ocurra.

—Me parece que no me entiende, señora Cool. Durante la investigación que voy a realizar, será necesario que usted se halle donde yo pueda encontrarla en cualquier momento.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Exactamente lo que digo.

—¿Va a ponerme vigilancia?

—¡Oh! Eso sería un gasto innecesario para la ciudad, señora Cool. No he pensado en nada semejante. Y además, eso la molestaría mucho.

—Bien… ¿qué quiso decir, entonces?

—Si usted sigue viajando de un lado a otro, trasladándose adonde se le antojara, nos causaría una serie de inconvenientes seguirle la pista; pero si permaneciera en algún sitio, no sería difícil ni mucho menos encontrarla.

—¿Se refiere a mi oficina?

—O a la mía.

—¿Qué se propone usted hacer? Vamos a ver.

—Bien… Pensé que si se quedara aquí algún tiempo, eso simplificaría de un modo considerable las cosas.

—Usted no puede mantenerme en custodia de esa manera.

—Cierto que no —dijo Sellers—. Soy el primero en admitirlo.

—¿Entonces? —dijo triunfalmente Berta.

—Un momento —advirtió el sargento, al ver que Berta se ponía en pie como para marcharse—. No puedo retenerla de esa manera, pero en cambio, puedo detenerla por haber entrado en esa casa esta noche. Eso es un delito.

—¡Pero si no me llevé nada!

—Todavía no estamos seguros de eso.

—¡Me han registrado!

—Pero usted puede haber ocultado cualquier cosa de la que se haya apoderado, o podría haber intentado cometer un delito. Creo que estoy facultado para detenerla a usted por cierto tiempo, bajo esa acusación y, al mismo tiempo, hay un par de cosillas que me agradaría poner en claro.

—¿A qué se refiere? —preguntó Berta, indignada.

—Bien… Por ejemplo, a la forma en que salió de su oficina esta tarde. Tomó un tranvía en la calle Siete. Bajó a la altura de Grand Avenue. Mis dos agentes secretos que la siguieron, pensaron que era un asunto fácil. Usted iba a pie, dependiendo, al parecer, de los tranvías y taxis. El hombre que guiaba el automóvil hizo bajar al detective que iba con él y dio la vuelta a la manzana para detener el coche en un lugar vacío que había visto al pasar, antes de que usted bajara del tranvía. Entonces apareció su automóvil, la recogió, y se la llevó con tanta limpieza y celeridad como las de los juegos de manos de los prestidigitadores.

El sargento Sellers apretó el botón del timbre para llamar a la matrona.

Cuando ésta llegó, le dijo:

—Señora Bell… La señora Cool va a quedarse con nosotros, por lo menos hasta mañana. ¿Quiere tener la bondad de ocuparse de que esté cómoda?

La sonrisa de la matrona fue amplia, maliciosa y triunfal.

—Será un verdadero placer, sargento —dijo, y volviéndose belicosamente hacia Berta, añadió—: Venga conmigo, querida…

capítulo veintiocho

PASOS lentos, rítmicos, resonaban en el corredor, flanqueado por puertas de barrotes de acero. Berta Cool, sentada en el borde de la cama de hierro, hirviendo de indignación, oyó el entrechocar de llaves, y luego una mujer de aspecto duro abrió la puerta y le dijo:

—Vamos…

—¿Quién es usted?

—Una celadora.

—¿Qué quiere?

—La necesitan en la oficina.

—¿Para qué?

—No sé.

—Bueno. ¡Que se vayan al demonio! No me moveré de aquí.

—Si estuviese en su lugar, yo no haría eso.

—¿Por qué no?

—Nada va a conseguir.

—¡Que vengan y me lleven si quieren! —exclamó Berta.

—No se impaciente. No lo harán. Pero yo de usted, iría. Creo que van a ponerla en libertad.

—De todos modos, me quedaré aquí.

—¿Cuánto tiempo?

—Desde ahora.

—Eso no la beneficiará en nada. Muchas personas se han sentido lo mismo que usted, pero quedándose aquí no molestan ni perjudican a nadie. Usted tendrá que marcharse alguna vez, y entonces, ellos reirán.

La celadora hablaba en un tono bajo, monocorde, lento, como si el esfuerzo de hablar la cansara demasiado y consumiera demasiada energía.

—Recuerdo que una mujer dijo lo mismo, que iba a quedarse…

Me indicaron que dejase la puerta abierta y le dijera que podía marcharse cuando le viniese en gana. Se quedó toda la mañana. Pero a media tarde, salió, y todos se rieron de ella.

Sin pronunciar una sola palabra, Berta se puso en pie y siguió a la celadora por el corredor donde resonaba el eco; entraron en un ascensor, cuya puerta se cerraba con llave, y bajaron hasta otra oficina, donde otra matrona, que era una extraña para Berta, examinó algunos papeles y dijo:

—¿Es usted Berta Cool?

—Soy Berta Cool, y le aconsejo que me mire bien ahora, porque va a tener muchas ocasiones de verme en lo sucesivo. Voy a…

La matrona abrió un cajón, extrajo un gran sobre de tela sellado y dijo:

—Aquí están sus pertenencias personales, que le fueron quitadas cuando entró anoche, señora Cool. ¿Quiere usted tener la amabilidad de ver si está todo?

—Voy a deshacer este condenado lugar hasta sus cimientos —dijo Berta—. No hay derecho a que hagan cosas como ésta. Soy una mujer respetable, que se gana la vida honesta y decentemente, y…

—Sí, pero entretanto… ¿quiere tener la bondad de comprobar el contenido del sobre?

—Voy a entablar juicio contra la ciudad. Voy a denunciar al sargento Sellers, y…

—Ya lo sé, señora Cool. No dudo que lo hará. Pero eso no corresponde a mis funciones. Si tiene a bien examinar sus pertenencias…

—Usted puede imaginarse que no corresponde a sus funciones, pero cuando yo haya terminado con todos ustedes, se dará cuenta de que eso no significa gran cosa… No voy a dejar títere con cabeza.

—¿Cuándo se propone iniciar el juicio, señora Cool?

—Tan pronto como pueda ver a un abogado.

—Me permito hacerle notar que no podrá verlo hasta que haya salido de aquí, y no puede salir hasta no haber comprobado sus pertenencias personales, de modo que le ruego lo haga.

Berta Cool abrió el sobre, sacó su bolso, lo abrió con manos temblorosas de ira, miró al interior, lo cerró y dijo:

—Bueno… ¿Qué más, ahora?

La matrona hizo una seña a la celadora.

—Por aquí, señora.

Berta Cool, de pie frente al escritorio, exclamó:

—He oído mencionar infinidad de atropellos cometidos contra los ciudadanos, pero éste es…

—Fue detenida anoche por sospecha de robo con violación de domicilio, señora Cool. Ignoro si se mantendrá esa acusación contra usted, pero ha llegado la orden de ponerla en libertad mientras se efectúa una investigación más amplia.

—Sí, ya veo —dijo Berta—. Ahora me amenazan. Si hago algo contra ustedes, sacarán a relucir esa acusación de robo, ¿verdad? Pues bien, yo…

—No estoy enterada de otros pormenores, señora Cool. Le digo simplemente lo que figura en el sumario provisional. Acostumbramos hacerlo con las personas sospechosas de haber cometido algún delito. Buenos días, señora Cool.

Berta no se movió.

—Soy una mujer de negocios. Tengo que hacer cosas importantes relacionadas con mis asuntos profesionales. Impedir que dedique mi atención a mis ocupaciones, retenerme aquí toda la noche bajo una acusación fraguada, es…

—¿Tan valioso es su tiempo?

—Claro que lo es.

—En ese caso, yo no lo desperdiciaría aquí, señora Cool.

—No se preocupe, que no lo desperdiciaré. Sólo quiero dejarle un mensaje para el sargento Sellers. Dígale que su amenaza no me arredra, ¿entiende? Dígale que no pararé hasta conseguir su cabeza, y ahora, ¡buenos días!

Berta Cool encaminóse hacia la puerta.

—Una cosa más, señora Cool.

—¿Qué se le ofrece?

—No le será posible golpear la puerta —dijo la matrona—. Hemos hecho colocar un dispositivo especial para impedirlo. Buenos días.

Berta Cool fue acompañada hasta una puerta de barrotes de acero y, después de franquearla, encontróse bajo el sol de la mañana, como si hubiera sido un criminal vulgar. Comprobó asimismo que el aire fresco, la libertad de movimiento, la sensación

de que podía hacer lo que quisiera, cuando quisiera y como quisiera, era mucho más agradable de lo que jamás hubiese imaginado hasta entonces.

Eran las 8.45 cuando llegó a su oficina.

Elsie Brand estaba abriendo la correspondencia.

Berta entró como una tromba, arrojó el bolso sobre el escritorio y dijo con voz temblorosa de rabia:

—Llame por teléfono al sargento Sellers, Elsie. Me importa un ardite si tiene que sacarle de la cama, o lo que ocurra. Quiero hablar con él ahora mismo.

Elsie Brand, al ver a Berta pálida y estremecida de cólera, dejó las cartas, abrió el listín telefónico y llamó inmediatamente.

—¡Hola! Tengo que decirle algo. He tenido bastante tiempo para pensarlo… demasiado tiempo, sentada en su infame cárcel. Quiero decirle que voy a…

—No haga eso —respondió el sargento, sonriendo.

—Voy a…

—… va a tranquilizarse y a recobrar la calma —interrumpió de nuevo el sargento, perdiendo de pronto el tono risueño—. Hasta hace cierto tiempo, su oficina de Investigaciones era poco más o menos como las demás, con ciertos límites en cuanto a rectitud de procedimientos; luego, se vinculó usted a ese cartucho de dinamita, Donald Lam, y comenzó a descarriarse. Lo ha hecho en todos los casos en que intervino últimamente. Como Lam es un individuo muy ducho y despierto, salió con bien de esos asuntos. Pero ahora, depende de sus propios medios y va de traspié en traspié. Ha sido sorprendida en un acto delictuoso. Todo lo que tiene que hacer la policía es presentar la acusación contra usted, y ello dará por resultado la pérdida de su licencia, y…

—¡No crea que puede intimidarme, pedazo de alcornoque! —gritó Berta—. No quisiera más que ser hombre para ir a buscarle y desorejarlo. Ahora sé cómo se sienten las personas que cometen un asesinato. Sólo desearía ponerle las manos encima por unos minutos, y entonces… ¡Puerco, bribón del infierno! ¡Ya vería quién…!

La rabia no le permitió continuar.

—Lamento mucho que se sienta de esa manera, señora Cool —añadió el sargento Sellers—; pero pensé que era necesario

mantenerla a buen recaudo por una noche, mientras efectuaba unas investigaciones interesantes. Tal vez le convenga saber que como resultado de esas investigaciones hemos realizado progresos sustanciales para la solución del caso.

—¡Me importa un ardite lo que hayan hecho! —exclamó Berta.

—Bien, bien —prosiguió el sargento—. Pero en el caso de que tenga usted prisa por volver a Riverside para ir a buscar a su anciana madre, que ha sufrido un ataque, señora Cool, ahórrese la molestia, porque su *mamá* se encuentra en mi oficina en este momento. Me está informando de todo lo que ha sucedido. Cuando el procurador fiscal del distrito vea sus declaraciones, es probable que se le aplique a usted otro período de encarcelamiento un poco más extenso. Opino que por fin comprenderá usted que a la larga da mejores resultados respetar las leyes y cooperar con la policía. Y, entre paréntesis, hemos encontrado su automóvil y lo hemos devuelto al garaje donde usted lo guarda. Después de revisarlo detenidamente, por supuesto. La próxima vez que desee trasladarse a algún sitio, le sugiero la conveniencia de que vaya al garaje y salga directamente en su automóvil. No es asunto de mi incumbencia, pero eso de cambiar tranvías y automóviles podría convencer a un Jurado de que usted se *proponía* perpetrar algún delito cuando salió ayer para San Bernardino. Ése es un asunto bastante feo, como no escapará a su perspicacia. Buenos días, señora Cool.

El sargento Sellers dejó caer el auricular sobre la horquilla en el otro extremo de la línea.

Estupefacta y anonadada, Berta Cool hizo dos tentativas infructuosas para dejar el auricular en su ranura, antes de lograrlo.

—¿Qué le ocurre? —inquirió Elsie Brand, alarmada.

La cólera de Berta había desaparecido. La reacción emocional la dejó blanca como el papel y temblando nerviosamente.

—Estoy en un enredo terrible —dijo, yendo a sentarse en la silla más próxima.

—¿Qué ha sucedido?

—Fui en busca del ciego. Le saqué del hotel donde se hallaba. Tenía la plena seguridad de que la policía no podría seguir mis pasos por mucho que se empeñara. Pero han dado con él y me tienen entre la espada y la pared. Ese condenado, maldito y cochino

sargento tiene razón. Estoy a merced de ellos.

—¿Tan malo es el asunto? —preguntó Elsie.

—Peor todavía —repuso Berta—. Bien… a nada conduce dar marcha atrás ahora. Es preciso seguir adelante. Es lo mismo que patinar cerca del centro de un lago, donde el hielo empieza a resquebrajarse. Si uno se detiene, está perdido. Es necesario *seguir* deslizándose.

—¿Y adónde irá ahora?

—A Redlands, sin perder un minuto.

—¿Por qué a Redlands? —preguntó Elsie—. No comprendo…

Berta le contó lo de la caja de música, la conversación que el sargento Sellers había mantenido con el propietario y, en un repentino e inesperado arranque de confianza, todas las aventuras de la noche anterior.

—Bueno —dijo Berta por último, levantándose de la silla—. Esta noche no he cerrado los ojos. Estaba demasiado furiosa. Nunca sentí tanto como anoche haber rebajado de peso.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —exclamó Berta—. Se lo diré. Había una condenada matrona que no hacía más que llamarme *querida*. Era recia, de hombros anchos y muy fuerte, pero antes de perder mi peso, hubiera podido darle una paliza y sentarme encima de ella. Y eso es exactamente lo que hubiese hecho. Sentarme encima de ella y quedarme toda la noche. Estoy en un lío terrible, Elsie. Es preciso que salga de la oficina y me quede en algún lugar tranquilo hasta que las cosas se hayan apaciguado. Tienen al ciego en su poder y se lo contará todo. El sargento Sellers tiene razón. Debí haber continuado en la rutina antigua. Pero Donald es un tipo tan audaz y tan listo, y se metió en cosas tan arriesgadas, que me hizo adquirir malos hábitos. Tengo que reflexionar y descansar un poco, Elsie. Voy a beber algo… y luego iré a Redlands.

capítulo veintinueve

LOS rayos del sol, directos y abrasadores, caían sobre Redlands. El follaje verde oscuro de los naranjos, dispuestos en hileras simétricas, contrastaba con el azul profundo del cielo límpido, y los picos dominantes que se levantan a más de tres mil metros sobre el nivel del mar en el fondo del paisaje. Había una limpia tibieza en la brisa, que resultaba eminentemente vigorizante, pero el pesar y las preocupaciones de Berta la tornaban insensible a las bellezas de la Naturaleza y a la sana tibieza del aire.

Bajo lentamente del automóvil, cruzó la acera con la cabeza gacha y los brazos caídos, subió los escalones del sanatorio, entró en el vestíbulo y dijo con tono cansado, monocorde, a la joven sentada ante el escritorio de informaciones:

—¿Se halla aquí por casualidad una joven llamada Josefina Dell?

—Un momento, por favor…

La muchacha revisó un fichero de tarjetas y contestó:

—Sí. Tiene una habitación particular. La doscientos siete.

—¿Está enferma?

—No. Se halla aquí para tomarse un descanso completo.

—Muchas gracias —dijo Berta y se alejó arrastrando un poco los pies por el largo corredor. Encontró el ascensor, subió al segundo piso y buscó la habitación 207. Golpeó suavemente en la puerta y luego abrió.

Una joven rubia, de unos veintisiete años, de ojos azules, labios sonrientes y nariz ligeramente respingona, permanecía en un cómodo sillón junto a la ventana. Vestía una bata de seda. Tenía los tobillos cruzados sobre un almohadón colocado en otra silla frente a ella y leía un libro con muestras de interés, pero levantó la cabeza con cierto sobresalto cuando Berta entró en la habitación.

—¡Oh! Me ha asustado un poco…

—Llamé a la puerta.

—Estaba muy interesada en la lectura de esta novela policíaca. ¿Lee esta clase de novelas?

—De vez en cuando —dijo Berta.

—Yo nunca lo había hecho antes. No tenía tiempo. Pero me parece que a partir de ahora voy a convertirme en una lectora asidua. He llegado a la conclusión de que las novelas policíacas son sumamente interesantes. ¿No cree lo mismo?

—Presumo que todo depende de la forma en que se considere —dijo Berta.

—Bien… Tenga la bondad de sentarse. ¿A qué debo el gusto de su visita?

Berta dejóse caer pesadamente en un sillón tapizado y preguntó:

—¿Es usted Josefina Dell?

—Servidora de usted.

—¿Y es la persona amiga del ciego que vende lápices y corbatas?

—¿Se refiere al ciego de la esquina del banco? —preguntó la muchacha, con vivacidad.

Berta asintió con un movimiento de cabeza.

—Es un hombre muy bueno y amable. Creo que es el hombre más agradable y simpático que he conocido. Tiene opiniones completamente sanas de la vida. No es un amargado. Muchos ciegos tratan de aislarse del mundo, pero él no es así. Parece conocer mejor el mundo ahora que es ciego, que tal vez cuando tenía vista. Pienso que es realmente feliz, aunque, por supuesto, su existencia es bastante restringida; quiero decir, físicamente, y en lo que se refiere a las posibles relaciones con otros seres humanos.

—Posiblemente tenga razón —admitió Berta sin entusiasmo.

Josefina Dell añadió:

—Además, era una persona relativamente poco instruida y pobre cuando perdió la vista. Si hubiese aprendido a leer por el tacto y se hubiese dedicado a estudiar, a educarse… pero no pudo hacerlo. Carecía de dinero entonces y no contaba con apoyo alguno.

—Comprendo.

—Después tuvo suerte. Hizo una inversión muy afortunada en acciones petroleras y ahora le es posible vivir como más le agrade; pero tiene la impresión de que ya es demasiado tarde, que es muy

viejo.

—Sí, debe ser así —asintió Berta—. ¿Usted le envió una caja de música?

—Sí… pero no deseaba que supiera quién se la enviaba, sino simplemente que era un regalo de un amigo. Temí que no aceptara un objeto caro de una muchacha que se ganaba la vida con su trabajo, aunque ahora puedo permitirme esos lujos. Cuando la encargué, tenía la impresión de que jamás podría pagarla.

—Ya veo —dijo Berta con aire de cansancio—. Bien… Parece que no puedo dar una en el clavo. Supongo que usted no sabrá una sola palabra de la Josefina Dell que sufrió el accidente, ¿verdad?

—¿Qué accidente? —preguntó la otra con curiosidad.

—El que ocurrió en la esquina del banco, alrededor de las diecisiete y cuarenta y cinco, el viernes pasado. Un hombre que conducía un automóvil particular atropelló a una joven, derribándola en el pavimento. No pensó que hubiera sufrido daño alguno, pero…

—¡Pero *esa* joven soy yo!

El rostro de Berta cobró de improviso animación y energía.

—Usted, *¿qué?* —preguntó Berta, poniéndose en pie de un salto.

—Soy yo esa joven.

—Una de nosotras dos, en ese caso, está loca —anunció Berta.

Josefina Dell rió con una risa musical, tintineante.

—Pues la loca debo de ser yo —dijo—. Ha sido una experiencia muy curiosa. Ese hombre me atropelló y derribó, como usted acaba de decir. En ese momento creí que estaba perfectamente bien, aunque muy impresionada y nerviosa, como es lógico, pero a la mañana siguiente, cuando me levanté, comencé a sentirme mareada y con un fuerte dolor de cabeza. Llamé al médico y éste me dijo que, al parecer, se trataba de un principio de conmoción cerebral. Me prescribió reposo absoluto, y…

—Un momento —interrumpió Berta—. ¿Ese hombre la llevó en automóvil a su casa?

—Quiso hacerlo, y se lo permití. No me imaginaba haber sufrido daño alguno, pero me sentía un poco trastornada y avergonzada… aunque, después de todo… bien, después de todo, la culpa no había sido mía en lo que se refiere a la señal de tránsito, pero fui un poco descuidada. Ese día estaba un poco preocupada, y… bueno, el

hombre insistió en que debía ir a un hospital para que me examinaran, y cuando me negué, se ofreció para llevarme a mi domicilio.

—¿Qué ocurrió luego?

—Aquel hombre parecía correcto y educado, pero a los pocos minutos, advertí que estaba ebrio. Su caballerosidad desapareció pronto y comenzó a hacerme insinuaciones ofensivas y finalmente a tocarme. Le di un bofetón, bajé del automóvil y regresé a casa en tranvía.

—¿Le había dicho dónde vivía?

—No; le indiqué solamente la dirección que debía seguir.

—¿Y no le dio su nombre?

—Sí, pero como estaba tan borracho, con seguridad debió olvidarlo. Me consta positivamente.

Berta restregóse los ojos con el dorso de las manos.

—Bien —manifestó—; todo lo que necesita hacer ahora para que las cosas sean absolutamente confusas e inteligibles para mí es decirme que vivía en los Apartamentos Bluebonnet, en la calle Figueroa.

—¿Cómo lo sabe?

Berta se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué le sucede? —inquirió Josefina Dell.

—¡Que me aspen! ¡Que me ahúmen, como a los arenques, o me metan en una lata, como a las sardinas!

—No entiendo…

—Ya le explicaré… Termine de contarme su historia.

—Eso fue todo… Al otro día me levanté, me sentí mal, llamé al médico y me recomendó reposo absoluto. Yo no tenía dinero en ese momento, pero sabía dónde conseguirlo… Bien, para serle franca, sabía que la señora Cranning, el ama de llaves de mi patrón, disponía siempre de dinero para pagar las cuentas de la casa, y pensé que tal vez me pudiera adelantar algo, a cuenta de mi salario. Olvidaba decirle que el hombre para el cual trabajaba había muerto casi repentinamente, y…

—Sé todo eso. Adelante.

—Fui a ver a la señora Cranning. No tenía la cantidad que yo necesitaba, pero me dijo que fuese a acostarme, y ya vería lo que podía hacer por mí. Debo confesar que hizo algo espléndido. La

Compañía de Seguros me indemnizó muy bien.

—¿En qué forma?

—Convino con mi médico en que lo que yo necesitaba era un descanso completo por un mes o seis semanas, y que debía ir a algún sitio donde no tuviese la menor causa de preocupación, lejos de mis amistades y relaciones, para que permaneciera completamente tranquila. Mi jefe había fallecido y yo iba a quedar sin empleo. Bien; la Compañía de Seguros resolvió enviarme aquí, con todos los gastos pagados y abonarme el sueldo durante los dos meses que estaré en este sanatorio. Cuando salga, me darán un cheque por quinientos dólares y me han prometido ayudarme para que consiga un nuevo empleo. ¿No es maravilloso?

—¿Firmó usted algo?

—Sí, un acuerdo en regla… un descargo, creo que lo llaman.

—¡Dios mío!

—No comprendo. ¿Por qué se muestra tan agitada? ¿Qué ocurre? Lo que le digo parece consternarla profundamente.

—¿La Compañía de Seguros se llamaba Compañía Intermutual de Indemnizaciones y el agente era P. L. Fosdick? —preguntó Berta.

—No, de ninguna manera.

—¿Cuál era, entonces?

—Un Club del Automóvil… He olvidado el nombre exacto, pero creo que era el Auto Parity Club… El nombre del representante es Milbrans. Fue quien hizo todos los arreglos.

—¿Cómo cobró el cheque?

—Me dieron dinero en efectivo, porque era sábado por la tarde; los bancos estaban cerrados y el señor Milbrans me aconsejó que viniese directamente aquí, para estar tranquila muy pronto. Dijo que el arreglo era tan generoso debido a las circunstancias especiales del asunto. ¿Sabe qué agregó después de haber firmado el acuerdo, por supuesto?

—No. ¿Qué?

La joven echóse a reír.

—Que su cliente estaba tan ebrio que no sabía en realidad que hubiera atropellado a una persona. Admitió que había bebido en exceso antes de volver a su casa en el automóvil, pero no recordaba siquiera haber estado en la parte de la ciudad donde me atropelló, ni el accidente… Fue un verdadero, terrible choque para él

cuando…

—Un minuto —interrumpió Berta Cool—. ¿Entonces cómo logró ponerse en contacto con la Compañía de Seguros?

—Por intermedio de la señora Cranning.

—Lo sé… Pero, ¿cómo lo consiguió ella?

—Yo recordaba el número de la patente del automóvil.

—¿Lo anotó?

—No, pero lo conservaba en la memoria y se lo dije a la señora Cranning. Cuando volví a casa, lo anoté, por supuesto. Al principio, no había dado importancia al asunto, pero luego… ¿Qué le sucede ahora?

—¡Ha hecho usted un disparate!

—¿De veras?

—Sí.

—¿Por qué? No comprendo…

—Anotó usted un número equivocado —afirmó Berta—. Y por pura coincidencia, resultó que ese número equivocado era el de un hombre que también conducía su automóvil en el momento del accidente y también estaba borracho.

—¿Quiere decir que… ese hombre… que el Club…?

—Eso es, exactamente. Hizo responsable a un hombre que estaba demasiado ebrio en ese momento para darse cuenta de lo que hacía, pero comprensivo de que *podía* haber atropellado a alguien. Cuando la señora se puso en contacto con él y le habló del accidente, habló por teléfono a su Compañía de Seguros para dar cuenta del asunto, y la Compañía envió inmediatamente a uno de sus representantes para que hiciera el mejor arreglo posible.

—¿Es decir, entonces, que ese hombre no me atropelló?

—Ése no.

—¡Pero eso es imposible!

—Sé que es imposible —afirmó dogmáticamente Berta—; pero es exactamente lo que ocurrió.

—¿Y en qué situación quedo yo?

—En las nubes —dijo Berta.

—Temo no entenderla bien.

Berta Cool abrió su bolso, sacó una de sus tarjetas y se la ofreció con una sonrisa.

—Ésta es mi tarjeta… Cool y Lam. Investigaciones

Confidenciales. Yo soy Berta Cool.

—¿Quiere decir… que es un detective?

—Sí.

—¡Qué emocionante!

—No mucho.

—Pero usted… ¡Oh, debe haber tenido aventuras magníficas! Debe trabajar a deshoras, tal vez pase noches sin acostarse…

—Sí —interrumpió Berta—. Pasamos por situaciones poco comunes y tenemos noches de vigilia… Ayer estuve en un trance poco usual, y pasé la noche sin pegar los ojos. Y ahora la he encontrado a *usted*.

—Pero… ¿por qué me buscaba?

—Voy a obtener algún dinero para usted. ¿Acepta cederme el cincuenta por ciento de lo que consiga?

—¿Dinero…? ¿De quién y para qué?

—De la Compañía de Seguros, por haber sido atropellada por un conductor ebrio.

—Pero ya he cobrado, señora Cool. Ya he firmado un arreglo.

—No; no lo ha hecho con el hombre que conducía el automóvil. ¿Cuánto le pagarán en total? ¿Lo ha calculado ya?

—¿Se refiere a esa Compañía de Seguros?

—Sí, a la compañía que hizo el arreglo con usted, ese Automóvil Club.

—Pues me pagarán mi sueldo por dos meses… eso representa doscientos cincuenta dólares. Además, todos mis gastos aquí… No sé lo que cobran, pero calculo alrededor de diez dólares diarios, es decir, seiscientos dólares por dos meses y me entregarán quinientos dólares más cuando salga de aquí. Dios mío, señora Cool… ¿se da cuenta cabal de lo que representa todo esto? Mil trescientos cincuenta dólares…

—Muy bien. Usted firmó un descargo a favor del cliente de esa Compañía de Seguros, lo que cubre cualquier reclamación que pudiera hacer contra esa persona o la Compañía. No firmó descargo alguno para la Compañía Intermutual de Indemnizaciones. Usted me cederá el cincuenta por ciento de lo que perciba y le garantizo que su parte no será inferior a dos mil dólares.

—¿Dos mil dólares *en efectivo*?

—Eso es —aseguró Berta—. Ésa será su parte, y para que no

haya equivocación alguna, querida, le diré que yo recibiré otros dos mil dólares. Tenga presente que hablo del mismo. Tengo la idea de que se puede obtener más, tal vez tres o cuatro mil dólares para usted.

—Pero, señora Cool, eso sería deshonesto.

—No veo por qué.

—Porque ya he firmado un descargo a la Compañía de Seguros.

—A otra Compañía de Seguros, que nada tiene que ver con lo que le digo.

—Lo sé, pero, sin embargo, he aceptado ese dinero, y…

—Ellos se lo ofrecieron. Peor para ellos.

—No, no puedo hacer eso. Sería incorrecto y deshonroso.

—Escuche —insistió Berta—. Las Compañías de Seguros tienen millones; nadan en oro. Ese hombre conducía un automóvil. Estaba tan borracho que no sabía lo que hacía. Cuando la señora Cranning le llamó por teléfono y le dijo que la había atropellado a usted, faltándole luego al respeto cuando la llevaba a su casa, creyó que ésa era la pura verdad. Le dijo a la señora Cranning que avisaría a su Compañía de Seguros para que arreglara el asunto satisfactoriamente. Luego habló a su compañía, dando los detalles del caso y pidiendo que le sacaran del apuro.

—Bien —dijo Josefina Dell—. Supongamos que lo hizo.

—¿No comprende lo que ocurrió? Él no la había atropellado, y que usted les haya dado un descargo nada significa. En otras palabras, si yo fuera lo suficientemente tonta para ofrecerle mil dólares por un descargo completo de cualquier reclamación que usted pudiera presentarme por haberla atropellado con un automóvil, eso no impediría que usted cobrase la indemnización correspondiente de *alguien* que en realidad la hubiese atropellado.

Una arruga surcó la frente suave y tersa de Josefina Dell. Sus cabellos rubios brillaron a la luz del sol cuando se volvió para mirar por la ventana, mientras reflexionaba. Finalmente, dio su respuesta a Berta Cool; un firme y resuelto movimiento negativo con la cabeza.

—No, señora Cool. No puedo hacerlo. No sería correcto.

—En ese caso, si quiere ser en absoluto correcta, llame por teléfono al representante de ese Automóvil Club y dígale que era una equivocación, que tomó mal el número de la patente del

automóvil.

En los ojos de Josefina Dell apareció instantáneamente una expresión de sospecha.

—No creo haberme equivocado al tomar el número —le contestó.

—Le aseguro que se equivocó.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque sé muy bien cuál es la Compañía de Seguros que se ocupa del asunto.

—Perfectamente —dijo Josefina Dell—. Si usted sabe tanto, dígame cuál era el número de la patente del coche que me atropelló.

Berta Cool trató de evadir la respuesta.

—He conversado —dijo— con el representante de la Compañía de Seguros a que hago referencia. Me dijo que si usted…

—¿*Cuál* era el número de la patente del coche que me atropelló? —interrumpió Josefina Dell.

—No lo sé.

—Eso me imaginaba —dijo Josefina Dell—. No me explico cuál es su propósito al venir a verme, señora Cool, pero me temo que trate de hacer algo que no esté de acuerdo con mi criterio. En lo que a mí se refiere, estoy del todo satisfecha con la situación tal como es.

—¿Pero no quiere usted cobrar dinero de una Compañía de Seguros que…?

—Hace un momento argüía usted que las Compañías de Seguros nadaban en oro y que era lógico sacarles lo que se pudiera.

—Bien; eso es lo que haría yo —dijo Berta—. Claro está que si usted desea mostrarse moralista…

—Entonces, eso es exactamente lo que haré: quedarme con lo que me han dado y lo que me darán.

—¿Pero no intentará siquiera cobrar a la otra compañía?

Josefina Dell movió la cabeza de modo negativo.

—Por favor —suplicó Berta—. Permítame que me haga cargo del asunto. Le aseguro que puede conseguir bastante con suma facilidad.

Josefina Dell sonrió:

—Temo, señora Cool, que trate de… Bueno, he oído hablar

mucho de la forma en que las Compañías de Seguros tratan de aprovecharse de las personas. Me sorprendió sobremanera la afabilidad y la consideración que mostró el señor Milbrans. Tal vez el arreglo que concertó conmigo disgustó a la gerencia, y ahora procuran que yo lo rechace… ¿No es así?

Berta replicó con aire de cansancio:

—No es eso. Le he dicho la pura verdad. Se equivocó usted al tomar el número.

—Pero usted no sabe cuál es el otro número.

—No. Ni siquiera sé nada acerca del hombre. Conozco solamente la Compañía de Seguros.

—¿No sabe cómo se llama ese hombre?

—No tengo la menor idea —repuso Berta, enfadada.

Josefina Dell levantó el libro.

—Lo siento mucho, señora Cool, pero no deseo discutir más el asunto. Buenos días.

—¿Pero no sabe usted que Myrna Jackson se ha estado haciendo pasar por usted? ¿Sabe que…?

—Lo lamento, señora Cool. No quiero hablar más de esto. ¡Buenos días!

—Pero…

—¡Buenos días, señora Cool!

capítulo treinta

BERTA Cool no volvió a la oficina hasta el miércoles por la mañana.

—¿Dónde ha estado usted todo este tiempo? —preguntó Elsie Brand.

El rostro de Berta, bronceado por el sol, se distendió en una sonrisa.

—Estuve haciendo lo único que sé hacer bien.

—¿Qué es?

—Pescar.

—¿Quiere decir que estuvo pescando todo el día de ayer?

—Sí. Me exasperé tanto que casi reviento. Resolví mandarlo todo al diablo. Tenía una presión arterial de cerca de doscientos ochenta. Subí al automóvil, fui a la playa, alquilé algunos elementos de pesca y no pensé más que en descansar y tranquilizarme. ¿Sabe lo que ocurrió? Una misteriosa combinación de circunstancias, una coincidencia que sucede sólo una vez cada diez millones de casos.

—¿Qué fue? —inquirió Elsie Brand.

—El hombre que atropelló a Josefina Dell estaba ebrio. Josefina Dell se equivocó al tomar el número de su coche. Cambió un par de cifras, con seguridad, pero el diablo metió la pata. El hombre del automóvil cuyo número fue tomado equivocadamente por Josefina Dell también guiaba su vehículo ebrio por completo, tanto que ni siquiera sabía que la había atropellado. Por lo tanto, esa muchacha está en condiciones de cobrar de dos Compañías de Seguros simultáneamente, pero no tiene la audacia necesaria para…

—Mejor será que lea primero la carta de Donald Lam, señora Cool —insinuó Elsie.

—¿Hay una carta de Donald?

—Me la dictó a mí.

—¡A ti! —exclamó Berta.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Dónde?

—Aquí, en la oficina.

—¿Quieres decir que Donald Lam estuvo aquí?

—Así es. Consiguió una licencia de treinta y seis horas, tomó un avión, y vino a vernos. Está elegantísimo con el uniforme y tiene muy buen aspecto. Hasta parece haber aumentado de peso y da la impresión de…

—¿Por qué demonios no me avisó? —exclamó Berta.

—Hice todo lo que pude, señora Cool. Usted me había dicho que iba a Redlands. Le conté a Donald todo lo que usted me había referido y salió para Redlands en su busca. Haría media hora que usted se había marchado cuando él llegó y partió inmediatamente. ¿Quiere la carta?

Berta cogió el sobre que le tendía Elsie Brand, dirigióse a su despacho particular, volvióse y dijo por encima del hombro:

—Que nadie me moleste. Nada de llamadas telefónicas, visitantes, clientes o cualquier otra cosa. Nada.

Elsie Brand asintió con la cabeza.

Hirviendo otra vez de indignación, Berta rompió el sobre cerrado, se dejó caer en el sillón giratorio y se enfrascó en la lectura de la larga misiva, que decía así:

«Apreciada Berta:

»Lamento no haber podido encontrarla. El caso me interesó muchísimo desde el principio, y cuando inesperadamente me concedieron una licencia de treinta y seis horas, decidí venir para ver lo que podía hacerse. Usted no estaba en la oficina. Elsie me informó que había ido a Redlands, donde creía que Josefina Dell estaba o había estado. Alquilé un automóvil y fui a Redlands. A causa de ciertas circunstancias especiales, había llegado ya a la conclusión de que Josefina Dell podía hallarse en un hospital o sanatorio de las afueras. El hecho de haber enviado regalos al ciego, uno muy delicado, como el que hubiera hecho una joven culta y amable a un hombre en su situación, sin nota alguna que

lo acompañara, y otro más bien falto de tino y delicadeza, acompañado por una nota, me hizo pensar que podía haber dos Josefinas Dell, una real y una impostora. La conversación que mantuvo usted con la encargada de los departamentos Bluebonnet debería haberle demostrado que la muchacha con la que habló, y que se disponía a mudarse, era la que la encargada conocía como Myrna Jackson. Recuerde la conversación y lo comprenderá todo.

»Una vez en Redlands, no me entretuve mucho tiempo en encontrar a Josefina Dell en el sanatorio. Llegué unos cuarenta minutos después de haberse usted marchado. Dije a la señorita Dell quién era y la encontré en un estado de ánimo hostil y mal predispuesto, pero consintió en hablar, responder a mis preguntas y permitirme que le explicara las cosas.

»Creo que cometió usted un error —perdóneme que se lo diga — de mostrarse demasiado codiciosa. No hizo más que considerar el asunto desde su propio *punto de vista. Como* usted *estaba interesada en obtener una participación de dos mil quinientos dólares de lo que pagara la Compañía de Seguros, no pensó más que en ese extremo, aun cuando de modo palmario era evidente que en realidad sólo constituía un punto de menor importancia. Mostrándome atento y delicado, y convenciendo a la señorita Dell de que trataba de reparar una injusticia, logré que hablara. Una vez que comenzó a hablar, el asunto se aclaró. Me convencí primero de que Josefina Dell había sido empleada en realidad por Harlow Milbers. Le pregunté acerca de la ocasión en que había firmado el testamento como testigo y la recordó perfectamente. Recordó asimismo que el segundo testigo del testamento no era Paul Hanberry, sino un hombre llamado Dawson, que en ese tiempo tenía un estudio fotográfico junto a la oficina de Harlow Milbers. El testamento no fue hecho en la casa, sino en la oficina. Hice que Josefina Dell firmase ante mí. Su firma no corresponde en forma alguna a la que aparece en el testamento. Ya había deducido eso, porque tuve la precaución de averiguar el tiempo que hacía el 25 de enero de 1942 —algo que usted dejó de hacer—. Si lo hubiese hecho, habría comprobado que ese día llovió a cántaros. Por lo tanto, era más que difícil que Paul Hanberry hubiese lavado el automóvil bajo la lluvia.*

Interrogué también a la señorita Dell en cuanto a los síntomas que acompañaron la muerte de Harlow Milbers, y me enteré definitivamente de que se quejó de calambres en las pantorrillas, síntoma que es por completo típico del envenenamiento por arsénico. En resumen, Harlow Milbers fue envenenado el viernes por la mañana. Murió en las últimas horas de la tarde. Josefina Dell, al volver a la casa, fue atropellada por un automóvil y sufrió un principio de conmoción cerebral. A la mañana siguiente, al sentir síntomas raros, llamó a un médico, que diagnosticó una conmoción, y prescribió reposo absoluto por algún tiempo, preferiblemente en un hospital o sanatorio. La señorita Dell no disponía de dinero, pero pensó que Nettie Cranning podía hacerle un adelanto de los fondos de la casa. Por consiguiente, fue a la residencia de Milbers y explicó las circunstancias a Nettie Cranning. Ahí fue donde la señora Cranning puso de manifiesto un ingenio poco común. En vez de telefonear a la persona que había atropellado a Josefina Dell, procuró obtener una buena ganancia. Hizo que un amigo de ella se presentara como agente de una Compañía de Seguros, con el nombre de Milbrans. Esa Compañía no existe. Por medio de este engaño, lograron sacar a la señorita Dell de la ciudad, enviándola a un sanatorio donde estaría fuera de la circulación por lo menos durante dos meses. Eso les daba amplia oportunidad para trabajar en el testamento. Según sospecho, la primera parte del mismo es genuina. La segunda página es una falsificación completa. Recordará usted que Myrna Jackson se había mudado al departamento de Josefina Dell unas tres semanas antes del accidente. En ese momento, no había mal propósito alguno en ello. Sin embargo, conviene recordar que Myrna Jackson es amiga de la señora Cranning y de su hija Eva, y poco más o menos del mismo nivel mental y moral.

»Después de la muerte de Harlow Milbers, Nettie Cranning descubrió el testamento. Vio que el primo recibía solamente 10 000 dólares. En realidad, la primera página es en absoluto auténtica. Hasta el día siguiente no se le ocurrió a la señora Cranning la posibilidad de alterar el testamento. Evidentemente, fue la que concibió la idea. Librándose de Josefina Dell por dos meses, podrían sustituir la segunda página, dejando la mayor

parte de los bienes a ellos. Recordará que le mencioné la posibilidad de esto en mi telegrama. Era necesario solamente conseguir una persona que desempeñara el papel de Josefina Dell, que firmara el testamento como testigo, junto con Paul Hanberry, falsificar la firma de Harlow Milbers, y luego, firmar algún convenio con Christopher Milbers, el único pariente vivo, para impedir cualquier complicación. La verdadera Josefina Dell estaba fuera de la circulación por sesenta días. La Compañía de Seguros le había prometido un empleo cuando pudiese dejar el sanatorio. Sin duda alguna, el empleo hubiera sido en América del Sur o en cualquier otra parte en la que nunca volviera a ver u oír de Milbers. La única "mosca en la leche" fue que el hombre que en realidad atropelló a Josefina Dell, y que estaba lo bastante ebrio para ser declarado culpable, no lo estaba lo bastante para no recordar lo sucedido cuando recobró su estado normal. Por consiguiente, se puso en contacto con su Compañía de Seguros, contrito y arrepentido, y la compañía se puso inmediatamente en campaña para tratar de arreglar el asunto. El accidente no fue puesto en conocimiento de las autoridades porque el conductor del automóvil había estado tan borracho que el agente de la Compañía de Seguros temió dejarle dar cuenta de los hechos, inclusive el significativo detalle de que no podía recordar el nombre de la persona que había atropellado, etcétera, etc.

»Cuando vieron su anuncio en el periódico, solicitando testigos, fueron a verla sin perder tiempo, recurriendo a usted como único medio de ponerse en comunicación con la persona que había sufrido el accidente. Pero luego Jerry Bollman entró en escena, y sin duda alguna se habría adelantado a usted, concertando un acuerdo, de no haber sido porque la fingida Josefina Dell tuvo miedo de llevar la farsa más adelante, ya que durante la negociación del acuerdo existía la posibilidad de encontrarse con el conductor del automóvil, que la habría denunciado como impostora, y echando a perder todo el plan.

»Uno de los indicios más significativos de todo el asunto es que Josefina Dell no fue a visitar al ciego después de su "restablecimiento". Esta falta de cortesía tenía que incomodar sin duda a aquél. Su amigo, Jerry Bollman, interrogó estrechamente

al ciego. Olfateó la probabilidad de hacerse con una crecida suma de dinero, y fue lo bastante inteligente para forjar deducciones exactas. Antes de este momento, había tenido presunciones firmes y sólidamente basadas de lo que estaba ocurriendo. Recuerde que telefoneó a la residencia de Harlow Milbers y preguntó si Josefina Dell trabajaba allí. Recordará también que manifestó ser una persona absolutamente desconocida para ella. Esto es muy significativo, porque no se permitía a ninguna persona que conociera a Josefina Dell que se pusiera en comunicación con ella. Pero cuando Bollman dijo que no lo conocía, ni ella a él, se le dio una oportunidad de verla. Tan pronto como la vio, comprobó que no era la joven que había sufrido el accidente; y para un hombre de la naturaleza de Bollman, eso era todo lo que se necesitaba para ponerlo sobre la pista de lo que ocurría en realidad.

»Lo que comprobó en la ficticia Josefina Dell y lo que pudo sacar del ciego le dio en conjunto una idea de la naturaleza general de la confabulación. No fue a la casa del ciego a buscar prueba alguna. Fue con el sólo propósito de preparar una trampa para matar al ciego*, porque como usted comprenderá, el ciego era el único testigo que hubiese podido echar a perder las cosas. Una vez preparada la trampa mortal, en forma que Kosling resultara víctima de ella, todo quedaba dispuesto para asegurarle una buena participación en los bienes dejados por Milbers. Ya se había firmado el convenio con Christopher Milbers, que regresaría a Vermont. Jerry Bollman, por supuesto, hubiera sido uno de los más beneficiados en el reparto. Su plan era éste: dejaría al ciego en San Bernardino, iría a su casa, prepararía la trampa con la escopeta, y luego iría a ver a Nettie Cranning, Eva Hanberry y Paul Hanberry, para obligarles a darle participación en el reparto. Recuerde que se trataba de varios centenares de miles de dólares, y Jerry Bollman era un individuo que apreciaba el dinero sobre cualquier otra cosa. Si se negaban, tendría al ciego como testigo. Si accedían, les informaría de lo que preparó para librarse del ciego, porque este último contaba con todos los elementos de la verdad, y seguramente realizarían alguna investigación. Se imaginaba que Josefina Dell había perdido la memoria. Pensando un poco más, hubiese recordado*

la diferencia de las voces. Además, ya había comenzado a hacer confidencias a Thinwell. Luego vería a un médico y hablaría con él. Lo mejor para todos era eliminar a Kosling, si querían estar absolutamente a salvo.

»La policía incurrió en el error de pensar que la trampa había sido preparada por un ciego, debido a que no se había hecho el menor intento para disimularla. No tuvo en cuenta el hecho de que la trampa había sido preparada para un ciego, y por lo tanto, no había necesidad alguna de ocultarla. Sólo podemos hacer conjeturas para explicarnos la forma en que Bollman encontró la muerte, pero por sus cartas y por lo que contó usted a Elsie Brand, creo que la explicación es evidente: Bollman preparó la trampa de manera tal que cuando alguien tropezara en el alambre colocado ante la puerta, saldría el disparo. Luego se dispuso a marcharse. En ese instante, el murciélago salió de la oscuridad, y se posó en el hombro de Bollman o revoloteó junto a su rostro. Como es natural, Bollman saltó hacia atrás, olvidándose por un momento de la trampa. Lo que ocurrió fue una obra maestra de justicia divina. Tropezó con el alambre.

»Creo que lo que antecede explica todo el caso, excepto que, según me figuro, existe una poderosa probabilidad de que Josefina Dell haya sido recordada en el testamento genuino en una forma mucho más substancial. Aunque la última página del testamento haya sido destruida, su contenido puede probarse aún por evidencia oral, y es casi seguro que de Nettie Cranning, Eva Hanberry, por lo menos una de ellas prestará declaración con fuerza legal, con el fin de que su sentencia sea más leve.

»El sargento Sellers se equivocó al calcular la hora en que había sido preparada la trampa, como alrededor de las quince, porque el murciélago revoloteaba entonces, y los murciélagos solamente vuelan de noche, a menos que se les perturbe o asuste. Todas las ventanas estaban cerradas, y por lo tanto la casa estaba completamente a oscuras. Los murciélagos vuelan en la oscuridad. El sargento Sellers debió haberlo pensado. Al no hacerlo, incurrió en su error.

»Queda la muerte de Harlow Milbers. Es por completo indudable que como Nettie Cranning no pudo haber previsto el accidente de Josefina Dell, que ocurrió después *del fallecimiento,*

no podrían haber planeado envenenar a Harlow Milbers, dado que en el curso normal de las cosas, no podrían haber sustituido la última página del testamento. Al interrogar a Josefina Dell, comprobé que Harlow Milbers era muy aficionado al azúcar de arce legítimo, que su primo le enviaba regularmente desde su granja en Vermont, y que en la mañana en cuestión había recibido un paquetito por correo. Harlow Milbers se comió casi todo el contenido. Pero quedó un pequeño resto en el cajón de su escritorio. Tengo la casi convicción de que un análisis de ese resto demostrará que Christopher Milbers procuró acelerar el fallecimiento de su "querido primo" para entrar más pronto en posesión de la herencia, que se imaginaba mucho mayor que un simple legado de diez mil dólares.

»Como no pude encontrarla, puse los hechos en conocimiento del sargento Sellers, brindándole la oportunidad de resolver dos casos de homicidio, lo que seguramente le valdrá felicitaciones y quizás un ascenso. Decir que el sargento se mostró agradecido y contento es muy poco, se lo aseguro.

»¡Ah, sí! Casi se me olvidaba… Josefina Dell también se mostró muy agradecida y satisfecha. Accedió a extender un poder completo a nuestra firma, cediéndonos la mitad de lo que podamos obtener de la Compañía de Seguros, y conviniendo asimismo en pagamos el diez por ciento de todo lo que reciba por el testamento de Harlow Milbers, en el caso de que podamos probar el contenido real del mismo.

»Creo que esto lo cubre todo. Encontrará los documentos adjuntos, en debida forma. Los he redactado yo mismo para estar tranquilo por completo en cuanto a su legalidad. Nadie parece saber dónde está usted. Voy a esperar hasta el último minuto antes de tomar el avión que me llevará de regreso a San Francisco. Es preciso que me encuentre a tiempo en el arsenal naval de Marc Island. Comprenderá usted que estamos en guerra, y que debe mantenerse la disciplina. Aunque no puedo mencionarlo públicamente, y no poseo base oficial alguna para decirlo, tengo razones para pensar que estamos preparando algo que sin duda alguna resultará muy desagradable para los japoneses. Lamento muchísimo no haber podido verla, pero Elsie escribirá esta carta a máquina, y creo que en lo sucesivo, podrá

contar usted con la cooperación más amplia del sargento Sellers».

Berta Cool dejó la carta en el escritorio, cogió el sobre y extrajo el poder debidamente firmado por Josefina Dell y por dos enfermeras del sanatorio como testigos.

—¡Que me aspen! —exclamó con un hilo de voz.

Trató de sacar un cigarrillo del cofrecito que estaba en el escritorio, pero su mano temblorosa apenas pudo levantar la tapa.

En ese instante se oyó una conmoción en la otra oficina; abrióse la puerta del despacho, apareció el sargento Sellers, que decía volviendo la cabeza:

—¡No se preocupe, Elsie! ¡Claro que querrá verme! ¡Santo Dios, después de lo que ha hecho por mí, me siento casi como socio de la firma!

La sonrisa del sargento era amplia, cordial, amistosa.

—Berta —dijo—. Tengo que presentarle mis más sinceras excusas. Fui un poco rudo con usted, y me lo ha pagado haciéndome un servicio inapreciable. Mi agradecimiento será eterno. Me ha dado la oportunidad de resolver los dos casos de homicidio más complicados de toda mi carrera, y usted y su socio, ese hombrecillo tan avispado e inteligente, se hacen a un lado para que el mérito me corresponda a mí. Quiero estrecharle la mano.

El sargento Sellers se adelantó, con ambas manos extendidas.

Berta se puso de pie y apretó la mano del sargento.

—¿Todo está aclarado a satisfacción? —inquirió.

—Exactamente en la forma en que usted y Donald lo explicaron. Berta, si hay algo que desee usted del Departamento de Policía, algo que yo pueda hacer por usted, no tiene más que decirlo. Creo que me comprenderá. Yo… ¡rayos, venga aquí!

El sargento Sellers pasó uno de sus robustos brazos alrededor de los macizos hombros de Berta, le sujetó el mentón con su mano grande como un jamón pequeño y la besó.

—Esto es —dijo, soltándola—. Así es como yo pago ahora.

Berta Cool dejóse caer en un sillón.

—¡Que me pongan en lata como a una sardina! —dijo débilmente—. ¡No soy más que una pobre mujer!

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.